

Corresponsales Internacionales
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Lauro Zavala (México)
Julio Escoto (Honduras)
Pedro Crenes Castro (España)

Director
Enrique Jaramillo Levi
henryjaramillolevi@gmail.com

Diseño Gráfico y Diagramación
Sección de Diseño Gráfico-UTP

**Diseño y dibujo de portada
e ilustraciones**
técnica: pintura digital
Enrique Jaramillo Barnes
jaramillo_e@yahoo.com

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA
IMPRENTA
DICOMES/UTP

Prohibida la reproducción total o parcial del material impreso sin autorización escrita de los editores. Se reciben colaboraciones no solicitadas con firmas responsables y número de cédula. No se devolverá el material. Nos reservamos el derecho de seleccionar los textos y material gráfico que habrá de publicarse. Los autores de los textos son los únicos responsables de las ideas que expresen.

EDITORIAL

“Vértigo de malabares” <i>Giovanna Benedetti</i>	3
“El punto ciego” <i>Dimitrios Gianareas</i>	7
“Contrabajo” <i>Dennis A. Smith</i>	9
“La mola” <i>Maritza Lopez-Lasso</i>	11
“Tres minicuentos” <i>David C. Róbinson O.</i>	15
“El círculo” <i>María Eugenia Ramos</i>	17
“Sueños en el semáforo” <i>Carlos Fong</i>	19
“El cisne” <i>Ethel Krauze</i>	23
“Un daño colateral” <i>Francisco Moreno Mejías</i>	25
“El temple de Armando” <i>Carolina Fonseca</i>	27
El genio poético en la narrativa de “Visión de conjunto” <i>Salvador Medina Barahona</i>	29
“Tardes con mamá” <i>Mónica Lavín</i>	33
“Impulsos indomables a plena luz del día”: perfección literaria y versatilidad <i>Enrique Jaramillo Levi</i>	35
“Muñeca de plomo” <i>Silvia Fernández-Risco</i>	39
“Aire” <i>Luigi Lescure</i>	42
“La liberación del lector” <i>Patricio Pron</i>	43
“Taxi” <i>Rogelio Guedea</i>	45

“La rompe-grupo” <i>Sonia Ehlers</i>	48
Cuatro poemas <i>Eyra Harbar Gómez</i>	50
“La inesperada lluvia” <i>Álvaro Menéndez Franco</i>	53
“Aurelina” <i>Julio Escoto</i>	55
PREMIO “SAGITARIO EDICIONES” DE NOVELA CORTA	63
“Luces de bengala” <i>Ela Urriola</i>	64
“Bigamia” <i>Ana García Bergua</i>	72
TALLER	
“Ocho minicuentos” <i>Gloriela Carles Lombardo</i>	75
RESEÑAS	
Ciencia y poesía en Panamá <i>Vielka Urriola González</i>	78
Todo lo que nos une: Una lectura de “Resonancias” <i>Eduardo Bello</i>	80
El arte de la brevedad <i>Joaquín González Justavino</i>	82
INFORMACIÓN CULTURAL UTP	
Actualización Lingüística en la UTP	85
Cierra concurso con la entusiasta participación de 51 poemarios	86
CONGRESO NACIONAL DE POESÍA PANAMEÑA: Voces para un Nuevo Milenio	87
ALGUNOS ESCRITORES PANAMEÑOS DE ANTES Y DE AHORA	90

Editorial

I

“Maga, revista panameña de cultura”, llega con satisfacción, entusiasmo y sostenido esfuerzo a su edición No. 80. Se trata de un número especial de aniversario. Fundada en febrero de 1984 coincidiendo con la muerte del gran escritor argentino Julio Cortázar, con altas y bajas la revista pasa por cuatro épocas. Desde 2008, cuando la Universidad Tecnológica de Panamá acepta asumir como propia la responsabilidad de su preparación y publicación bianual, estamos en la cuarta etapa.

Queremos pensar que en estos últimos 9 años de trabajo editorial de la revista desde la UTP, su calidad no sólo se ha mantenido, sino que se ha profundizado y diversificado en bien de las Letras nacionales. Porque la meta siempre ha sido la misma: ser un cálido pero riguroso hogar para los buenos escritores de Panamá e Hispanoamérica en general; un sitio abierto, de privilegiada libertad creativa, en donde narradores, poetas, ensayistas y periodistas culturales puedan expresar sus talentos y su visión de mundo desde la sensibilidad y el compromiso con la escritura como una forma de contrarrestar, desde el intelecto y las bondades de la estética, la deshumanización del mundo actual. O al menos, como una forma de mitigar sus nefastos efectos.

II

Esta edición de “Maga” es particularmente rica en variadísimos cuentos de muy alta calidad literaria y humana. Tanto los temas abordados como su tratamiento formal, despliegan en estas páginas sus múltiples pendones. Así, entre los autores nacionales están: Giovanna Benedetti, Dimitrios Gianareas, Ela Urriola,

Luigi Lescure, Sonia Ehlers, Eduardo Jaspe Lescure, Maritza López-Lasso, Dennis A. Smith, David C. Róbinson O., Carlos Fong, y Álvaro Menéndez Franco; también Carolina Fonseca, Francisco Moreno Mejías y Silvia Fernández-Risco, venezolana, español y mexicana, respectivamente, residentes en Panamá. Y como cuentistas invitados, los mexicanos Mónica Lavín, Ethel Krause, Rogelio Guedea y Ana García Bergua, así como los hondureños María Eugenia Ramos y Julio Escoto. En esta ocasión, un total de veintiún excelentes cuentistas nos regalan su singular quehacer, incluidos los minicuentos de la novel escritora panameña Gloriela Carles Lombardo en la sección “Taller”.

Además, ofrecemos poemas de Eyrá Harbar Gómez; ensayos de Salvador Medina Barahona y Enrique Jaramillo Levi; y un breve artículo del escritor argentino radicado en España Patricio Pron, con motivo de la muerte del gran escritor Ricardo Piglia, compatriota suyo. Presentamos también reseñas preparadas por Vielka Urriola González, Eduardo Bello (venezolano residente en Panamá) y Joaquín González Justavino. Un repertorio, pues, muy variado y de alta calidad literaria.

Haciendo Cultura también rescatamos y construimos, simultáneamente, la Patria. Significativo logro, consubstancial con las mejores metas académicas y profesionales de la Universidad Tecnológica de Panamá.

EJL

Panamá, enero de 2017

VÉRTIGO DE MALABARES

Giovanna Benedetti

*Sólo en el vacío absoluto
puede colocarse absolutamente todo.*

Fernando Pessoa



Mecánica. Pura y simple mecánica. Todo lo que sube tiene que bajar. Aitor y Nerea saben que no hay excepción que valga ante la inflexibilidad de esta regla, porque la ley de la concordancia no tiene corazón (no importa lo que digan las etimologías). Cuando estás allá arriba no hay lugar para los sentimientos; debes vaciarte del mundo, asumir tu condición de tráfuga, reducirte al punto ciego entre lo duro y lo blando, y dejar que todo tu cuerpo se corresponda a sus impulsos; sin espasmos, sin cosquilleo abdominal, sin sudoraciones en la nuca, midiendo de lado a lado la oscilación del trapecio con el vaivén de tus ojos: de izquierda a derecha... de izquierda a derecha... de izquierda a derecha... sin perder jamás la cuenta, porque un volatín de cuerda no puede olvidar el ritmo. Si dice “tres” en lugar de “dos”, se mata.

A nueve metros sobre tierra nadie goza en sí mismo del principio de suspensión. Arriba y abajo son dimensiones relativas. En lo alto se encuentra el santuario, la cúpula de los portentos, el gran mirador del mundo hacia la que todo artista del aire debe dirigir sus impulsos —aunque al final sea la caída (ese descenso calculado), lo que en realidad capture la magia de la danza en las alturas—. ¿No es acaso ese doble movimiento: ascender/descender, la clave de todo conjuro? Por cada objeto que sube otro igual debe caer. Y si no que lo digan ellos: Aitor y Nerea, para quienes hoy —literalmente— el mundo se reduce a ese pañuelo de cuatro puntas que ella amarra entre sus tobillos y que él deberá pescar en volandas con la cabeza al revés. Pero el tiempo (ese brutal equilibrista) suele ser también acróbata; y por más que se le desoville, o se le escurra entre colgaduras, siempre habrá de continuar, por su cuenta, dando vueltas... hasta que algún día la pregunta acabe siendo obligatoria: ¿cuándo empieza la cuenta atrás? ¿a los cuarenta? ¿a los cincuenta...?

Tres décadas de malabares dan para muchos vértigos. Aitor lo tiene más claro: el espasmo en la musculatura, el tinitus en los oídos, el fuego en las axilas, la curvatura del cuerpo. A Nerea todavía le seduce el fulgor de las lentejuelas. Y es que antes, mucho antes de despertarse un buen día siendo pareja sentimental; antes de que el columpio les amarrase al tobillo una infinidad de cabos sueltos, y de que su mundo entero acabara siendo un polígono de tres pistas, ellos ya habían aprendido a perpetuar el momento, a despojarse de la rigidez del cuerpo, a abandonar el señorío del suelo y a dejarse caer en volteretas sobre la arena sin red.

Una mañana, casualmente, antes de salir a ensayar en la pista, Aitor le había preguntado: “¿Cambiarías una playa inmensa por la plenitud de este momento?” Pero su mujer le había desmontando la pregunta con una mirada intranquila que no paraba de buscar, con el rabillo del ojo, la punta flexible del látigo que envolvía

el poste de amarre. Aitor le lanzó por los aires un enorme aro dorado, y a Nerea se le ocurrió pensar (justo cuando lo atrapaba al vuelo), en una lagartija que se las piraba corriendo sobre la superficie estancada del agua. “Vamos, cariño —animaba zalamero él—: muéstrale al mundo esa tonicidad *neréica* que a todos hipnotiza.” Y ella, entregada como siempre, cogía aliento y se encaramaba reptando por la colgadura del brabante, hasta el nudo de la viga donde se columpiaba el gran trapecio. Allí arriba, y una vez que el ángulo de operación establecía sus coordenadas, la pirueta comenzaba a elaborarse a punto fijo: la manivela del impulso, el rebote desplegado, el doble salto mortal, el formidable “arete de la diosa”... con su caída libre de cabeza, hasta destrenzar entre cabriolas la larga maraña de cintas, sobre un Aitor expectante y armado únicamente de sus brazos y sus piernas, que habrá de recogerla al vuelo, sujetándola por los tobillos antes de tocar el suelo. En el puro dominio mecánico del cuerpo, aquello era un compendio de elaboradísimas rutinas. Materia y energía... acción y reacción... cadencia y equilibrio.

Sí... ¿pero hasta cuándo?

Esa era la cuestión. Y es que para un volatinero, el calendario es como una gran losa de granito con patas, que a ratos se camufla y da la impresión de estar situada siempre un poco más allá, donde apenas si hace bulto; y sin embargo se mueve... avanza, sí: eclipsada por la falsa percepción de alejamiento, hasta que un día —un día cualquiera— se te echa encima o te estrellas con su muro. Y si el tiempo definía, infranqueable, sus barreras... no se quedaban a la zaga las nuevas claves de la época. En la última audición, sin ir más lejos, la empresaria no hizo más que bostezar, repantigada en su butaca, mucho más atenta a los emoticones de su infatigable móvil, que al virtuosismo volador de la pareja. Entre bambalinas y telones (inútil ya negarlo) resoplaba un viento intruso de música y luminotécnica, donde ya no parecían encajar las singularidades del oficio.

Entre tanto —como dicen— el espectáculo debe continuar. Antes de salir de casa, Nerea y Aitor se han preocupado, como otras tantas veces, por regar las plantas del balcón; recogieron los restos del almuerzo, asearon el baño y la cocina, dejaron una nota pegada en la puerta del refrigerador con un imán; luego cerraron la puerta del apartamento a sus espaldas, tomaron el autobús a la vuelta de la esquina, y cogidos de la mano, caminaron hasta el emporio de la rutilante feria urbana, donde escucharon, como cada día, el murmullo especioso de las escaleras y volvieron a soportar el ritornelo de “treinta años ya es bastante”, antes de entrar al camerino para vestirse de lentejuelas y encarnar sus figuraciones: él como “portor” y ella como “ágil”; conscientes de que allí afuera —sobre el trapecio en las alturas— les espera el único espacio que todavía les pertenece.

La compañía les ha programado una gala de beneficencia y el aforo es completo. La combinación de unas largas telas colgantes y una colorida imagen cinética, empieza ya a estamparse por encima de la cascada de luces. Comienza la música y la luminotécnica se dispara. Nerea y Aitor esperan su turno tras bambalinas. Saben que nada se improvisa en las alturas; que todo lo que sucede allí arriba se encuentra debidamente regulado: cada una de las acrobacias, todos los desafíos, incluso las rutinas más representativas y monótonas. En cualquier momento hay que saber “leer” el gran vacío, aprovechándose de sus propias leyes para arremeterlas en vaivén; algo que sólo se consigue —ellos lo saben— con una enorme disciplina: estableciendo modelos de códigos, dividiendo el espacio en dominios y creando estructuras de referencias donde cada elemento pasa a ser portador de un signo fijo. ¡Y es que los volatines y trapecistas son ante todo criaturas semióticas!

Aitor estira el cuerpo y aprieta con fuerza los párpados. Está intentando nivelar su respiración para no caer en la aberración del vértigo. El *vértigo*,

sí: pero no esa turbación de síncope, mezcla de mareo y vahído, que se suele sentir a ratos ante la inestabilidad del cuerpo... sino el otro: el de “malabares”, ese que trastoca los sentidos y puede llegar a ocasionar una percepción alterada de la realidad. Con el vértigo (el de malabares), todo alrededor modifica su medida: las cosas lejanas se acercan y las cercanas se acomodan escenificando nuevos cúmulos.

El silencio es universal. Cualquier sonido en este momento sería intolerable. Ahí asoma ya Nerea. Va cayendo en volteretas desde la cúpula afianzada a una maraña de cintas de variadas iridiscencias. La música rebota en sus puntales y ella recoge el compás. ¿Quién dice que están viejos? ¿Qué esos bien torneados cuerpos no presentan ya la misma flexibilidad de hace tres décadas? Nadie diría que Nerea ha cumplido ya cincuenta años, a la vista de la sutil agilidad con la que alcanza a remontar el aire. Siempre ha sido la reina de los cielos, *la diosa del arete* y sus piruetas y contorsiones le ganaron la fama de la “mujer que vuela”. Y la fortaleza de Aitor parece ser la misma de otros tiempos. Provocación y sagacidad. Riesgo y destreza. En eso consistía la buena estrella que hacía de Aitor una leyenda. A la combinación de un físico elegante y garboso, se sumaban tanto la precisión de sus reflejos como el impecable gusto con que él conseguía elaborar intrincadas coreografías. Como artista del trapecio, era un sobreviviente (todos lo eran) y su cuerpo manejaba tanto heridas propias como ajenas: aquel torpe y vicioso momento de la caída del andamio, o el descalabro que acabó con la carrera de su madre y la convirtió en parapléjica. Esa era, la verdadera cantera de sus recientes temores proyectados por rebote en su pareja Nerea.

El vértigo de malabares siempre había estado allí. Venía de atrás. Y nunca se desvanecía. Las luces por ambos lados de la pista han acercado ya en círculos concéntricos, iridiscientes y esponjosos, encogiéndose de nuevo hasta conseguir un punto

ciego. *El arete de la diosa* era una hermosa coreografía de la que el público no parecía cansarse nunca. Cierto que esta última adaptación parecía menos “estrabótica”, y que contenía una serie de rutinas quizás menos articuladas, “para bajar la tensión y el suspenso” —le había dicho Aitor a Nerea— aunque la razón era más puntual y menos técnica: quería bajarle la velocidad, pensando en lo impensable, desde que había tenido ya —y por dos veces— que desemboarla al grito de «¡Espabila, mujer!» allá arriba en el trapecio. Aitor, con toda su corpulencia, se había plantado en el otro andamio, esperando que ella ejecutara sus intrincadas evoluciones, y mientras la música marcaba ya, a todo volumen los compases del “salto del arete”, Nerea, clavada en su ángulo, parecía contemplar un fantasma. En aquella tesitura le había dado por acordarse de sí misma niña, vistiendo sus muñecas con trajes de arlequín. Ahora se gira bocabajo. (El arlequín la mira). El trapecio colgado en el viento persigue el vaivén de sus ojos. Va de izquierda a derecha... de derecha a izquierda...

(—¿Dónde está mi arlequín?)

De izquierda a derecha... uno, dos... uno, dos... Y se queda petrificada. —Vamos, mujer... ¡Salta!

La música ha vuelto a improvisar un juego con las luces y las sombras. El público aplaude. Y Nerea, “la diosa del viento”, salta por fin al vacío y atrapa en el último momento, la cuerda que cae desde la cúpula. Un tapiz multicolor, que a lo lejos parece una tela sólida, avanza y se convierte en una maraña de cuerdas que se ensortijan como sierpes. La muñeca, vestida de seda le hace un guiño al arlequín y ella trepa hasta alcanzar el ojal que se menea en el centro. Nerea se sienta en el aro pulsando los desafíos. Aitor aparece en el columpio y la convida: ella accede y las piruetas conjuntas se desarrollan con soltura y normalidad. Cuando la música lo indica, las luces parpadean, el “portor” se desliza por la cuerda y la “ágil” se

queda arriba, entronizada en su ojal. Toca ahora el segundo acto. Una ejecución de riesgo moderado que ambos conocen de memoria. Son piruetas que incluyen saltar desde un trampolín pequeño hasta planear entre varias plataformas con giros y maromas. Al público, por lo general, no le suele alcanzar el verdadero drama. Tan solo ven dos cuerpos, apenas hilvanados, flotando en el aire entre dos trapecios. Para aquellos que se mueven por las corrientes, sin embargo, el vértigo de malabares va por otra senda. Cualquiera de esas piruetas isométricas que en el suelo pueden durar varios segundos, en las alturas demoran lo mismo, pero parecen eternas. Y es que al descender con un movimiento en el que no intervenga la gravedad se crea la ilusión de que el instante se ralentiza.

Aitor no cierra jamás los ojos mientras trabajaba sobre el viento. Un volatinero puede prescindir de todos los sentidos, excepto de los que le hacen mirar y palpar. Nerea trae además bajo la manga un personal “artículo de fe”, una especie de talismán enroscado en su muñeca derecha, que perteneció a la madre de Aitor, la eximia Gran Elena.

Va a empezar la siguiente pirueta y las luces se estacionan. Un reflector recorre el escenario. Sube y baja enfocando los trapecios y las cintas. Uno, dos y.. tres. Tres... Dos... Uno... Recuerda: ¡si dices tres en lugar de dos... te matas! La música ensordece y un tambor —muy cercano— redobla. El espacio entero se recorta reclamado todos los sentidos. No desnivelarás el vacío impunemente.

—¡Salta! —Primero ella... y luego él. El público se sobrecoge. Y otra vez crece el redoble.

—¿Vienes, cariño?

Y allí van.

De resto solo queda imaginar lo que se teme. Aitor pensará en las olas de aquella playa inmensa. Nerea volverá a vestir de arlequín a su muñeca.

Uno, dos y tres... (si dices “dos” en lugar de “tres”). Ella se está dando la vuelta dentro del arete... parece resbalar, pero se queda congelada un segundo antes de ver a Aitor saltar al vacío y alcanzar el óvalo en el que se descuelga boca abajo agarrada solamente por un pie. Nerea vuelve a nivelar la cintura a la altura del arete y sus giros se suceden uno tras otro con exquisita perfección, pero llegado el momento de sujetarse de los brazos de Aitor, algo falla. Puede paladear la descompostura del vértigo. Los brazos le tiemblan e incapaz de poder sujetarse de la soga, se agarra a la cintura de su pareja. El tiempo se detiene. Abajo, el público contiene el aliento, luego se hunde en un silencio total, del que escapan aislados solamente un par de gritos. Entonces, solo entonces, Aitor y Nerea se acercan por el aire hasta juntar sus dos cuerpos. Y con un lento, delicado, pero preciso movimiento... se sueltan del ojal que les mantiene en suspenso.

¡Caer, por fin, es inevitable!

**Tomado de Giovanna Benedetti: “Vértigo de malabares” (Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró 2016). INAC, 2017. Publicación especial autorizada por la autora.*

GIOVANNA BENEDETTI *Nació en la ciudad de Panamá en 1949. Reside en San Lorenzo de El Escorial, muy cerca de Madrid. Fue educada en instituciones escolares suizas, francesas y norteamericanas. Doctora en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid. Especialista en Derecho de Autor y Derecho de la Cultura, también es escultora, ceramista y diseñadora gráfica. Fue Directora General del Archivo Nacional de Panamá (1984-1989). Ha ganado en seis ocasiones el Concurso Nacional de Literatura “Ricardo Miró: dos como cuentista, otra como ensayista y tres como poeta. Es también “Premio Internacional de Periodismo José Martí” (La Habana, Cuba, 1991). Ha*

publicado en la revista cultural panameña “Maga”. Reside en Madrid, España desde hace años. Obras publicadas: **La lluvia sobre el fuego** (cuentos; INAC, 1982; Ediciones Doce Calles, España, 2014); **El sótano dos de la cultura** (ensayo; 1985); **Entonces, ahora y luego** (poesía; INAC, 1993; Ediciones Doce Calles, España, 2014); **Entrada abierta a la mansión cerrada** (poesía; INAC, 2006); **Vértigo de malabares** (cuentos; INAC, 2017). Ha sido traducida al francés, inglés, alemán, italiano, húngaro, rumano, catalán, portugués y ruso.

EL PUNTO CIEGO

Dimitrios Gianareas



Antes de hacer lo que he venido a hacer, creo que lo mínimo que mereces es una explicación. Quizás cuando te enteres de las circunstancias que me han puesto en este sitio, comprenderás que son nobles mis motivos. Porque, ¿qué puede ser más noble que honrar el juramento que se le ha hecho a un amigo? Y es que Roy, además de ser un compañero de trabajo, es el mejor amigo que he tenido, y de ello me dio, hace mucho tiempo, la prueba más contundente que alguien puede ofrecer. Te voy a contar.

Una noche fuimos a hacer un trabajo juntos. Nos estacionamos frente a la casa indicada. Verifico: el muro verde y las verjas rojas. Me bajo. Roy se queda dentro, con el motor encendido. El tipo sale cuando escucha el automóvil y yo camino despacio hacia él. Se detiene y me lanza una mirada agresiva, pero cuando ve la 38 en mis manos, se percata del peligro. No me da tiempo de pensar, así que por acto reflejo, ¡bang! ¡bang! ¡bang!, le suelto tres disparos. Le doy, sé que le doy, porque a cinco metros no puedo fallar tres veces seguidas, aunque sea de noche. El tipo corre y se mete dentro de la casa como si nada, ni trastabilla, ni pega un grito, ni siquiera suelta una mala palabra. Entra, pero no alcanza a cerrar la puerta. Seguro que le di. Lo sigo, y es que después de los tres estruendos, no me puedo quedar afuera con una pistola en la mano como si nada. Qué estupidez acabo de cometer, pienso una vez que estoy dentro. Me podían haber liquidado como a un imbécil apenas crucé la puerta, pero por fortuna no ha sido así. Examino el interior. La sala de la casa. Los muebles son pequeños. No puede estar escondido detrás de ninguno. Veo un pasillo y dos puertas. Elijo una y me detengo. Tú sabes, yo no voy a entrar así, sin saber qué hay del otro lado. Imagínate que me esté esperando apuntándome con una pistola. Hoy día, en esta ciudad, todo el mundo anda armado por ahí. Además, no estoy seguro de haberle dado, y aunque lo hubiera hecho, un solo disparo no es suficiente para acabar con nadie. La vida real no es como las películas, donde de un solo plomazo la gente cae fulminada instantáneamente. Te lo digo porque he visto con mis propios ojos gente corriendo como si nada con cinco plomazos dentro del cuerpo. De modo que me quedo esperando afuera. Ya no me puedo marchar, porque cuando uno comienza un trabajo no se puede ir y dejarlo a medio terminar, tú sabes, la responsabilidad laboral ante todo. Me coloco a un lado de la puerta, la espalda contra la pared sosteniendo el arma con las dos manos, pegada a la cara y apuntando hacia arriba, así, igualito como en la televisión. Escucho atento. Nada, si está dentro el tipo no se mueve. Pasa un rato, luego de

unos cinco minutos escucho un golpe seco, como si algo hubiera caído. Después silencio absoluto. Me voy desesperando, ya me quiero ir. Van como diez minutos desde que le disparé y todavía no sé si terminé el trabajo. Así que me arriesgo. Voy para adentro. De un solo movimiento empujo la puerta y me coloco frente a la entrada, sosteniendo el arma con los brazos extendidos, apuntando a lo que se mueva. Hay un interruptor al lado de la puerta. Enciendo la luz. ¿Qué crees? El tipo está tirado en el suelo. Examinó el lugar. No hay nadie más. Doy dos pasos en dirección al cuerpo. Parece que está muerto, o al menos inconsciente. Está boca arriba, con los brazos extendidos y tiene un manchón rojo en la camisa. Debe tener la carne bien blanda este hombre, porque tiene un orificio en la barriga, y recuerda que yo le di por la espalda. Tengo que cerciorarme de que lo liquidé, pero como no soy médico, se me ocurre que mejor le doy otro balazo, para estar seguro. Antes de dispararle, procedo de acuerdo a la rutina que sigo cuando voy a matar a alguien: le rezo un padrenuestro, porque cuando alguien va a morir, lo menos que puede hacer la última persona a su lado, es rezarle. Después de haber dicho amén, le apunto justo a la frente, tú sabes, un tiro a la cabeza produce una muerte instantánea. Aprieto el gatillo y no pasa nada. Aprieto varias veces, y caigo en la cuenta de que no llené el cargador. Imagínate, voy a matar a un tipo y nada más llevo tres balas. Al mejor cazador se le va la liebre. Recuerdo que tengo una caja de balas en el auto. Decido ir por ellas y regresar. Cuando le doy la espalda escucho pasos que se acercan. Me quedo inmóvil con el corazón en la boca. Transcurren dos o tres segundos. Miro de reojo al tipo. Sigue igual. Respiro aliviado cuando veo que es Roy el que se asoma, pero apenas lo veo, pone una cara de miedo y me grita: ¡Cuidado! Veo que apunta el arma en mi dirección y escucho: ¡bang! ¡bang! Una fracción de segundo después me doy cuenta de que no era a mí a quien disparaba, y me doy vuelta. El tipo no estaba muerto, pero ahora sí lo está. Muerto y sosteniendo una pistola en la mano. Roy sonríe.

No viste cuando sacó el arma, ¿verdad?, ¿sabes por qué?, me pregunta Roy. Todavía asustado, apenas le contesto encogiéndome de hombros. Por culpa del punto ciego, cuando sacó el arma estaba en tu punto ciego, me dice. Yo no sé de qué me está hablando, ¿tú sabes qué es el punto ciego?, pero me emociono. Me acaban de salvar la vida. Así es, ese desgraciado pudo haberme matado por la espalda. Pero estoy vivo gracias a Roy. Le debo la vida. Le tiendo los brazos y le juro que algún día voy a retribuirle. Nos abrazamos y le vuelvo a asegurar que por él haré lo que me pida, y tú sabes, y si no lo sabes te lo explico, que en nuestro oficio los juramentos se cumplen, porque la lealtad es la virtud que sostiene todo el andamiaje de nuestra profesión.

Lo que te cuento ocurrió hace varios años, pero mi determinación de honrar la palabra empeñada no ha disminuido ni un ápice durante ese tiempo. Lamentablemente para ti, Roy me ha pedido que acabe contigo, y tú sabes que a un amigo que le ha salvado la vida a uno, no se le puede fallar. Así que prepárate, porque te voy a rezar un padrenuestro.

DIMITRIOS GIANAREAS *Nació en la ciudad de Panamá el 3 de enero de 1967. Doctor en Medicina por la Universidad de Panamá en 1991. Egresado del Diplomado Internacional de Creación Literaria de la Universidad Latina de Panamá en 2011 y del Diplomado en Creación Literaria 2013, de la Universidad Tecnológica de Panamá, ha participado en talleres de cuento avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi y publicado cuentos en la revista "Maga". Incluido en: "Los recién llegados (54 Cuentistas inéditos escriben en Panamá: antología)" (Foro/taller Sagitario Ediciones, 2013). Junto con Carolina Fonseca ha publicado un libro de cuentos: "Dos Voces 30 cuentos" (Foro/taller Sagitario Ediciones, 2013). En 2013 gana el Concurso Nacional de Literatura "Ricardo Miró" en Novela con la obra "La chica que conocí el día que mataron a Kennedy" (INAC, 2014).*

CONTRABAJO

Dennis A. Smith

Un vaso con agua, a veces acompañado por un pan. Eso era todo lo que tomaba.

Los aplausos hacían temblar las paredes del Teatro Nacional, sonaron por diez minutos exactos, después de que el músico terminara el solo de contrabajo, para poner fin a la obra musical. Durante los aplausos permaneció abrazado a su instrumento, no se movió, no parecía respirar, no volvió a abrir sus ojos hasta que las cortinas se cerraron.

Prado Correoso. Había hecho el firme propósito de no satisfacer sus necesidades básicas, el hambre, la sed, la compañía, el sexo, hasta dominar a la perfección el contrabajo. Estaba aburrido de sentir que era un músico mediocre que pasaba las noches entreteniéndolo a otros seres distintos a él que en nada valoraban las notas que salían de su instrumento. Soñaba con los grandes escenarios de música clásica, un reflector sólo para él, en una ejecución sin precedentes. Y un mar de aplausos abalanzándosele.

Fue en el verano que echó de su cuarto a Brígida, su mujer. Entre gritos y maldiciones ella bajó las escaleras, hasta que el silencio volvió. La chica sólo quería amor y sexo. Cada vez que él comenzaba a practicar, sus notas la excitaban, haciendo que se aferrara al músico hasta la madrugada, cuando exhaustos apagaban la luz. No encontraba momento de solaz para dedicarlo a su contrabajo. El día llegó. Al tocar una nota, ella se acarició los pechos moviéndose insinuante en la cama, siguió la melodía romántica y suavemente se levantó, caminó hacia él, le agarró una mano y se la puso en un seno, Prado siguió tocando con la mano libre, se la sostuvo también y cesó el sonido; se unió al músico con un sensual beso

que por instantes lo transportó a un lugar hermoso donde sólo había paz, pero de inmediato pensó en su instrumento allí a su lado, en un abandono por omisión, callado, con ganas de sentir fluyendo entre sus maderas el sonido. Mordió la lengua de Brígida hasta que la sangre brotó de su boca, ella gritó en la penumbra del cuarto, la largó.

—¡Te arrepentirás toda tu vida de esto!— gritaba la mujer al bajar las escaleras.

Siguió practicando con férrea disciplina ahora que no tenía nadie que lo distrajera. Se sumió en el mundo de las notas musicales, obsesionado con practicar cada vez más. Ignoraba las ganas de comer y beber para no tener que ir al baño, cerró las ventanas para no pararse a abrirlas, ensayaba de noche y día sin dormir; se fue enfermando y descomponiendo, pero su nivel musical alcanzó la máxima perfección. En la oscuridad del cuarto, mientras tocaba, escuchaba las hermosas notas que salían de sus dedos, se sintió agotado por primera vez en meses. Allí sentado se quedó dormido.

Vio a Brígida llorando en la cocina, fue a consolarla, ella se alteró y salió corriendo al cuarto, agarró el contrabajo y con todas sus fuerzas lo estrelló contra el piso. Sintió tanta ira que la empujó hacia la ventana, rompió el vidrio, pero el que cayó fue él; iba volando hasta que lo recibió el pavimento. En ese momento despertó. Tenía su instrumento a un lado, comenzó a tocarlo y acariciarlo, lo llevó a la cama y lo arrojó.

Se acostó junto a él, lo besaba, tocaba sus curvas recordando a Brígida, mordió las cuerdas y babeó todo el mango, por un momento sintió que era ella dejándose tocar, amándolo de nuevo. Así se volvió a quedar dormido.

Al día siguiente se despertó temprano, hizo desayuno y lo llevó a la cama, él no comió, era para su pareja.

—¿Por qué no comes?—preguntó Prado—
¿Te he tratado mal?

Luego de un tiempo, se molestó, tiró todo al suelo, le quitó la sábana al contrabajo y se puso a ensayar. Sentía el aroma de ella en el ambiente, no lo dejaba concentrarse, se equivocaba, ya se estaba desesperando, el olor provenía del instrumento, deseaba seguir practicando, pero no podía, entonces se concentró en las notas musicales que salían del artefacto y recordó aquel día en que la conoció.

Cansado de la soledad, había salido con el fin de encontrar una mujer para amar por siempre. La noche anterior le había dicho a un amigo que se le declararía a veinte mujeres desconocidas en una sola jornada y que de esas, por lo menos una lo aceptaría. Así lo hizo, no consiguió a ninguna. Devastado se sentó en la banca de un solar. Una mujer se le acercó y le pidió fuego para encender un cigarrillo, luego se hizo a su lado, él ya no dijo nada, no quería otro rechazo. Ella le tomó una mano y con su lápiz labial le dibujó una nota musical. Un alma perdida y solitaria encontró a otra en el momento indicado.

Todas las noches, después de practicar se aferraba en besos y caricias con el instrumento, sentía que tocaba a la mujer que conoció aquella ocasión en que ella se había acercado a varios hombres y que sólo él la había escuchado. Podía entrelazarse en sus cabellos despeinados, adherirse en su suave piel, percibir su esencia envolviendo su cuerpo, su calor lo tranquilizaba; se derretía entre sus cuerdas como rozando sus pechos, comenzó a morder la madera y escupía las astillas.

Besaba sus labios canela, cuando tomó el instrumento y lo tiró contra el piso.

—¡Te dije que me dejes en paz!—gritó alterado—¡Necesito ensayar!

Allí estaba roto el contrabajo, un día antes de su gran concierto con la orquesta sinfónica. Entró en razón y llorando con amargura se disculpó.

Se presentó a última hora en el compromiso, allí entre el público reconoció a Brígida, fue sereno a su puesto, la tomó de la mano y se la llevó caminando hasta el escenario.

Ocupó su lugar y esperó las indicaciones del director de la orquesta. Con la señal, por fin la abrazó. Dio inicio la sinfonía magistral, envolviendo a todos los presentes en la mística del sonido, nunca antes habían escuchado algo tan hermoso, y las lágrimas corrían por las mejillas de los espectadores. El hombre tocaba su instrumento de forma sublime, las notas que salían iban directo a los corazones. Las cuerdas, la piel, la madera, los cabellos, su sonrisa, las clavijas, su cuerpo, el instrumento, la mujer; todo era una sola cosa.

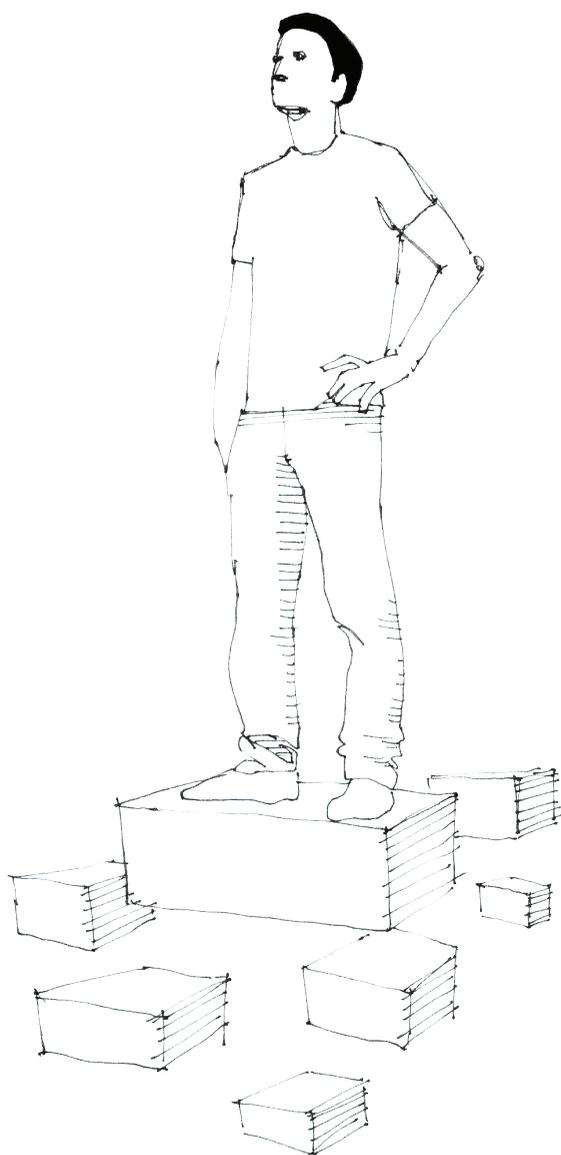
Los aplausos hacían temblar las paredes del Teatro Nacional, sonaron por diez minutos exactos, después de que Prado Correoso terminara su solo de contrabajo, para poner fin a la obra musical. Durante ese tiempo permaneció abrazado a su instrumento, no se movió, no parecía respirar, no volvió a abrir sus ojos hasta que las cortinas se cerraron.

Eso fue lo que todos creyeron. En realidad, esperó a que todos los músicos se retiraran y que la última luz fuese apagada. Sólo entonces se separó de mí, con trabajo; su único amor.

*Tomado de Dennis A. Smith. “**El rey del truco soy yo**”. 9 Signos Grupo Editorial, México, 2009.

DENNIS A. SMITH Egresado del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá en 2006. Ha publicado cuentos en el libro colectivo “*Letras Cómplices*” (2007) y en la

revista *Maga*. En 2009 publicó su primer libro de cuentos: “*El rey del truco soy yo*” (9 Signos Grupo Editorial). Cuentos suyos han sido publicados en *El Panamá América*. Mecánico de Construcciones Metálicas, INAFORP y con estudios terminados en Administración de Negocios (ULACIT), actualmente es colaborador en la Autoridad del Canal de Panamá.



LA MOLA

Maritza Lopez-Lasso



Su piel, de un canela muy claro, tenía la brillantez del sol reflejado en una superficie pulida. Su nariz, curvada en la parte inferior por el uso permanente de la argolla que colgaba de su tabique, sugería el pico del águila real. Sus ojos, entre chocolate y amarillo, reposaban, soñadores, sobre su obra: su mola.

Era una chiquilla cuando su abuela la inició en la técnica de las molas. Con retazos de tela, la *Muu* —como la niña la llamaba— le cortaba el contorno de los dibujos y ella los cosía meticulosamente. Sólo que eran molas pequeñas. Molas que usaba para vestir su muñeca de trapo, regalo de una gringa.

La *Muu* no le escatimaba elogios. Le decía que sus molas hablarían por sí solas; le aseguraba que,

a diferencia de sus ancestros quienes precisaban de antiguos rituales para mejorar la calidad de su trabajo, ella no necesitaría esperar la llegada de la luna llena para iniciar su obra. Desde que la vio coser los primeros vestiditos para su muñeca, la abuela supo que ella tenía el *kurgin*. Sí, sin lugar a dudas, su nieta poseía un verdadero talento.

De la mola salían miles de estrellas, como si hubiera sido cosida con hilos de luz. La joven suspiró invocando el nombre de su abuela.

Hacia un lado apareció la imagen translúcida de la *Muu*.

–*Te gui te, wagwa* –dijo la *Muu*–. Veo que has terminado la mola.

–Sí, *Muu*, como tú me lo pediste. Recuerdo cuando la comenzaste, un poco antes de que los espíritus de la eternidad te llevaran. Usaste como modelo un loro muy diferente de los que solíamos ver. Lo dibujaste entre dos palmeras con pencas sacadas de tus sueños.

La *Muu* sonrió mirando los rayos de luz, de repente más intensos.

–Esta mola es especial *wagwa*. Con esta mola puedes redimirte o perderte para siempre.

–No comprendo *Muu*. ¿Por qué redimirme, si no he hecho nada?

–Tú no, pero tus ancestros sí. ¿Nunca te has preguntado por qué tu madre y tú viven en un extremo de la isla, separadas del resto de nuestro grupo? Ni siquiera *Teku*, tu hermano, viene a verlas.

–Es la mola más hermosa que he visto en mi vida. Es una verdadera *mor yoedi*. La luciré en la próxima *inna-muustiki*, la fiesta de la pubertad –dijo la joven como si no hubiera escuchado a su abuela.

–A veces debemos desprendernos de ciertas cosas para lavar nuestro pasado y abrir las puertas de nuestro mañana.

–¿Qué misteriosa estás, *Muu*! Pase lo que pase me quedará con esta mola: es mía.

–Tu madre no te dejará. Recuerda que tus molas son para la venta.

–Mi madre. ¿Por qué tu hija es tan mezquina?

–No la juzgues. La tradición de nuestro pueblo quiso que tu baba dejara el mundo de los vivos cuando tú naciste. Si no hubiera sido por tu *nana* que te defendió con garras, el *tsaila* de la época te habría enterrado viva.

–¿Cómo si yo fuera hija ilegítima?

La *Muu* afirmó con un movimiento de la cabeza.

–Tu *nana* ha estado obligada de trabajar como los hombres para poder sobrevivir.

Sí, su madre era diferente. Sin embargo, había pasado tantas horas trabajando en esa mola y el resultado era tan hermoso que le sería muy difícil separarse de ella. En un instante tomó la decisión: la escondería y comenzaría enseguida otra similar. Tendría que darse prisa ya que los turistas llegarían al archipiélago tres días más tarde. Era consciente del reto que representaba terminar una mola como esa en tan poco tiempo, pero lo intentaría.

La imagen de la *Muu* se volvió más fluida.

–¿Qué pasa? ¿Ya te vas?

–Siempre estoy contigo. Soy tu *unaed*, tu consejera. Pero ya sabes que sólo puedes verme cuando tu espíritu está tranquilo. Ahora tu mente está perturbada con la mola. Recuerda que debes

ser fiel a la tradición de nuestro pueblo –agregó la *Muu* antes de desaparecer totalmente.

Tras rozarle la cabeza, un pájaro aterrizó frente a ella como advirtiéndole de un peligro que sólo él veía. La chica levantó la mirada justo para ver, a lo lejos, la canoa de pesca de su madre que se acercaba. Como picada por un insecto se puso en pie, apartó la cortina de bejucos que hacía las veces de puerta y entró como un huracán en la choza, con la mola en las manos. De un vistazo recorrió la mesa de cañareja y las dos hamacas, la totalidad del mobiliario. ¿Dónde podría esconderla? ¿En el techo, entre las hojas de palma? No, su madre la vería enseguida. ¿En el suelo, disimulada en la espesa alfombra de arena? ¡Claro! Sin perder tiempo se dirigió hacia la esquina en donde la arena estaba más suelta y ahí, junto a una de las paredes de bambú, la enterró.

A los pocos minutos, cargada de pescados y langostas, llegó su madre. Al verla sentada en uno de los rústicos bancos del exterior de la vivienda, las manos ociosas, le preguntó, molesta, lo que hacía.

–Nada –contestó la muchacha tomando rápidamente el primer trozo de tela que encontró.

–¿Ya terminaste la mola?

–¿Eh? No –respondió la chica sin saber hacia dónde mirar.

–Entonces, ¿qué esperas? ¡Terminala, chiquilla floja! –ordenó su madre perdiéndose dentro de la choza.

Sin que su madre la viera, la chica comenzó una nueva mola y trabajó en ella hasta la caída de la noche.

El día siguiente, desde el alba, continuó con su objetivo. No se concedió un instante para el

disfrute de la naturaleza que la rodeaba, como era su costumbre. Cada vez que se sorprendía soñando con la mola anterior, alejaba estos pensamientos y trataba de concentrarse en su nueva obra.

Al final de la tarde, al volver de la pesca, su madre la encontró en plena labor.

–¿Dónde está la otra mola, esa que debiste terminar ayer? –le preguntó tras limpiar el pescado y prender el fogón para preparar la cena.

–No hay otra. Ésta es la de ayer.

–No estoy para perder el tiempo. Enséñamela.

–Le juro que es ésta –aseguró la joven poniéndose en pie.

Segura de que no se trataba del mismo trabajo y sorprendida por la osadía de la chica al jurar, la mujer irrumpió en la choza lanzándole una mirada de desprecio.

La joven se quedó parada, el corazón desenfrenado dentro de su pecho, sus manos estrujando el pedazo de tela que constituía su nueva obra. Sabía la suerte que, en su tribu, corría no sólo quien mentía, sino peor aún, quien juraba en vano. Si su madre descubría la mola, sería su desgracia.

Haciendo un esfuerzo entró en la cabaña y encontró a su madre, de espaldas, parada en medio del recinto. Dirigió la mirada hacia la esquina en que había escondido la mola y percibió un pedacito de tela que sobresalía de la arena. Lentamente, como midiendo sus pasos, caminó hacia el sitio que la delataba para recubrirlo.

Su pie desnudo había comenzado su tarea encubridora cuando, bruscamente, su madre se volvió. La mujer se paró frente a su hija y, con fuerza, la empujó hacia un lado. Sin transición

sus ojos tropezaron con el fragmento de rojo entre la arena. Se agachó. Sus manos escarbaron y apareció la mola.

La joven se cubrió el rostro con las dos manos.

—¡Es mía, yo la hice! —gemía.

Como respuesta la madre salió de la pieza, rauda, con el trabajo de su hija en la mano.

Al anoecer, la aldea completa estaba reunida en la gran choza, la choza de la justicia. El tsaila y los ancianos balanceaban sus cuerpos y susurraban cánticos al son de un tambor. En el centro de la asamblea, el tronco seccionado de un caobo exhibía un hacha hincada en su líber. El castigo debería ser ejecutado por el padre de familia, pero estando el suyo muerto, la prerrogativa caería en manos del hermano mayor.

Iluminados por las oscilantes lenguas de fuego de una fogata y acompañados del murmullo que brotaba de las figuras envueltas por las sombras, entraron los dos hermanos. La chica llevaba entre sus manos abiertas la hermosa pieza que se había apoderado de su joven corazón. El hermano mayor, con la desmesurada altivez del que cumple un mandato superior, ejecutor de un oscuro designio, caminaba, marcial, a su lado. Se detuvieron uno frente al otro; el tronco del caobo entre ellos. La muchacha no se resistía. Ella conocía la ley; y la respetaba.

El murmullo cesó cuando los kantule, con flautas y maracas, se unieron al tambor. Dos hombres se pasearon entre los hermanos con sendos incensarios en los que se quemaban granos de cacao y de pimientos picantes. El saila entonó el canto que recogía mitos ancestrales y concluyó con una cadencia parecida a un lamento.

Los dos hermanos se miraron por un instante. El joven hizo una especie de reverencia y tomó el hacha. Su hermana, sumisa, colocó su pulgar derecho sobre el tronco. La afilada lámina, iluminada por las parpadeantes llamas de la fogata, se elevó, lenta, con su sonrisa de fuego, para caer, precisa, allí donde la tradición dispone el tajo. Una mancha roja y espesa se extendió sobre la superficie tronchada del caobo; brevemente la sangre dispersada pareció cobrar la forma de un loro entre dos palmeras, con pencas como sacadas de un sueño. La mano sana de la muchacha apretaba la mola para protegerla en su pecho.

El curandero, eficaz en su labor, en pocos minutos se ocupó de detener la hemorragia y de vendar la herida.

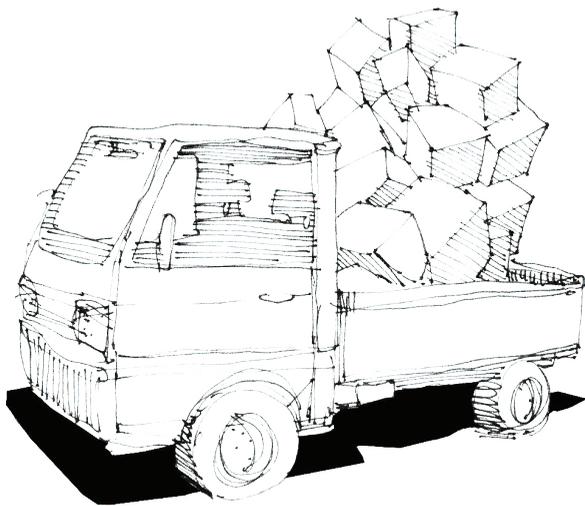
Aquella noche la *Muu* se le apareció en sueños. Le dijo que cuando la madre de la chica enviudó, llegó a la isla un gringo que estudiaba las plantas de la región. Desde lejos se veía que los dos se gustaban, pero esa relación era imposible porque él era extranjero. Era la Ley. La pareja se veía a escondidas, pero nunca, nadie, salvo la *Muu*, lo supo. Cuando la hija de la *Muu* quedó encinta, el pueblo entero pensó que el espíritu de su esposo había vuelto para embarazarla y comenzaron a alejarse de ella. El día del parto la *Muu* dejó a su hija sola para buscar a *mu*, la partera. Cuando volvieron encontraron al gringo en la surba, con la niña en los brazos. La ley no permitía que un extranjero presenciara el parto de una mujer, así que el gringo pagó con su vida su imprudencia. Era la Ley.

Pocos días después, desde el barco que la llevaba a tierra firme, la joven miraba perderse el conjunto de islas que había sido su universo. No sabía lo que le deparaba el destino. Sin hablar español, alejada de su familia y sin su pulgar para crear, se sentía perdida. Repudiada por los suyos, había dejado de formar parte de la comunidad. No le permitieron que llevara consigo su vestido

tradicional. Al menos le dejaron su mola. Su última mola.

*Tomado de Maritza López-Lasso. “**La mola y otros relatos**”. Panamá, 2012.

MARITZA LÓPEZ-LASSO Novelista y guionista panameña, nació en Panamá el 18 de septiembre de 1957. Tras 25 años de vida en Europa volvió a su país natal en el 2011. Ha publicado las novelas “**Ajuste de Cuentas**”(Ed. Verbum, Madrid, 2003); “**Pasión y Fe**”(Ed. Verbum, Madrid, 2007) y “**La Revancha de Nora**” (Imprenta Universitaria, 2016). Los libros de poesías “**El corazón con que vivo**”(Ed. Verbum, Madrid, 2008) Los libros de cuentos “**Pasión con fondo de guerrilla y otros relatos**” (México, 2010) y “**La Mola y otros relatos**” (Imprenta Universitaria, Universidad de Panamá, 2012). El libro de cuentos bilingüe español/francés “**De café y Chocolate**” (Editorial Exedra, Panamá, 2012). Relatos y poemas suyos han sido publicados en revistas literarias de Estados Unidos, España y Latinoamérica.



TRES MINICUENTOS

David C. Róbinson O.



De las travesuras del viento

El océano no es para los colibríes. Mucha extensión y pocas flores. Pero allá fue a dar uno. Un viento traicionero y los árboles se le transformaron en olas. Por puro milagro sus alitas no salieron lastimadas, pero tanto brillo lo asustaba...mucho. Mientras el sol abría sus brazos extendiendo el medio día como un mantel, el vendaval arrastró al colibrí hasta una enorme piedra aislada en plena alta mar. Sobre la roca había una niña cubierta con unos cuantos trapos; estaba acucillada y mirando en la dirección de donde provenía la corriente eólica. Era evidente que los rayos solares lastimaron bastante su antes fresco cutis. El colibrí aleteó hasta ella. Tenía los ojos más tiernos que jamás ave alguna haya visto. Sus labios cuarteados sonreían dolorosamente, como dando la bienvenida a la visita. Sus brazos, algo más que bronceados, se extendieron hacia el colibrí. Él voló hasta las manos abiertas de la niña y, posado en sus palmas, se abandonó al descanso y consuelo brindado. Ella le recibió con toda la suavidad de la que todavía

era capaz, rodeándolo con sus torpes dedos y llevándoselo hasta sus labios. El colibrí se rindió aún más. Ella rozó con sus labios las alas de colorines, besó el pequeño pico templado y por último, acertó una feroz mordida al cuello de la avecilla, cercenándolo de un solo tiro. La niña bebió la poca sangre que brotaba y comió la escasa carne. Una a una intentó regresar al aire, las pequeñas y ahora húmedas plumas del colibrí; una a una cayeron todas casi directo al mar. Con el hambre y la sed apenas engañada, con sus muelas entretenidas en moler los huesillos que todavía no ingería; la niña volvió el rostro a aquella parte del horizonte donde quedan los bosques llenos de aves, esperando que el viento de nuevo haga una travesura.

No me van a vencer

Muchos me siguieron porque curé a sus enfermos. Muchos más me proclamaron rey porque comieron pan y pescado hasta hartarse. Rechacé la corona. Al poco tiempo, los mismos que un domingo me recibieron con aclamaciones, al viernes siguiente pidieron a gritos mi muerte. Muchos no entendieron mi misión. Puedo entender que quienes no me conocieron, no la comprendieran. Pero, ¿y mis amigos? ¿Y los que caminaron a mi lado? Mi mejor amigo me traicionó y el más fiel de mis discípulos me negó. El resto de ellos huyó a esconderse. Sólo uno está conmigo hasta este final. El más querido, el más joven. ¡Por suerte! Así pude confiarle el cuidado de mi madre. Mi pobre mamá y mis leales amigas están aquí conmigo. Ellas sí tuvieron el valor de contemplar mi cuerpo masacrado. Sus gritos y lamentos me lastiman tanto o más que los azotes y los tormentos. También escucho los insultos de aquellos que tienen la costumbre de hacer leña del árbol caído. Tanto amor que les di y tanto odio que me regresan. ¡Dios! No he muerto y ya echan suertes por mis ropas. Tanto amor que les tuve. ¿Amor? ¿Les tuve amor?

¿No? ¿Sí? ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! No quiero flaquear en el último instante. No quiero rendirme, no me van a vencer. Mejor los perdono antes de que olvide que ellos no saben lo que hacen.

Los órganos musicales

Es fácil y hasta lógico inclinarse a pensar que los órganos de la música son las manos, las cuerdas vocales o, incluso, los pulmones. Pero nada es más falso. Si de interpretación musical se trata, el dominio sicomotor o la capacidad pulmonar, aunque sean excelentes, quedan reducidos a nada sin las virtudes de un oído fino y educado para tal labor. ¡Y él tenía el mejor de todos! Yo no soportaba que me lo restregara en la cara. Me parecía un acto sumamente pedante. Pedante y horrible. Un buen día no soporté más esa situación. E hice algo al respecto. Ordené a unos malandrines que lo secuestraran. Que lo secuestraran y le escurrieran aceite caliente hasta lo más profundo de sus virtuosos oídos. Me costó una buena cantidad de monedas. Pero él ya no podría restregarme en la cara sus finos y educados oídos. Se acabaron sus maravillosas interpretaciones de piano. Por lo menos eso era la que yo creía. Perdí mi dinero. El aceite caliente fue como fertilizante para el compositor que habitaba en él. Sus sinfonías nacieron bellas y grandiosas. Ya no me restriega en la cara su fina audición. Me restriega su genialidad. ¡Maldito Bethoven!

DAVID C. RÓBINSON O. *Nació en la Ciudad de Panamá, el 9 de noviembre de 1960. Licenciado en Biología y Profesor de Educación Media por la Universidad de Panamá. Ha dictado talleres de cuento y editado libros colectivos con textos de los egresados de dichos talleres. Incluido en diversas antologías como cuentista. Libros de cuentos: **En las cosas del amor...** (INAC, 1991); **Vértigo** (UTP, 2001); **Resistencia (Maldiciones al desparpajo)** (2005); **Breviario simple** (UTP, 2013) y **Territorio***

de orugas (UTP, 2014). *Poemarios: Soledades pariendo* (1995 y 2003); *La canción atrevida* (1999); *Confesiones de un poeta en una ciudad que odia* (2010); y *Breviario simple* (UTP, 2013); así como de una compilación de artículos breves: *Heurísticas –del instinto al oficio* (Ediciones 400 elefantes, Managua, 2007). También, de una compilación de cuentistas panameños: *Soles de papel y tinta* (Alfaguara, Panamá, 2003). Ganador la segunda versión del Premio “Diplomado en Creación Literaria UTP” (2012), así como el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” 2013, auspiciados por la UTP.

EL CÍRCULO

María Eugenia Ramos
(hondureña)



La puerta del autobús se cerró violentamente y Marta se asió del tubo más próximo, tratando de acomodarse lo mejor posible para que sus rodillas no golpearan con las del vecino. Haciendo un esfuerzo, logró ver a Daniel, de pie cerca de los últimos asientos, haciendo

equilibrio entre una mujer voluminosa de vestido rojo y un viejo con aspecto de mecánico. Marta cerró los ojos y trató de no sentir el vaho ácido de los cuerpos demasiado juntos. Durante un rato estuvo esforzándose por no dormirse, pero finalmente cedió al cansancio, pensando que faltaba mucho para llegar y siempre se despertaría a tiempo.

En el sueño se vio a sí misma como una niña, de pie junto a una fuente. Sentía mucho calor y deseaba humedecerse las manos y la cara, pero cuando iba a hacerlo veía una sombra oscura reflejada en el agua y retrocedía con angustia. Se despertó sobresaltada, justo cuando el autobús se detenía en la estación de su barrio. Se volvió para ver a Daniel, que le hacía señales de bajar, mientras se abría paso a su vez hacia la puerta trasera. Marta logró recuperar de entre la multitud su bolsa con los recipientes vacíos del almuerzo y se abalanzó hacia la puerta delantera. Tuvo que saltar porque el autobús ya había arrancado, pero logró pararse en la acera sin perder el equilibrio. La calle estaba en penumbra. Sin embargo, pudo distinguir a Daniel, que se había detenido a encender un cigarro. “Mejor que se lo vaya fumando aquí”, pensó. Empezó a caminar las tres cuadras que faltaban hasta la casa, dejando que Daniel la siguiera.

Sintió alivio al empujar el desvencijado portón y atravesar el modesto jardín sembrado de geranios. Dejó abierta la puerta para que entrara Daniel y fue a lavarse las manos en el pequeñísimo baño del pasillo. Al levantar la cabeza, se vio reflejada en el trozo de espejo colgado sobre el lavamanos, el que Daniel utilizaba para verse cuando se rasuraba. Recordó la pesadilla del autobús y se estremeció, porque le pareció ver una sombra por detrás de su cabeza. Se apartó rápidamente y sin siquiera secarse se dirigió a la cocina.

Como todas las noches, mientras recalentaba los frijoles y freía unos huevos para la cena, buscó alivio al obligado silencio del día contándole a Daniel sus preocupaciones. El supervisor había estado esa mañana más grosero que nunca, echándole en cara su lentitud para trabajar. No era culpa de ella que los huesos le dolieran algunas veces más que de costumbre. Se había hecho todos los remedios aconsejados por doña Raquel, pero la artritis avanzaba. Dentro de poco tal vez ya no podría trabajar en la maquila. Siempre despedían a la gente mayor para contratar jovencitas, que además de producir más podían descontar su sueldo acompañando al patrón coreano al cine o a los naitclubs. En realidad no se explicaba cómo no la habían despedido. Dentro de poco habría que estirar el sueldo de Daniel. Tendrías que ir dejando de fumar tanto y no ir al billar tan seguido. Sí, ya sé que no tenés otros vicios y que no fumás adentro de la casa, pero yo también hago sacrificios. Doña Raquel dice que parezco retrato, solo tengo tres vestidos. Parece raro en una trabajadora de la maquila, pero ya sabés que me gusta ahorrar. Es cierto que no tenemos hijos, pero por eso mismo necesitamos un respaldo para cuando no podamos trabajar. Gracias a Dios no te ha gustado andar buscando otras mujeres, nunca hemos tenido problemas por eso. Te acordás que tu compadre Ramón te reclamaba la falta de hijos y te ofrecía darte una ayudita. Pero vos siempre has dicho que estamos bien así. Tu mamá, que en paz descanse, me regañaba por planificar, por no aceptar lo que el Señor nos manda. Y yo nunca planifiqué, ni sabía qué era eso. Seguramente Dios no quiso que vinieran más niños a sufrir. Siempre hemos sido solo los dos y yo he hecho todo el oficio. Claro que algunos días estoy muy cansada, como hoy. Fijate que me dormí en el bus y tuve un sueño feo. Te lo voy a contar para que se me quite el miedo. Sí, tuve miedo. Era una niña y me paraba al lado de una fuente, pero no me podía acercar al agua porque veía una sombra

y eso me asustaba. Ni televisor tenemos para decir que he estado viendo películas de miedo. Me imagino que todavía no sabés cuándo te lo va a entregar tu compadre. Ese es el problema de que te hagan favores, hasta que saque todo el trabajo que tiene en el taller lo va a arreglar. Es como doña Raquel cuando le digo que me haga un vestido para que no me vea siempre de retrato. Si yo tuviera máquina costuraría aunque fuera los domingos. Pero desde que se la robaron nunca volvimos a comprar otra. Bueno, estos frijoles ya están. Ya te podés lavar las manos. ¿Daniel?

Imaginó que Daniel estaría afuera fumándose otro cigarro. Bueno, no me oyó nada de lo que le dije. Voy a cambiarme esta ropa antes de ir a llamarlo.

En la penumbra del pasillo, Marta empujó la puerta del dormitorio grande y retrocedió. Sobre la cama dormía un hombre que no era Daniel. Marta vio la sábana que apenas le cubría el torso, la misma sábana con el agujero zurcido por ella la noche anterior. Sin hacer ruido, cerró la puerta y se dirigió al dormitorio contiguo. La puerta estaba abierta, pero no se veía nada. Marta se detuvo lo mismo que ante la fuente. Tengo que saber, se dijo, y encendió la luz. La habitación no tenía muebles, pero sobre un petate dormían una mujer y un niño.

La única posibilidad era que Daniel estuviera lavándose las manos. Marta se dirigió hacia el baño, tratando de convencerse a sí misma de que esos desconocidos no estaban allí, solo era el cansancio. Daniel le diría que se tomara una pastilla y se durmiera. Pero Daniel no estaba en el baño.

Frente al espejo, Marta se detuvo para contemplar a la mujer canosa que la veía con un ligero temblor en la comisura izquierda de los labios. Estoy sola, Daniel. No estás aquí.

No entraste a la casa. No venías conmigo. No te bajaste del bus. No estabas en el bus. No sé si estuviste alguna vez. Este no es Daniel. Esta no soy yo. Yo no tengo hijos. No sé de quién es esta casa. No sé qué hago aquí.

Cuando la sombra que acechaba desde el reflejo se desenrolló como una serpiente, Marta volvió la cabeza y avanzó por el pasillo hasta la puerta de la calle. En el dintel se detuvo, indecisa. Se despidió mentalmente de esa casa ahora extraña. Cerró los ojos y extendió una mano hacia la sombra. Luego extendió la otra y dio un paso primero, después otro, dejando que las tinieblas la palparan, la recorrieran, la ascendieran lentamente, hasta que la puerta se cerró detrás de ella y el círculo quedó concluido.

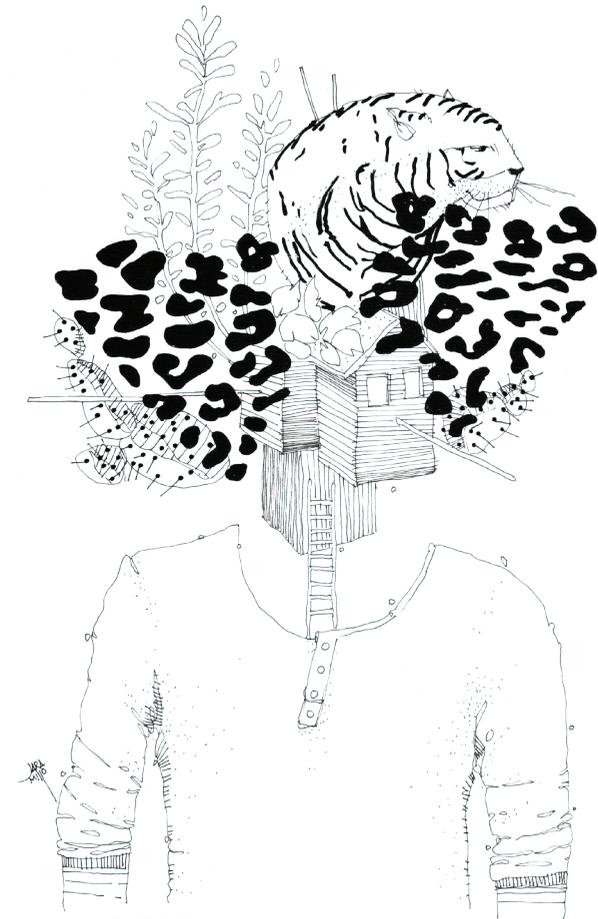
**Tomado de María Eugenia Ramos. Una cierta nostalgia, 4ª edición, 2016.*

MARÍA EUGENIA RAMOS Nació en Tegucigalpa, Honduras, el 26 de noviembre de 1959. Ha publicado *Porque ningún sol es el último*, poesía (Ediciones Paradiso, Tegucigalpa, 1989); *Yo, tú, ellos, nosotros. Apuntes sobre la praxis poética y vital de Clementina Suárez*, ensayo (PNUD, Tegucigalpa, 2002); y *Una cierta nostalgia*, cuentos (Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 2016, 4ª edición). Ha participado en numerosos encuentros literarios, entre ellos, la serie anual de Encuentros de Escritores Chiapas-Centroamérica y México-Centroamérica (Chiapas, México, 1992-2000); "América Latina, Tierra de Libros" (Roma, 2010), FIL Guadalajara (2011 y 2016) y el Primer Encuentro de Narradores Centroamérica cuenta (Granada, Nicaragua, 2013). Su poesía y sus cuentos han sido incluidos en diversas antologías. En 2011 participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México, como una de las "25 secretos literarios mejor guardados de América Latina", autores que, de acuerdo con el comité curatorial, son muestra de la mejor calidad literaria de la región.

SUEÑOS EN EL SEMÁFORO

Carlos Fong

A Laura Mckenzie, en alguna parte de Australia



Luego de darse los últimos toques frente al espejo, de acomodarse la falda corta de Lurex color beige, de fijarse el prendedor de esmalte en forma de mariposa sobre el top con plumas en print de serpiente y encaje elastizado, sale haciendo glamour con su cabello rojo cobrizo, al mismo tiempo que va dejando un camino aromático de mandarinas de Italia y flor de azahar, con notas de jazmín, almizcle y vainilla; hasta que llega a su Porche Turbo 911 y se

deja caer como una reina egipcia en el fino tapizado de cuero. Antes de encender el motor, se mira por el retrovisor, se acaricia las pestañas impermeables y verifica el tono coral brillante de sus labios: se siente feliz.

Ella maneja con cuidado, sin prisa, pisando el acelerador con cautela, como para no estropear la pedrería turquesa de las sandalias con adornos de flores. El resplandor cálido del sol besa el rosa albaricoque de sus mejillas. Se coloca los lentes de verano de Moschino para que los rayos solares no le lastimen los ojos, mientras gira el volante de cuero con sus delicadas manos adornadas con el anillo piramidal de topacio azul. Se siente tan segura con su celular digital en la cartera de piel de cebrá y su CD car que suena tan bien cuando pone a Smashing Pumpkins o Pearl Jam. Y se siente feliz al recordar a Luis Fernando diciéndole lo tierna que es, cuando acaricia su piel lisa y aterciopelada, gracias a la nutrición de hidratantes que la suaviza todas las noches. Cada vez que él se sumerge en el voluminoso cuerpo de su cabello y le susurra “*mi peluchita*”, ella se siente feliz.

Maneja con toda su calma hasta alejarse del lujoso residencial, donde las calles no tienen baches y están bien señalizadas, adornadas con ficus y sauces que son podados en formas geométricas y combinan con las fachadas posmodernas de los dúplex, hasta que entra al otro mundo por el cual tiene que pasar forzosamente para llegar al club en donde sus amigas la esperaban tomando ponche de toronja con ron. Son unas pocas cuadras de cualquier forma, rodeadas de esa miseria que tanto le molesta. Sobre todo, porque al llegar siempre a la esquina del semáforo, salen esas “*criaturas extrañas*”, como las llama ella, a tratar de sacarle una limosna, con la excusa de limpiarle el parabrisas que, según ella, lo que hacen es dejarlo más sucio, o cuando se le acercan vendiéndole esa agua mediocre de naranja con raspadura o ve al

que se pasea con una horrible cajeta pregonando sus pastelitos calientes, quién sabe de qué. A todos los ignora, a todos los desprecia con un gesto de indiferencia y las ventanillas siempre arriba. Pero, de todos ellos, el peor es el loco. Un negro mugriento con el pelo que parecía un rastafari abandonado, que brinca cojeando por la acera rascándose el cuerpo, cubierto sólo con un pantalón de jeans hecho un guiñapo de trapo sucio y con una varilla de hierro siempre en la mano. Ese es el peor. Ahora lo ve dormir como si estuviera muerto, sobre unos cartones en la esquina del semáforo, que, para variar, tarda en hacer el cambio de luz roja a verde, cuando, de repente, se incorpora como una momia y abre los ojos ígneos buscando a su víctima. Ella teme que en cualquier momento, mientras espera el cambio de la luz, el loco la ataque con violencia.

Ella desea con ansia que la luz cambie a verde rápido, para hundir el acelerador esta vez con prisa y alejarse de aquel territorio hostil que contrasta con su fina belleza. Desea sacar su Porsche de allí, pero el semáforo sigue en rojo. A pesar de su incómoda situación, espera la verde. Jamás ha sido boleteada por violar las reglas del tránsito y no lo permitirá ahora por perder la paciencia en algo con lo cual siempre ha sido insensible.

Aprovecha el momento para sacar su lápiz labial y retocarse el brillo de los labios. Se estaba alisando el cabello con su cepillo de Mason Pearson cuando recibe el susto de su vida: el loco está parado al lado de la ventanilla de la puerta derecha. Ella trata de alejarlo ignorándolo. El loco entonces se va para la parte delantera del auto y empieza a hacer movimientos extraños con el hierro en mano, arrebatadas señas frente al semáforo. Ella, desentendida, con desdén, trata de no ponerse nerviosa, mientras piensa que la roja por fin ha cambiado y acelera dejando al maniático en su miseria; pero no, aún sigue roja, como congelada en el tiempo. Le toca la bocina

al loco y le hace un ademán de desprecio para que se aleje. El negro se retira retrocediendo de espalda, mirándola con unos ojos hundidos, rascándose la barriga. Un camión que llega de pronto, frena detrás de ella y suena la bocina con furia hasta que la esquivada y la rebasa, haciendo un pequeño alto y acelerando para cruzar el semáforo, pero ella no hará eso; si algo tiene bien claro es su respeto a las señales de tránsito.

Piensa matar el rato para no aburrirse. Saca un periódico y lee que la versión número 34 de la conferencia anual de ejecutivos de empresa culminó con la firma de un documento llamado “HACIA UN ACUERDO NACIONAL CONTRA LA POBREZA”, torciendo los labios pasa la página y con frivolidad lee que la Bolsa de Valores de Panamá registró un volumen de operaciones de 2 millones 975 mil 567 dólares con 33 centésimos; que Wall Street sufrió una caída ayer con las acciones de telecomunicaciones... Lo que la hace recordar su celular. Sus amigas la tientan a que se pase la roja, pero ella se arma de valor por primera vez, para decirles que son unas irresponsables y frescas. Cierra la comunicación. Se quita los lentes oscuros y se da cuenta que empieza a oscurecer.

En la noche aquella zona es como si allí sólo vivieran los perros. Se escuchan ladrar desde lejos y luego uno que otro pasa corriendo por el frente o por detrás del auto, solamente se escucha el ladrido desquiciado de las bestias. Ha bajado el aire acondicionado y aspira un leve olor del exterior que huele a pobreza. Enciende la radio para olvidarse de los perros. Desde el auto puede ver en la parada los ojos ardientes del loco que la vigilan. Siente miedo, pero también sueño. Inclina el sillón y rectifica que los seguros de las puertas están puestos. Cierra los ojos.

En el sueño el palacio era el más maravilloso y ella era la princesa. Con cientos de sirvientes a su disposición. Dos filas de eunucos vestidos con plumas multicolores adornaban el largo

pasillo que atravesaba el palacio con su piso de colares esmaltados, donde se reflejaba las piedras preciosas incrustadas en las paredes de oro. Una escolta casi celestial la condujo por el pasillo hasta llegar a su carruaje cuyo lujo solo se comparaba al de los cuentos de hadas. Los corceles echaron a andar con la orden de un caballero. El coche se perdió en el bosque y cuando llegó a un cruce se detuvo. La princesa se asomó levemente por la ventana cubierta de finas sedas y fue cuando vio a los bandidos que atacaban al caballero. Luego intentaron secuestrarla a ella, pero en ese momento se escuchó el ruido de una espada que vibraba con furia en el aire. El príncipe inició el contraataque con una elegante violencia hasta que los bandidos escaparon. Entonces toma las riendas de los caballos y retorna triunfal al palacio.

En la parada el loco también sintió cansancio. Y sus ojos de fuego se fueron cerrando. Él también tuvo un sueño. Soñó que era un príncipe que tenía que rescatar a una princesa de un feroz dragón. No tenía caballo ni vestido de príncipe ni siquiera una espada; pero se sabía príncipe. A cambio de una espada tenía el mismo hierro que en la vigilia y con eso se fue a rescatar a la princesa. Tenía que atravesar un bosque y muchos lagos, pero al fin llegó al lugar donde estaba la princesa. Cuando se disponía a combatir con el fiero reptil, un ruido lo despertó. Los gritos lo hacen brincar de la parada como a eso de la media noche. Ve cómo la mujer del Porsche se debate a gritos con unos sicarios mientras intentan entrar al auto.

El loco, armado con el hierro, persigue a los maleantes que retroceden inmediatamente hasta que por fin se alejan de la escena corriendo. Han de seguro arruinado alguna parte del Porsche, pero ella no se atreve a salir. Entonces el loco se le acerca por segunda vez y vuelve a hacer señas frente al semáforo que sigue en rojo, lo que la impulsa a sonar la bocina con desesperación y

ve cómo el loco se retira reprimido a la parada. Entonces el loco se le acerca por segunda vez y vuelve a hacer señas frente al semáforo que sigue en rojo, lo que la impulsa a sonar la bocina con desesperación y ve cómo el loco se retira reprimido a la parada.

Al amanecer la despierta el ruido de varias bocinas. Los autos la esquivan y se pasan el semáforo sin reparar, un chofer pasa mirándola con una sonrisa que combina burla y extrañeza. Entonces siente algo verdaderamente desagradable: tiene hambre, peor aún, siente sed. Cómo desea tener un ponche de ron, de cerezas en almíbar, crema de casis y una club soda helada. La sed se incrementa a medida que la mañana se consume con el sol y los últimos voltios de la batería del Porsche que la obliga a bajar los vidrios. Al mediodía el hambre y la sed se convierten en sus peores enemigos. Sueña con un cerdo asado con sidra, acompañado de arroz con mejillones y tortelloni con brócoli y hongo, y col agria o sauenkraut cocinada en cerveza; y de postre un chifon pie o un flan de menta. Pero está sola y con su hambre. Vuelve a tomar el celular, pero se da cuenta que la pila se ha acabado.

Piensa en Luis Fernando, que ya debe mandar un beeper, y siente ansiedad cuando recuerda que no ha podido limpiar su cutis, que su cabello se ha arruinado por dormir en el auto, que su ropa se ha ajado. Se siente infeliz. Entonces ve algo que misteriosamente la alegra: el hombre de la chicha de naranja con raspadura. Tiene tanta sed que no le importa tomar de aquella cosa si es necesario. El chichero la ve de lejos y reconoce el auto que jamás baja los vidrios de las ventanas, avanza hacia el Porsche, ella saca la mano que sujeta con los dedos una moneda, pero el chichero se detiene antes de llegar al auto, como si un muro invisible impidiera su avance. Ella le grita. Él se voltea con una cara de ausencia y mira hacia el semáforo en rojo. Una sonrisa mordaz sale de su rostro y se aleja.

Al rato el loco se aparece por tercera vez y vuelve a hacerle señas con el hierro en mano, esta vez con más insistencia, con una especie de furia muda mientras se acerca, pero ella, con los vidrios abajo, le grita que no se acerque, hasta que el loco se detiene y regresa. Por la tarde ve llegar al hombre de los pastelitos. Vuelve a repetir la misma operación que hizo con el chichero, pero éste también hace lo mismo: la mira con una sonrisa de burla y desprecio.

Al siguiente día se da cuenta que está perdida. El semáforo no cambiará nunca. Se le ha acabado la batería del auto. Ha perdido el número de veces en que el loco la va a acechar. Cada vez que lo ve venir ella se aleja de la ventanilla y lo mira hacer señas furiosas frente al semáforo. Se da por vencida, de cualquier forma morirá deshidratada o de hambre, las leyes del tránsito han triunfado sobre ella. Luis Fernando nunca le mandó un beeper con el mensaje de “mi peluchita”, ya no volverá a pisar el club. Ya no volverá a verse bella en el espejo. No hay esperanza.

Entonces se llena por última vez de valor. Abre las puertas del auto y espera el momento final, como cuando un suicida decide el instante para saltar del puente. El aire enrarecido de miseria le acaricia el rojo cobrizo de sus cabellos despeinados, sus pestañas impermeables se han derretido, las notas de jazmín y vainilla se han disipado, el coral rosa de sus labios ha desaparecido. Espera. Hasta que por fin llega el momento de enfrentar su más grande temor. Lo único que aún no la vence. Cuando el loco está al lado de la puerta y ella sólo espera la acción violenta que acabará con su sed, su hambre y su desgracia; él levanta el brazo con el hierro en mano, el hierro mortal en lo alto, el pedacito de luz roja que se logra ver detrás de un cuerpo degradante y, dejando caer la mandíbula, la boca del loco se abre para mostrar una caverna oscura y decir: ... - Es que está dañado.

**Tomado de Carlos Fong. Desde el otro lado. UTP, Panamá 2003.*

CARLOS FONG Nació en la Ciudad de Panamá en 1967. Cuentista, ensayista, cuentacuentos y promotor de lectura. Mención Honorífica en el **Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez”**, 1997 de la Universidad Tecnológica de Panamá. En el 2001 vuelve a ganar una Mención Honorífica en el mismo concurso y el Premio Único en el Concurso de Cuento “Darío Herrera” de la Universidad de Panamá en 2002. En 2004 mereció el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” de la UTP. Tiene dos libros de cuentos: **Desde el otro lado** (2003) y **Fragmentos de un naufragio** (2005), y un libro de ensayos: **Para narrar la identidad** (9 Signos Grupo Editorial, 2006). En 2016 gana el “Premio Sagitario Ediciones de Novela Corta”, con **“Aviones dentro de la casa”** (Foro/taller Sagitario Ediciones, 2016).

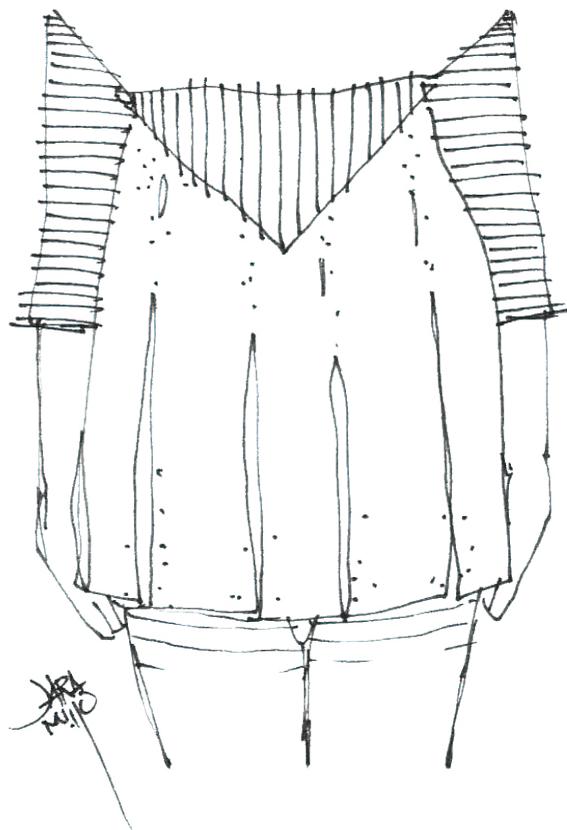
EL CISNE

Ethel Krauze
(mexicana)

*Sí, entiende,
ha venido a buscarte
hasta tu casa.
La sirena de curva cabellera,
la que nada las crestas
como alada saeta,
bramando de sed
ha llegado a tu puerta.
Eres el escogido
entre los miles que la han soñado.*

Me he vuelto loca. Ya no hago otra cosa que esperar la noche. No estudio, no como. No respiro. La oscuridad es mi cobijo. Durante el día he juntado mi material. Una vez la inflamación me duró varios días y juré que nunca más volvería a hacerlo. Pero fue desapareciendo, y

yo regresé a las andadas. Ni siquiera el temor de que algo me pasara, y tuvieran que llevarme al médico y todos supieran lo que hacía, pudo detenerme.



Descubrí los frascos de crema de mi madre ya vacíos y adornando su tocador. Las tapas terminan en una torrecita redondeada, son lisos como porcelana y resistentes. Una maravilla. No hay peligro de que se me hundan, porque la base es lo suficientemente ancha para impedirlo.

Me los he llevado furtivamente a mi cuarto. Me despido temprano y me encierro con la luz apagada. Todos duermen mientras yo cabalgo solitaria, sin saber qué me empuja a este ritual extenuante. Creo que he perdido la razón. Me encerrarán en algún sanatorio. Pero me ahogo, tengo que tentar esa cueva que se abre carnosamente entre mis piernas, tengo que

frotar sus pliegues, tengo que sentir la punta de las torrecitas frías en el calor de mis propios jugos. A nadie en el mundo, más que a mí, se le ha ocurrido semejante abominación. Si alguien se entera, el mundo va a descubrir al monstruo que llevo dentro, ese que me roe el centro del cuerpo hasta dejarme exhausta cada noche, tendida como tabla, los ojos semi cerrados, el cerebro en blanco.

Mi madre advirtió la desaparición de sus frascos en forma de torrecita. Lo supe porque oí que preguntaba por ellos. Corrí a sacarlos de su escondite y los coloqué graciosamente sobre mi buró. Pronto los descubrió y se mostró sorprendentemente halagada:

-¡Qué lindos! Te gustan, ¿verdad?—exclamó, y tomándome de la mano me llevó a su armario.

Me mostró su colección que guardaba bajo llave. Los residuos aún perfumados habían impregnado el cedro y se juntaron en una jungla de olores los azahares, los jazmines y los sándalos. Sentí un dulce mareo. En las repisas florecía el jardín de los frascos, de muchos cristales y colores, semejando ramilletes o abanicos, moños o madreperlas. Era un paisaje alucinante.

-Escoge los que quieras, anda —dijo mi madre sonriendo como nunca. Creo que se sintió feliz por la afinidad, porque al fin lucía yo el sesgo femenino que despuntaba a mis once años de edad, porque su única hija comenzaba a entenderla.

Yo sabía que esa colección era para ella como las prendas de su propio cuerpo. Como sus brazos largos y delicados, sus pechos blancos

sin sol, como sus piernas que la mantenían flotando en una permanente atmósfera lejana. Había heredado de su madre y de sus tías la mayor parte, que a su vez era herencia de las bisabuelas.

-Mira, mira, aquí está el de gotas de zafiro que termina en cisne, ¡es una preciosidad!

Yo ya no la escuchaba. Clavé la vista en el suelo. Me sentí tan culpable por estar engañándola, y tan contenta con esta súbita, entusiasta atención, que me juré enmendar el camino.

Ahora adorna mi buró el frasco rematado en cisne, una auténtica belleza, un Cisne, el Cisne, un absoluto y único manjar para mis noches: una cabeza con ojos, un pico duro y puntiagudo, junto a las frías y suaves torrecitas.

ETHEL KRAUZE (Ciudad de México, 1954). Doctora en Literatura y autora de cuarenta obras publicadas en los géneros de novela, cuento, poesía y ensayo. Reconocida, antologada y traducida a diversos idiomas. Su obra **Cómo acercarse a la poesía** es ya un clásico contemporáneo, en el acervo nacional en Biblioteca de Aula y Salas de Lectura de la Secretaría de Educación Pública de México. En 2016 publica la novela **El país de las mandrágoras**, bajo el sello Alfaguara y el poema de largo aliento *La otra Iliada*, en Ediciones Torremozas, Madrid. Ha construido una plataforma teórica y didáctica de la creación literaria, que ha vertido en su obra ensayística: **Desnudando a la musa: ¿qué hay detrás del talento literario?**; además de su exitoso modelo con perspectiva de género, **Mujer: escribir cambia tu vida**, puesto en marcha en vinculación con la actual Secretaría de Cultura Federal y la Secretaría de Cultura de Morelos, donde actualmente reside.

UN DAÑO COLATERAL

Francisco Moreno Mejías
(español/panameño)

*Sí, entiende,
ha venido a buscarte
hasta tu casa.
La sirena de curva cabellera,
la que nada las crestas
como alada saeta,
bramando de sed
ha llegado a tu puerta.
Eres el escogido
entre los miles que la han soñado.*

Nora Woodrow tenía veinte años cuando se casó con un soldado que la llevó a los *Estéis* para luego abandonarla con tres *litibuáis* nacidos allá. Después tuvo que regresar a su Colón natal y criar a los hijos con mil sacrificios. Ella no volvió a abandonar su tierra, pero los tres hijos, que eran *American citizens*, regresaron al Norte y uno de ellos llevaba ya cinco años enrolado en el *Army*.

Uno de los muchos edificios viejos condenados en Colón fue el que albergó durante treinta de sus sesenta y seis años de existencia a Nora Woodrow, por lo que tuvo que mudarse a un cuarto de la planta baja de otra casa de madera.

Nora había heredado de sus abuelos barbadenses y jamaicanos la lengua de los gringos y estaba tan acostumbrada a ver en el canal 10 la *alerta Delta*, que le daba la misma importancia que a la *alerta Cutarra* que en plan chistoso había decretado el increíble Noriega. Cada vez que le decían que los gringos querían invadir Panamá para llevarse al dictador, ella contestaba que los gringos sabían muy bien dónde estaba y para agarrarlo no necesitaban invadir

el país.

La noche del 20 de diciembre de 1989 Nora despertó asustada. El silencio nocturno era perforado por unos como truenos, pero muy seguidos, acompañados de ráfagas de golpes secos. Eran los mismos ruidos que se oían en las películas de guerra que ponían en la televisión. Encendió la radio y ninguna de las emisoras locales tenía sintonía. Solamente pudo oír una emisora colombiana que interrumpió un programa musical diciendo:

— ¡Atención, atención! El ejército de los Estados Unidos está en estos momentos invadiendo la República de Panamá.

Ahora sí tuvo miedo. Pasó la noche en vela, escuchando la radio en la soledad de su cuarto. Durante los días siguientes las turbas saquearon los almacenes de Colón y los muelles de Cristóbal y se temía que llegaran a entrar en las viviendas. Nora podía dormir algo por la tarde,



pero al caer la noche el miedo le impedía cerrar los ojos y rezaba para que los gringos vinieran pronto a poner orden.

* * *

Cuando metieron al soldado David Buchanan pertrechado para combate en un avión de carga, ni él ni ninguno de sus compañeros sabían a dónde los llevaban. Aterrizaron de noche, pero en el camino desde Howard a Clayton se dio cuenta de que estaba en tierra conocida. Entonces fue cuando les dijeron que venían a liberar a Panamá de la tiranía del narcodictador Noriega. Cuando empezó la invasión él permaneció acuartelado hasta que una noche los organizaron en comandos, les mostraron unos planos, les dieron unas órdenes y los mandaron a tomar la ciudad de Colón. Sabían que todavía quedaban focos de resistencia, por lo que caminaban en filas silenciosas amparados por las sombras que proyectaban las paredes de las casas, con las armas dispuestas a repeler cualquier agresión.

Buchanan era el segundo de la fila. Detrás de él iba un muchacho de Montana amigo suyo. Avanzaron por la avenida Meléndez hasta la esquina del parque Sucre y allí torcieron a la izquierda para unirse con otras dos patrullas que debían esperarlos a la hora prevista en la avenida Central. Cuando iban por calle 7 se oyó un disparo. Buchanan miró hacia atrás y vio al muchacho de Montana caído en el suelo. Impulsado por el miedo de no saber la posición del franco tirador, apretó instintivamente el gatillo de su M-16 y lanzó hacia la otra acera un abanico de balas. El muchacho de Montana se levantó de un salto diciendo que no fue nada, que tropezó y al caer se le disparó el arma. El soldado encargado de la radio comunicó la falsa alarma y la patrulla siguió su camino en el silencio de la noche sin ningún otro incidente.

* * *

La invasión fue un éxito. El dictador fue apresado, el ejército y los paramilitares panameños, desarticulados y sus oficiales presos. El país fue liberado y entregado a las autoridades civiles electas y no reconocidas por la dictadura. Los batallones de infantería que habían intervenido fueron regresando a los Estados Unidos.

Al día siguiente de llegar a su base el soldado David Buchanan fue notificado de que se comunicara urgentemente con Richard, el mayor de sus dos hermanos. Richard le dijo que su madre había muerto, pero no pudo localizarlo antes porque le dijeron que estaba en una misión secreta en el extranjero. David era el menor de los tres hermanos y adoraba a su madre. Con lágrimas en los ojos le dijo a Richard que pensaba haberla visitado la Navidad pasada para tratar de convencerla de que viniera a vivir con él, pero no pudo porque lo habían enviado precisamente a Panamá. Le preguntó a Richard si su mamá había muerto de su dolencia cardíaca o de alguna otra enfermedad. Éste le explicó que se había mudado a calle 7 una semana antes de la invasión, que estaba dentro de su casa la noche que los soldados entraron en Colón y a algún hijo de puta *GI* se le ocurrió disparar sin venir a qué. Una bala atravesó las maderas viejas de la casa y le perforó la cabeza.

La telefonista de la base llamó asustada a los de seguridad diciendo que un soldado había enloquecido; que salió de un locutorio llorando a gritos mientras se arrancaba a pedazos el uniforme militar.

FRANCISCO MORENO MEJÍAS *Nació el 3 de julio de 1939 en Azuaga, comunidad autónoma de Extremadura, España. Llega a Panamá el 25 de mayo de 1968. Es autodidacta. Ha sido corrector de libros. Tuvo una columna dominical desde 2011 hasta 2015 en el diario Panamá América. Forma parte del*

*círculo de lectura del Prof. Ricardo Ríos, así como del grupo de discusión literaria “Extramuros”. Escribió numerosos artículos de opinión en periódicos locales y en la revista Lotería. En la revista Maga de mayo 2017 aparecerá un cuento suyo. Libros publicados: **La piedra de Rosita** (Novela; Panamá, 2008 y 2011; España, 2012; traducida al inglés en 2015); **Un puñado de ocurrencias**. (Cuento; Panamá, 2009 y 2010; España, 2011) y **La herramienta más usada**. (Ensayo; Panamá, 2010, 2011 y 2016).*

EL TEMPLE DE ARMANDO

Carolina Fonseca



Detrás del mostrador de una pensión de quinta categoría un hombre lee un ejemplar de “La Columna”, el diario que vive de fotografías en primera plana y a todo color de los cuerpos ensangrentados que aparecen cada madrugada en una cuneta, en un matorral de las afueras, debajo de alguno de los puentes de la avenida Libertador, flotando en el río que atraviesa los barrios del sur de la ciudad, en el baño de un bar, en un cuarto de una pensión como esta. Armando se detiene en los detalles con que el reportero describe la escena de la muerte; el patio de cemento en el que bailaba el flaco Edgardo Pedraza en la hora justa en que entra un hombre identificado como Aquiles Vecino prendido en celos, marido de la negrita, y dando tres pasos largos, le llega por la espalda con una buena navaja que lo hace caer sin tener el chance de voltearse siquiera, de tan hondo y tan rápido y tan certero el movimiento de la mano uno y dos y tres, Edgardo Pedraza empujando con el peso de su cuerpo a la mujer que no entiende y se aparta alcanzando apenas a ver el brillo del filo de la navaja que cierra y guarda Aquiles Vecino en un bolsillo del pantalón mientras se pierde en la oscuridad poblada de parejas que siguen en lo suyo. Armando sonríe al imaginar el charco de sangre oscura corriendo por el cemento hasta ensuciar las suelas de los zapatos que se deslizan al ritmo de un merengue que a él le suena a tango, el grito sordo que salió del fondo de la garganta del muerto en la caída y que pareció más bien uno de esos ayes que sueltan los danzantes en el fervor de la juerga, la cara de susto de la negrita que en lugar de agacharse a auxiliar al hombre, se escurre hacia atrás porque conoce el temple de Aquiles cuando lo agarra la rabia con una navaja encima. Por cabrón, masculla Armando, y le arranca el pedazo a la cubierta del diario, arruga en su mano grande el cuerpo de Pedraza y lo estruja con rabia, afloja y aprieta el puño, afloja y aprieta, hasta hacer una bola compacta de letritas negras en la que desaparece la

imagen del muerto ahora doblemente muerto que lanza a sus pies, detrás del mostrador junto a las colillas y el polvo que no se limpian desde hace semanas porque no se limpian solos. No hay brisa que los barra y Elvira, su mujer, está ocupada; pasa horas en el cuarto, mirándose el rostro en el espejo de la cómoda, buscándose manchas, aplicándose cremas aceitosas alrededor de los ojos, maquillándose, mientras él detrás de la portería recibe los billetes gastados de los clientes, atiende las quejas, resuelve alguno de los muchos problemas que da ese edificio de dos pisos con ocho habitaciones mal iluminadas que alquilan por horas o por días, o por meses, siempre que paguen por adelantado. La cosa no está mal, le dice ella. Y no está mal porque los billetes gastados no salen con la rapidez de antes, pues lo que compraban, ahora se los fía el chino; su quincalla de la esquina les provee de víveres, llaves, materiales de ferretería, productos de limpieza, papel higiénico; hasta de las cremas de Elvira los provee a plazos inverosímiles y en mínimas cuotas.

Armando abre el segundo paquete del día, golpea el borde, toma un cigarrillo con sus dedos gruesos, se lo pone en la boca, activa el encendedor, y aspira, aspira hondo para mirar el tabaco encenderse; un gesto que lo vuelve reflexivo; y piensa que pudiera ser peor. Que su vida podría ser menos contemplativa y gris, que bien podría estar obligado a trabajar como obrero en una cuadrilla picando piedra de sol a sol, como Ernesto, su hermano. Y baja los ojos para mirarse los zapatos, apoyados en el cemento pulido, quietos, sin tener que andar largos trechos para tomar el autobús que lo lleve a alguna parte a empuñar el taladro que perfora una calle, sin tener que subir y bajar los tres escalones para entrar y salir del bus con el tumulto de gente que se apiña. La cosa no está mal, le dice ella con unos labios rojos como la laca de una caja que le parece haber visto en

la quincalla y ahora descansa en la cómoda, cerrada y llena de toda clase de fantasías baratas que Elvira luce las tardes que sale por la puerta sin despedirse, como un huésped más, y él sabe que le toca hacer la comida y servir la cena a los pocos que la tienen incluida en el costo. La cosa no está mal, le dice ella cuando lo mira detrás de unos ojos que delinea de negro mate para hacerlos rasgados, rendijas apenas que no ven el polvo que va cubriendo los pisos ni el sucio de las paredes ni nada que no sea el caminito que la conduce a la puerta bajo el letrero Shaoxing. No, qué va a estar mal, musita su mujer al aplicar esmalte color naranja a las uñas de su pie izquierdo apoyado en el borde de la cama; un piececito menudo y grácil que sumerge en agua tibia y masajea a diario. Nada, nada, nada mal, repite jadeante las noches que se deja penetrar por el marido porque el chino está indispuerto o cumpliendo un estricto ayuno de desintoxicación.

Armando chupa de nuevo con fuerza succionando el aire todo de la sala-entrada-recepción, como debiera hacer con la pátina de polvo la aspiradora marca Rainbow —que vio en una publicidad traducida al español para el mercado latino—, y que no sería raro que el chino provea, y admite que tiene años con unos dedos cavernosa, los dedos amarillos como los dientes, y el abdomen blando, que no tiene el hábito saludable del té sino el regusto por la cerveza del tipo que sea siempre que esté bien fría, pero —sigue pensando al hacer volutas de humo que suben hasta el techo—, el chino ese es un tipo sin gracia, un hombre minúsculo y fibroso; no es un Bruce Lee, ni siquiera un Jackie Chan, más bien un Jet Li sin fama ni entrenamientos marciales, aunque quién sabe. Chinos son chinos. Aun cuando sean minúsculos y desgraciados tienen sus mañas. Nada mal está la cosa, le oye decir a Elvira desde la cocina entre sorbo y sorbo de la sopa de fideos con verduras que engulle porque le cae tan bien.

Entonces le echa una última chupada al cigarro, lo tira al piso, lo apaga pisándolo con su pie izquierdo, le da un vistazo al gato dorado que llegó hace unos días para quedarse con él en la mesa de la recepción y que parece asentir con la cadencia de su pata, y le grita ¡Cúbreme aquí!, antes de salir hacia la tienda a cumplir el rito diario de su pequeña venganza al pedir –sin la menor intención de pagarlos– en voz alta para que el chino menudo oiga su timbre ronco y contundente, dos paquetes de Lucky Strike, seis cervezas Heineken, y una caja de condones XL.

**Tomado de Carolina Fonseca. Impulsos indomables a plena luz del día. Uruk Editores, Costa Rica, 2016.*

CAROLINA FONSECA. Nació en Caracas, en 1963. Abogada. Editora y escritora. Reside en Panamá desde el 2011. Ha publicado los libros de cuentos: *Dos voces 30 cuentos* (Panamá, 2013) con Dimitrios Gianareas; *A veces sucede* (Panamá, 2015); *Cuentos compactos*, con Enrique Jaramillo Levi (Guatemala, 2015); *Impulsos indomables a plena luz del día* (Costa Rica, 2016). Como antóloga del cuento panameño, ha publicado las antologías: *Escenarios y provocaciones. Mujeres cuentistas de Panamá y México 1980-2014*, junto con Mónica Lavín por la sección mexicana (Panamá, 2014; UNAM, México, 2015) y *Resonancias. Cuentos breves de Panamá y Venezuela*, junto con Joel Bracho Gheri por la sección venezolana (Panamá, 2016). Socia fundadora de Foro/taller Sagitario Ediciones, junto con Enrique Jaramillo Levi.

El genio poético en la narrativa de «Visión de conjunto, cuentos escogidos»,

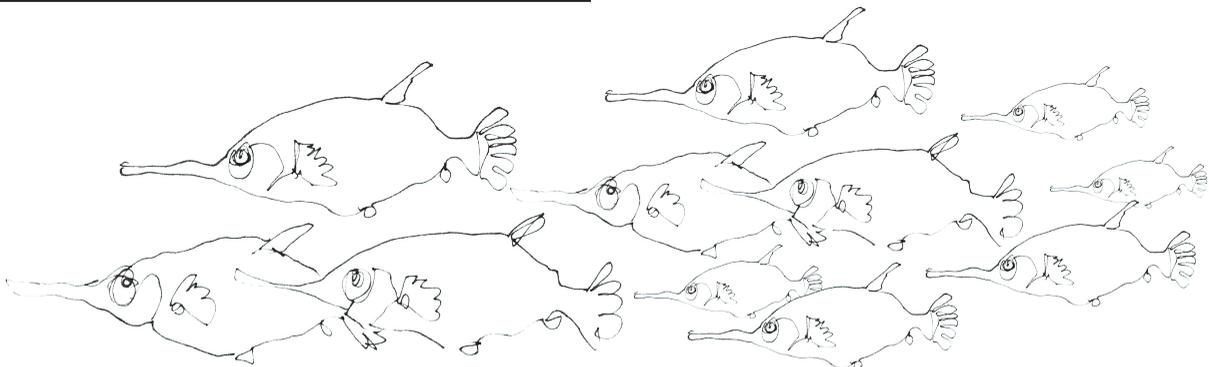
de Enrique Jaramillo Levi

Salvador Medina Barahona

Es casi una constante que las mejores obras de un artista estén tocadas por la poesía. Se trate de un *Chagallo* del concierto para violín de *Roque Cordero* o de la deslumbrante y alucinada escritura de *Francisco Umbral* o de un solo de *Odette* en *El lago de los cisnes*, ese *nosequé* del lenguaje poético, que subyace o gravita en ellos con mayor o menor presencia, persuade al espectador, oyente o lector de que frente a sí hay algo que trasciende lo formal, el contenido mismo de la cosa, para dotarla de un aura de misteriosa, contundente y convulsa belleza.

Ocurre también en las llamadas artes efímeras; es decir, en las diversas modalidades englobadas en el llamado arte de acción, como el happening, la performance, el *environment* y la instalación, o bien del denominado arte conceptual, como el *body-art*. La imantación de que son capaces no sólo proviene de una bien razonada, estructurada y marcada puesta en escena, o de los rigores no tan libres de una improvisación aleatoria, sino de esa magia que hace contemplar a sus sujetos u objetos como entes poseídos que impactan nuestro centro sensible y emocionado.

La narrativa de Enrique Jaramillo Levi está,



sin lugar a dudas, construida por esos resortes mágicos, aun en sus cuentos más realistas; porque (sin importar que estemos frente a una literatura fantástica, o ante el descarnado realismo de unas historias que por duras ya parecen increíbles, o en medio de los frutos discursivos de una inquieta metaficción, o detenidos en la fugacidad de una minificción que remata sus cierres elevando su lectura a la tercera potencia, o, finalmente, ante prosas cuyo eje temático sea lo erótico, lo metafísico o lo onírico) es evidente que sus narraciones han llegado a nosotros hechas arte, por medio de un proceso intelectual, intuitivo y emocionado, en suma, sentipensante, que comporta los aperos del poeta y deletrea para nosotros mundos nuevos, pequeños universos, extrañas islas que invaden a veces de forma perturbadora la pupila dilatada de nuestra imaginación.

«**Visión de conjunto**» (1) ha sido el resultado de una rigurosa selección que de raíz implica la mirada del selector acucioso, en una suerte de gesta demorada en la que se escogen los prisioneros mejor dotados para dar su batalla en la función de reencuentro con el lector, quien, junto a nuevos oficiantes de la lectura, habrá de ser lanzado a la arena de un coliseo imaginario en el que se animan las más elevadas pulsiones poéticas, mientras se suceden, unos tras otros, las acciones y los conflictos con sus respectivos desenlaces.

Impera decir que, luego de cuatro décadas de oficio constante, el autor elige, de entre sus más de 800 cuentos, relatos o minificciones, los 200 que, según su criterio, lo representan mejor. Luego, ya en el escritorio de sus editores del Fondo de Cultura Económica, el número decrece a 102; de modo que estamos frente a un edificio verbal antológico construido con las más sólidas y convincentes columnas de la obra toda de Enrique Jaramillo Levi.

Fundado en 1934 por Daniel Cosío Villegas,

el FCE es una de las editoriales más importantes en México e Iberoamérica, con un catálogo de más de siete mil volúmenes de los más variados autores, como Alfonso Reyes, Juan Rulfo, María Zambrano, Juan José Arreola, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Jorge Luis Borges, Rosario Castellanos, Carlos Pellicer, Raimundo Lida, José Gorostiza, Alí Chumacero, Salvador Elizondo, o Dulce María Loynaz; entre otros. Una mega estructura que en 2014 cumplió 80 años de presencia en el ámbito editorial sosteniendo las letras de autores cumbre de la literatura hispanoamericana, que busca, con la participación de autores y lectores, replantearse objetivos muy concretos hacia las nuevas tendencias editoriales, uno de los cuales apunta a la no balcanización de nuestra literatura. Con lo que, esperamos, el libro llegará de forma más expedita a todas las regiones posibles, sacando a los autores del aislamiento que genera esa fragmentación de los mercados.

Pero no es mi deseo detenerme demasiado en eso; sino más bien entrar a especular sobre la irradiación poética de una narrativa de alto nivel, digna de estar entre las mejores, que se me antoja el envión prosaico de una forja galvanizada en los lagos de la poesía.

Sea por principio de asociación o por impulso reflexivo, los textos de Jaramillo Levi se dejan construir con herramientas eminentemente poéticas: *la concisión* (son raros los cuentos extensos en su obra); *el ritmo* (que oscila entre una premeditada lentitud y un trasvase aligerado por lo circunstancial, pero ritmo al fin y al cabo como sinónimo de cabalgadura musical y de intención traslaticia hacia un punto de llegada, de cierre); *el escamoteo doloso*; y, por último, *el puñetazo fulminante* en la mandíbula.

Cierto es que la mayor parte del tiempo este narrador prefiere sacrificar los regodeos metafóricos, las enumeraciones caóticas, las

digresiones emotivas o los fraseos aliterados que también caracterizan la escritura poética, y, en su lugar, dar preeminencia a un lenguaje de vuelo “sencillo”, pero de doble fondo. Digamos que se siente más a gusto contándonos las cosas con la austeridad del lenguaje de todos los días, en una narrativa cáustica que se entrama frente a nosotros hasta el punto de irnos envolviendo en su hechizo, que en no pocas ocasiones exige de nosotros una participación tan activa, que nos descubrimos en un escenario de imaginación conjunta, sin posibilidad de escape, ante el planteamiento de unos giros inesperados que tornan complejo lo simple.

Dejando, por otro lado, que sus personajes nos cuenten sus historias, transmitan sus estados de ánimo en unas atmósferas enrarecidas, fantásticas o poco usuales en su realidad más abyecta y escatológica, o vacilen, en fin, humanamente, en el intento de decirse frente al cerco inexorable de las circunstancias, también formula Jaramillo Levi los sucedáneos de una apabullante y a ratos morosa escritura.

Ya que se trata de acicatear el ánimo del lector, y no de arruinarle la experiencia de apropiarse él mismo de los 102 textos que integran «**Visión de conjunto**» como mejor le plazca, me voy a limitar a provocarlos con el comentario de tres de mis cuentos preferidos en esta selección:

1. *Caracol*: Quizás leerlo genere en ustedes, como en mí, una fuerte emoción troquelada por la tragedia y la ternura. Es tal vez uno de los cuentos donde más se evidencia lo que he venido sosteniendo. Con apenas dos cuartillas de extensión, la historia de toda una vida de ausencias, orfandades, desencuentros puede ser vista en su inmediatez espectral y poética, que deja sin aire el pecho, golpea la conciencia; conmociona:

“Las olas, altísimas en ese lento atardecer de mayo, rompían sobre el acantilado. A trescientos metros, en la desierta playa, un niño esculpía pacientemente una figura con la negra arena que una y otra vez tomaba entre sus manos. Al rato se cansó y, levantándose, miró mar adentro.

Así estuvo un tiempo, acaso atento al instante en que los restos del día se hicieran noche. No sé qué habrá visto, pero de pronto se puso a gritar. Parecía afectado, como si le doliera algo, porque sin dejar de mirar hacia el horizonte, cuyo cielo aún no se decidía a cambiar de color, continuaba gritando erguido sobre sus delgadas piernas asoleadas y ligeramente curvas, agitando los brazos. No podría precisar la duración de esos gritos, que al final fueron un solo aullido desgarrador, hasta que corrió rumbo al acantilado tropezando con una precaria escultura de arena, desbaratándola con los pies tal vez sin darse cuenta.

(...)

Desolado contemplo la escena: el pálido rostro cediendo a la rigidez; el peine oscuro que en la mano venosa va y vuelve y nuevamente se interna en la cabeza, sobrecargándose de arena; la mueca dejándose mirar. No llora, no se lamenta, nada me reclama. Diez años detenidos entre el rumor del aire que afuera empieza a enfriar la rotunda noche y la oscilación de las sombras interiores, a la luz de una vela, como si nunca hubieran transcurrido. Pero yo sé que el tiempo, tenaz asedio de la vida, existe.

Cómo no saberlo. Tardía presencia, acaso fantasma imprevisible, sobre el regazo de este ser que tal vez aún me busca en el horizonte, me inclino para llorar el silencio eterno de mi hijo.”

2. *Tocar fondo*, por su parte, contiene los acechos de un cuento policiaco cuyo desenlace tiene las virtudes de una inusitada hondura existencial. Suspense, turbiedad psicológica en la protagonista, quien ve en los otros los motivos incestuosos de un hermano agresor, transgresión del tiempo lineal en nuestros ojos de voyeristas, zambullida de doble caída y de doble impacto: todo esto en un ciclo letal de las palabras que nos dejan tan paranoicos, aterrados y solos en el fondo del mar, como ella:

“Abajo, a un costado de la tosca y empinada escalera de tablas por la que no recuerda haber subido desde su asiento, con la puerta abierta, el taxista la mira. Sólo entonces comprende que esa mirada, la del temido hombre del bar que había penetrado a su casa y la del siempre presente hermano a quien no ha visto en años, son un mismo deseo provocado, un mismo desafío, la misma inquietante intromisión que no termina nunca.”

3. Por último, *La anciana en su amplísimo portal es*, en mi opinión, el epítome, la pica en Flandes de la solución fantástica a los desgastes inexorables de una cotidianidad que exhibe conmovedores matices poéticos. Es un cuento que lo lleva a uno a reflexionar, con el cerebro del corazón, sobre cosas tan desconcertantes como el pasar del tiempo, en un formidable contrapunto entre los que bullen en la calle de enfrente cual párvulos curiosos que se vuelven hombres y aquella presencia de anciana derruida que un buen día decide irse de su portal sin musitar palabra, reducida su osamenta al polvo, vuelo inverosímil el suyo hacia sepa usted qué sitios insospechados. Un puñado de fascinantes plumas azules que se elevan en moción cinematográfica dejan en el lector el relente de una transmigración apacible:

“Por entre un reguero de polvo muy blanco que emergía del piso, vimos saltar de sus extremidades superpuestas ahora sobre un bultito de pellejos, no los huesos viejos que debieron sostenerla todos esos años, sino cuatro pequeñas plumas azules, hermosas, buscándose en su oscilar travieso en el aire, encontrándose enseguida para formar una hilera; porque se habían tomado de las puntas y ya se enfilaban lenta, decididamente, hacia las remotas nubes.

Las vimos alejarse festivas, perderse poco después: una sola trenza hermosa. Sólo les faltaba cantar.”

Estos 102 cuentos son la crema y nata de una estimable multitud de conjuros y presagios (uso la frase que da título a uno de los poemarios acuñados por E.J.L.). Mucho se dirá después, sin duda. Porque, por más que se empeñen en decir lo contrario, los lectores crecen, en calidad y número, e indefectiblemente tendrán que hacer su propia lectura, esgrimir sus propias apologías y rechazos, cerciorarse de que han leído bien y con gusto, o disgusto, a uno de los maestros indiscutibles del cuento hispanoamericano.

El imprescindible Poeta de utilidad pública, Manuel Orestes Nieto, se lo ha dicho: “Todo estuvo bien hecho para tu incansable esfuerzo. La recompensa es que el mundo le va a decir a Panamá: ese que estaba allí siempre, ese escritor, es por lejos el mejor cuentista.” (2)

Que la poesía siga iluminando, pues, el pluriverso de sus ya míticas narraciones.

(1) Jaramillo Levi, Enrique. *“Visión de conjunto (Cuentos escogidos: 1973-2011)”*, Fondo de Cultura Económica, Colección “Tierra Firme”, México, D.F., 2013.

(2) Orestes Nieto, Manuel. Prólogo al libro de ensayos de Enrique Jaramillo Levi: *“Esa fascinante magia de escribir”*, Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2014.

SALVADOR MEDINA BARAHONA nació en Mariabé de Pedasí, Provincia de los Santos, el 9 de noviembre de 1973. Administrador de Empresas Turísticas y Hoteleras. Ha publicado siete libros de poesía: **Mundos de sombra** (Fundación Cultural Signos, Panamá, 1999), **Viaje a la península soñada** (2001), **Somos la imagen y la tierra** (2001), **Cartas en tiempos de guerra** (Panamá, 2002), **La hora de tu olvido** (Fundación Cultural Signos, Panamá, 2008) y **Pasaba yo por los días**, INAC, Panamá, 2010), obra ganadora el Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró 2010. También un libro de reseñas críticas: **Vida en la palabra vida en el tiempo** (UTP, 2010); y una antología de poesía panameña, junto con Enrique Jaramillo Levi, **Construyamos un puente** (Panamá, UTP, 2004).

TARDES CON MAMÁ

Mónica Lavín
(mexicana)



No es fácil tener una mamá que actúa como una abuela y una adolescente. Se conmueve con los bebés que ve por las calles; se detiene frente a las carreolas y cuando ve pies desnudos agitarse en el aire, usa frases como la libertad despreocupada de los bebés y dice que siempre nos traía descalzas, que los bebés con zapatos son ridículos. Y se le nublan los ojos. Enseguida dice que ya quiere tener un nieto entre sus brazos, que es la única posibilidad de oler la piel de un bebé. Luego se ríe y dice que no tan pronto, que nos falta mucho. La verdad es que a mi hermana y a mí nos gustan los bebés también y queremos que pronto haya uno en la familia aunque mamá diga que cuando tengamos pareja pues ella no va a mantener y cuidar a otro aparte de nosotras. Cuando vemos revistas o visitamos tiendas fantaseamos con la ropa que tendrán los bebés nuestros, sus nietos, y ella insiste en que nos regalará la cómoda forrada de tela en que se guardó nuestra ropa. Eso sí, a la primera que tenga un bebé. Nos reímos pues la cómoda aunque tiene un valor sentimental para las tres, es un mastodonte que ninguna queremos tener en nuestra casa ni como refugio del vestuario del futuro hijo nieto que ingresará a la familia, a las tardes nostálgicas de mamá, a sus propósitos renovados de coser o de hacer galletas que esta vez no se le quemarán.

Tardes así nos gustan a las tres y no es fácil tenerlas, mamá trabaja y luego tiene muchos compromisos y difícilmente se niega a una reunión o evento, pues le parece un desaire para con los otros. Mi hermana y yo estudiamos y vamos a clases de idiomas y baile por la tarde, y luego están nuestros amigos. Así que es fortuito cuando hay una tarde sin prisa para nosotras, para reírnos y platicar y sacar álbumes de fotos y escuchar las mismas descripciones que si una nació con el pelo oscuro y alborotado, que la otra una pelona sin cejas, que una comía y dormía de maravilla, que la otra no se llenaba nunca, dormía a pedazos, berreaba y se privaba. Como a la fecha, dice en son de broma.

En tardes como esas donde nadie tiene prisa ni pendientes ni el ceño fruncido y mamá no está atenta a lo luido del sillón, a la taza que nadie recogió o el cuaderno que lleva una semana abandonado en el estante, nos da por ver revistas o mirar la tele. Entonces cuando aparece algún hombre guapo –que en los programas de televisión ocurre con más frecuencia que en las calles- las tres suspiramos y cada quien anuncia su preferencia. Mamá y yo coincidimos a veces, que si el mentón, que si qué bonita mirada, que si los labios; mi hermana normalmente se cuece aparte y ella se apunta por los más exóticos pero hay veces que mamá la secunda. Es interesante, me gusta su rostro cacarizo. Esos güeritos tan perfectos aburren. Mamá nos cuenta de algún chico que le gustó cuando joven, antes de casarse con papá, siempre añade prudentemente. Mi hermana y yo le recitamos las resobadas facciones de ese galán juvenil: sus manos largas, sus ojos azules, la barba partida. Acabamos riendo y contándole qué chico nos gusta y por qué. Y sacamos comida del refrigerador porque esas conversaciones nos dan hambre. Y cada quien prepara platillos por turno: salami con maggi y limón, pan con paté, tacos con salsa, rematamos con un tarro de helado al que las tres metemos la cuchara. Esas veces mamá se divierte, le brillan los ojos y creo que, aunque la piel del cuello ya no es tersa y se le asoman las canas cuando le hace falta ir al salón, parece joven. Casi la podemos ver con el novio de los ojos azules aunque mi hermana diga que los ojos claros son muy insípidos y que ella nunca se casaría con uno así de desabrido. Yo le digo que qué bueno que se encontró a nuestro papá porque somos unas hijas muy guapas. Y mamá nos mira orgullosa porque le he recordado el pasado de golpe y la edad, y la posibilidad de que sea abuela.

Por eso hoy que es una de esas tardes en que las tres estamos en casa nos parece raro que mamá se haya subido a recostar y no baje

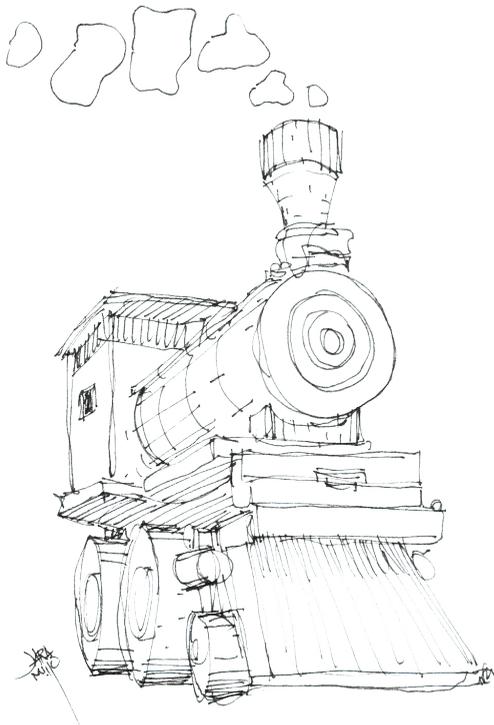
para tomar el té de la tarde. Mi hermana dice que es por lo que pasó ayer, cuando llegó aquel muchacho con el que trabaja en algún proyecto. Yo le abrí y pasó a esperarla, mi hermana salía a su clase y lo saludó, mamá llegó apurada y yo fui a mi cuarto. O sea que aparte de mamá las dos tuvimos ocasión de verlo. ¿A poco no es guapo?, preguntó mamá esa noche. Le confesé que al abrir la puerta creí que era un modelo, y me pareció raro que trabajara con mamá. Que hasta pensé que mamá haría anuncios y que ahora sí tendríamos dinero, o por lo menos no sólo actuaríamos como si lo tuviéramos para luego escuchar: esto está muy caro, ya me rebotaron el cheque, cómo pago las tarjetas... Y mi hermana dijo que era muy varonil, que ella se casaría con uno así. Y de pronto las tres nos sentamos en la sala, calladas como si fuéramos actrices en una obra de teatro y estuviéramos esperando que subieran el telón. Después de un rato, mamá rompió el silencio y dijo pausada: por una vez tenemos los mismos gustos.

Pero aquel momento no podía perjudicar nuestras tardes. Mi hermana que veía más allá de lo evidente me dijo que a mamá le gustaba ese muchacho. Estás loca, le contesté. Si es mucho más chico que ella. Me dio vergüenza imaginar que mi madre lo miraba con los mismos ojos que los míos cuando le abrí la puerta: nerviosa, torpe, por aquella manera que tenía de sonreír, por su andar hasta el borde del sillón mirando como si no mirara. Fotografiando la casa.

Ve por ella, le dije cansada de hacer bocetos. Ve tú, me contestó y nos quedamos inmóviles mientras la tarde se ponía parda. Mamá, le grité desde la sala y no hubo respuesta. Mi hermana encendió el televisor. Después de un rato nos miramos las dos y resueltas subimos a su recámara. Tocamos y no respondió. La creímos dormida y abrimos la puerta con sigilo. Pero mamá miraba al frente tensa, como si explorara la composición del acabado en el muro. Mamá, vamos a la tele. Tenemos hambre.

Cuánto tiempo ha pasado, dijo, y señaló las fotos de la cómoda: cuando me llevaba en brazos, cuando salimos de vacaciones a la playa, cuando terminé la primaria, en otro viaje, mi hermana y yo disfrazadas. Dejó caer el brazo a su costado, abatida. Entonces nos sentamos, cada una de un lado, y la abrazamos. La dejamos llorar sin saber qué hacer.

MÓNICA LAVÍN. *Cuentista y novelista mexicana. Bióloga de profesión. Premio Nacional de Literatura “Gilberto Owen”, Premio Nacional de “Narrativa de Colima” y Premio de Novela “Elena Poniatowska”, entre otras distinciones. Profesora e investigadora literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Algunas de sus obras: “Nicolaza y los encajes”; “Tonada de un viejo amor”; “Ruby Tuesday no ha muerto”; “La más faulera”; “Café cortado”; “Despertar los apetitos”; “Yo, la peor”; “Uno no sabe y otras sabidurías”; “Manual para enamorarse” y “Doble filo”.*



“IMPULSOS INDOMABLES A PLENA LUZ DEL DÍA”, de Carolina Fonseca: perfección literaria y versatilidad

Enrique Jaramillo Levi

I

Escribir es siempre, en buena medida, indagar y descubrir. Poner en perspectiva, hacer balance, tratar de entender. Pero también es – cuando se trata de una auténtica obra literaria – crear y recrear. Y al hacerlo, añadirle realidad a la vida. El cuento, en particular, es un género que permite a su autor, mediante la síntesis y la pericia narrativa, establecer un nivel de comunicación emocional o intelectual con el lector. Hacerlo de forma precisa y contundente, independientemente de cualquier estilo que la escritura ponga de manifiesto; y en algunos casos privilegiados, de manera inolvidable.

El desafío permanente de la memoria, la súbita descarga de la intuición, la sensibilidad dejándose llevar, el certero conocimiento, la imaginación sin límites y el oficio como producto de la experiencia escritural, características propias de la creatividad, todos ellos intercambiando entre sí invaluables resonancias a la hora de escribir una obra literaria orgánica, integrada, con un mínimo de originalidad. De tal manera que, dentro de la libertad absoluta que implica todo proceso creativo, lo que no puede haber es rigidez, encasillamiento, repetición, obiedad, chatura intelectual. La fluidez prosística, en cambio, es requisito indispensable, independientemente de si lo que se busca es la precisión o la ambigüedad.

Por otra parte, escribir implicará siempre una muy personal acumulación de vivencias

profundas y necesidades expresivas cargadas de intencionalidad, las cuales convergen en una búsqueda impostergable de significación y trascendencia. Pero escribir artísticamente entraña, más que una reproducción mimética de la realidad, un ahondamiento en la experiencia humana, la cual es por naturaleza tanto profundamente introspectiva como socialmente colectiva.

Esto quiere decir, en resumen, que el genuino creador literario —ese artista cuyas herramientas básicas de trabajo son las ideas, las emociones y las palabras— busca recrear la realidad, cuestionarla, sacudirla, ponerla de cabeza para así tratar de entenderla mejor, y no simplemente reflejarla como si fuera un simple espejo. Y recordemos que incluso los espejos a menudo distorsionan la imagen; o por lo menos ponen a la izquierda lo que en la realidad aparece a la derecha, y viceversa, sin que conscientemente reparemos siempre en ello. Por lo que tampoco los espejos son de fiar.

De ahí la permanente naturaleza indagatoria, a veces increpante o contestataria de la Literatura con respecto a eso que solemos llamar Realidad. Por eso las obras trascendentes, las que en verdad resultan memorables, crean su propia realidad; y de paso nos sacuden, nos iluminan, nos conmueven o transforman al hacernos sentir y pensar lo que acaso antes no había sido parte de nuestra experiencia vital... Tengo para mí —y hoy comparto esta creencia— que **“Impulsos indomables a plena luz del día”** (Uruk Editores, Costa Rica, 2016), de Carolina Fonseca (1963), escritora venezolana radicada en Panamá desde 2011, es justamente ese tipo de obra.

II

Con un manejo impecable del lenguaje y de la imaginación, y un trasfondo que oscila entre lo poético y el despliegue de

una densa sensualidad, los 17 cuentos que conforman **“Impulsos indomables a plena luz del día”**, producen una suerte de imantación o encantamiento, tanto intelectual como visceral, que invita al lector a entender que el realismo detallista y el vuelo de la fantasía no tienen por qué estar enfrentados sino que en obras como ésta más bien se complementan para causar emociones que no se olvidan con facilidad. La manera de narrar —eso que llamamos estilo— mucho tiene que ver con este logro.

En este sentido, de las cuatro colecciones de cuentos que hasta la fecha ha publicado la autora (dos con otro autor cada una y dos más ella sola); --me refiero a: **“Dos voces treinta cuentos”**, **“A veces sucede”**, **“Cuentos compactos”**, y ahora **“Impulsos indomables a plena luz del día”**-- este último, con un título inquietante y una destreza narrativa admirable, es a mi juicio el que más despliega un grado óptimo de perfección literaria y versatilidad. Una clara demostración, para quien ha seguido de cerca el proceso de su escritura desde que vive en Panamá, de que la lectura, el estudio, la autocrítica tenaz y la disciplina son herramientas indispensables para quien aspira a crear textos verdaderamente artísticos.

Comenzaré señalando que en sus cuentos todos —no sólo estos más recientes— Carolina jamás se queda varada en lo obvio de la pura anécdota, por más compleja o, por el contrario, aparentemente trivial, que pueda parecer lo que se cuenta, sino que interioriza emociones y explora intuiciones expandiéndolas sutilmente, y en el proceso logra captar la esencia, las capas más profundas que son la razón de ser verdadera de lo que ocurre. De ahí que tanto lo que sucede como la atmósfera o la manera de ser de un personaje, sin perder su importancia, a menudo pasan a un segundo plano porque lo que predomina es algo más denso —menos evidente—; mucho más significativo. Y una de

sus maneras de lograrlo es a través del acierto en la selección del tono de lo narrado, así como debido a la elección efectiva del punto de vista desde el cual se relatan los claroscuros de sus historias con la mayor impunidad.

Esta forma muy particular de escribir, que encontramos en buen parte de su obra anterior, en **“Impulsos indomables a plena luz del día”** se exagera de formas muy diversas en cada uno de los 17 cuentos que ahora nos ofrece. Si a esto sumamos la sensualidad contagiosa del lenguaje, su luminosidad incitante, que sin duda no es más que un reflejo de la mirada incisiva de la autora sobre las maneras de expresarse de la vida misma, tenemos un binomio germinal irrefutable de autenticidad y talento narrativo. Acaso haya que hablar entonces, en no pocas de estas historias — sin necesidad de que aborden siempre temas eróticos--, de una especie de impresionismo hedonista imbuido de una poética propia que eleva significativamente la calidad estética y humana de cada texto.

III

“Peces”, el cuento que abre el libro, es una exquisita mezcla de realismo mágico y prosa poética. Siendo el más atípico de la colección, este bello texto pone de manifiesto cómo las vivencias de la imaginación pueden convertirse en realidad y vivirse como tales. De hecho, en el presente que narra la protagonista de esta historia, quien viaja en un metro subterráneo que se va internando por lóbregos parajes, resulta que lo extraordinario, impulsado por sus sentimientos, son una realidad mágica irrefutable. En su estómago nadan muy a gusto peces a los que ella percibe enternecida, y cuando un poco después estos se sienten amenazados, en un solo flujo de aguas desplazadas hacia el exterior salen por su boca poco antes de que termine el viaje.

Por supuesto que comentar así, en una apretada sinopsis, la mágica anécdota de este cuento y tener la oportunidad de degustar la atmósfera singular de su rica prosa son dos experiencias muy distintas, por lo que invito a los lectores a lo segundo para poder apreciar mejor lo primero. Mientras tanto, cito un fragmento:

“Tengo cantidad de peces nadando en la barriga. Anaranjados como las naranjas, como el queso cheddar que le gusta a mi madre, como el color de aquella pintura de labios que atesoraba de pequeña. Pero con más brillo. Acaban de entrar; me los tragué con un vaso de agua fresca, sin hielo para no herirlos. Creo que son peces de río, de agua dulce. Por eso me van a alegrar por dentro sin morirse.”

En los demás cuentos del libro, siempre sorprendentes, se da una amplia gama de situaciones desarrolladas por la autora más en profundidad que en extensión, pues a menudo solo duran el tiempo real que demora dar testimonio de ellos. Así, una de las virtudes de estos 17 cuentos de Carolina Fonseca es el haber podido comprimir en pocos instantes la emoción de escenas que se viven o se recuerdan, y sin embargo hacérselas sentir como narraciones intensas que rebasan su momento y permanecen con nosotros como experiencias inolvidables más allá del texto narrativo.

Por ejemplo, la diestra descripción de los altibajos emocionales entre amigos (“Casi entrañable”); y la convivencia de una mujer con el marido indiferente a su condición de mujer, así como al desconocimiento del propio cuerpo de parte de la protagonista, que sin embargo es afín al amoroso cuidado de las flores, lo cual habrá de permitirle comunicarse finalmente consigo misma (“Una flor mustia”). Por otra parte, el despliegue de la brutalidad que puede poseer a un hombre cuando, agriado el carácter

y harto de la rutina de años en una finca, sacrifica a las ovejas que ha cuidado por años, ante el horror de una niña testigo quien no podrá olvidar nunca la escena que, por cierto, mucho tiempo después ella cuenta retrospectivamente (“Contando ovejas”).

En esta nueva colección de cuentos de Carolina Fonseca no está presente la atrevida osadía erótica femenina de su libro anterior, **“A veces sucede”**, lo cual no es, por supuesto, ni bueno ni malo. Lo que sí hay, en cambio, es una gran seguridad al momento de plasmar sentimientos y deseos en sus protagonistas mujeres, imbuidas siempre de una libertad singular, de una naturalidad que no vemos mucho en los cuentos escritos por mujeres panameñas.

Más que la desinhibida sexualidad a veces fáctica, lúdica otras veces, que encontramos en algunos cuentos de su anterior libro, en algunos de estos otros de **“Impulsos indomables a plena luz del día”** el erotismo, sin presumir su nombre está presente y se deja sentir, no sólo en las manifestaciones del punzantes del deseo sino también en la toma de conciencia del ser femenino profundo, capaz de deslindar sin trauma alguno las satisfacciones pasajeras de los posibles enamoramientos tortuosos, sobre todo cuando se sabe de antemano que para bien o para mal nada es para siempre. Así, en cuentos como el ya mencionado y admirable **“Una flor mustia”**, y de otras maneras también en **“Marino”**, **“El temple de Armando”**, **“Miopía”** –un gran cuento–, **“Jorge dormido”**, **“Del otro lado”**, **“Es ahora o nunca”**, y en menor medida en **“Cambiar de aire”** (es decir, en 8 de los 17 cuentos del libro), la sensualidad exhibe sus pendones con diversos grados de efervescencia o contención, pero siempre con una intensidad que no está reñida con la sutileza de quien narra con una gran seguridad lo que considera indispensable poner de relieve o simplemente sugerir de la experiencia humana.



Uno no puede afirmar alegremente que **“Miopía”** es un gran cuento y pasar a otra cosa. Hacerlo sería irresponsable. Por tanto, debo decir que quien se lleva las palmas de la admiración decidida del lector en este texto es el personaje masculino, si bien la historia la reconstruye una mujer hondamente satisfecha, feliz, a quien un hombre gordo que sabe vivir y gozar la vida y hacérsela gozar a ella, le va cambiando la vida tras conocerlo en un aeropuerto antes de compartir asientos en un viaje de avión y luego al salir juntos y volverse amantes. Hay maestría en la forma de narrar esta historia, ingenio, gracia, lubricidad tanto gastronómica como sensual. Como en los buenos cuentos, en éste se va dando la aventura de un gradual descubrimiento mutuo, una felicidad que antes no existía en la mujer, aburrida con su trabajo corporativo y con la obligación de participar en seminarios

aburridos en otros países, dando como resultado la toma de conciencia de haber ingresado a un mundo menos cuadrado en el que campea la alegría de las satisfacciones duraderas, y por tanto las ganas plenas de vivir.

Cito un fragmento de “Miopía”:

“A este hombre grande le bastaron diez días para que yo volviera a descalzarme sin asco por museos y jardines, a reír hasta llorar, a aspirar el aire de puro gusto, a dejarme catar el cuerpo con la misma sacralidad con que se paladea un buen vino; a olfatear con los ojos cerrados los panes del desayuno para adivinar los cereales y las semillas, a descubrir en las uvas grandes y jugosas el sabor del sexo y en el sexo el de las uvas, a hacer el amor donde se come y a comer en la cama; a copular degustando el mejor de los cacaos en el cielo de la boca, a ritualizar lo banal y banalizar todo lo demás.”

Hay otros cuentos muy variados entre sí en este cuarto libro de Carolina Fonseca: “La caja”, “Todos los ríos”, “A destiempo”, “¿Dónde mejor que aquí?”, “Agua por todas partes”, “Adiós niña”, junto con los ya mencionados “Peces”, “Casi entrañable” y “Contando ovejas”. Al igual que en “Peces”, en donde lo sobrenatural es parte inherente a la magia del cuento, en “A destiempo” lo fantástico ocurre de manera inevitable como parte esencial de la trama. Una trama, por cierto, poco común en las historias de esta autora, quien más bien suele centrar la esencia de sus cuentos en la expansión de un instante significativo que va desplegando sus intersticios como parte inseparable del momento atesorado o sufrido, de tal forma que en realidad no pareciera haber trama alguna. En “A destiempo”, en cambio, hay una complejidad argumental resumida, la extrañeza de un enigma encriptado y un desenlace sorpresivo mediante el cual una maldición familiar llega trágicamente a su final.

En conclusión, Carolina Fonseca demuestra con **“Impulsos indomables a plena luz del día”** que es una escritora que sabe perfectamente lo que quiere expresar y tiene los recursos narratológicos para que las experiencias se combinen con las posibilidades imaginativas -como en efecto ocurre-, así como con un cuidado lenguaje escrupulosamente manejado, para producir una variedad de textos creativos de honda sensibilidad y arraigo en el lector.

Panamá, 7 de septiembre de 2016

Enrique Jaramillo Levi. Colón, Panamá, 1944. Cuentista, poeta ensayista y articulista. Editor y promotor cultural. Director de la revista “Maga. Libros más recientes: **“Sinestesia”** (100 Minicuentos, Uruk Editores, Costa Rica, 2016); **“Palabra de escritor”** (ensayos; Panamá, 2016).

MUÑECA DE PLOMO

Silvia Fernández-Risco
(mexicana)

No cabe duda. Ésta es mi casa. Todos los perros y campanarios pasan frente a ella. Pero a mi casa la azotan los rayos y un día se va a partir en dos. Y yo no sabré dónde guarecerme porque todas las puertas dan afuera del mundo.

“Esta es mi casa” - Mario Benedetti

Ella está en la recámara principal. No puede dormir. La luna menguante ilumina con suavidad la alcoba, como si quisiera acariciar los cuerpos sin despertar a nadie pero... de nada vale. Hace meses que ella no logra conciliar el sueño profundo, ni aun en las noches más oscuras y calladas. A veces el cansancio la vence, pero al poco rato su respiración comienza a agitarse y despierta sobresaltada, gritando.

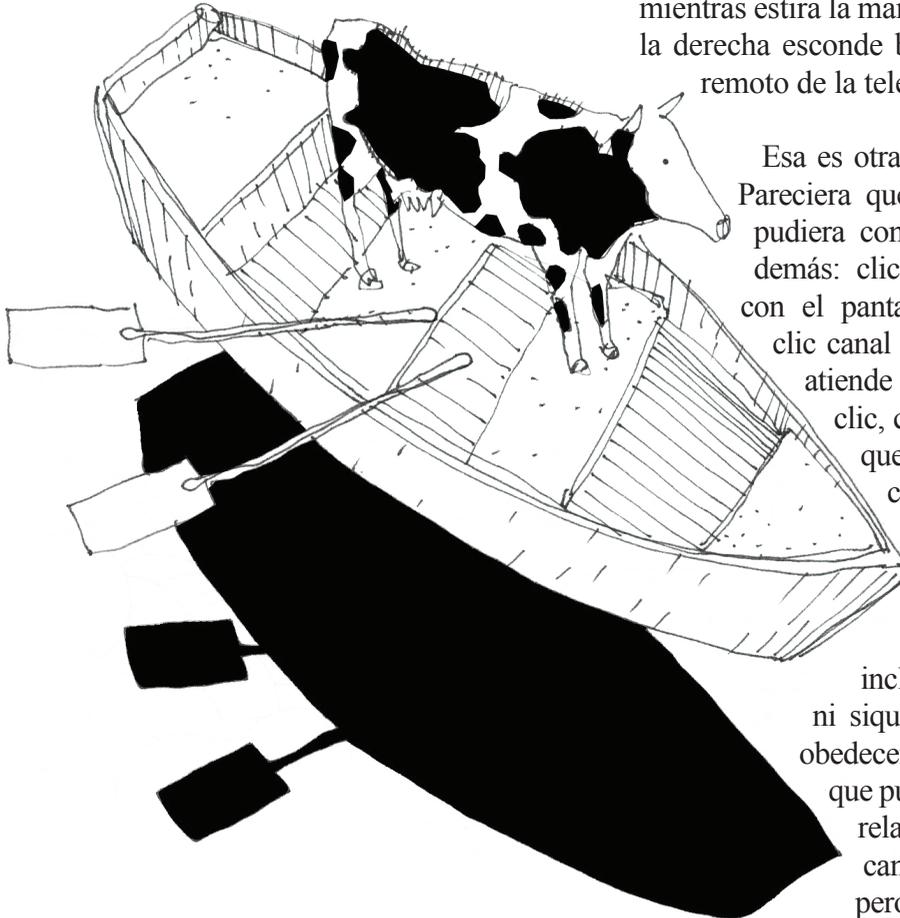
Hay un tono urgente en esos gritos. No me acostumbro a ellos. Pareciera que van encapsulados en torpedos teledirigidos que, invisibles, atraviesan raciocinio y emociones para explotar directo en esa parte instintiva del cerebro que mueve mi cuerpo a su antojo. Corro hacia ella, no puedo evitarlo. Soy un resorte indeformable que brinca en cuanto se libera de la presión que lo sostiene, sí, mi humanidad transformada en la espiral metálica de una maquinaria en movimiento constante que no puede fallar. El desgaste viene después.

—¿Qué pasa, mamá? —sus ojos, esferas tridimensionales que dejan entrever un mundo grotesco, cruel, no pueden reconocerme. Cómo hacerlo. Han dejado de ser sistemas de captura de imágenes para convertirse en pantallas sofisticadas de las películas que su cerebro

proyecta. Su rostro, ahora enigmático, produce escalofrío.

—Mamá, soy yo, Amelia, tu hija menor. Tranquilízate.

—¿Tranquilizarme? ¿Y tú quién te crees para darme órdenes? ¿Qué haces en mi casa? Pretendes quedarte con ella ¿verdad? Quedarte con todas mis cosas. ¿Te das cuenta, Héctor, de lo que nos quiere hacer? —le comenta al compañero de su vida que duerme plácido a su lado y, a pesar de la desesperación de ella, solo cambia de posición y continúa durmiendo— Aprovecharse de un par de viejos. Para que sepas, soy yo la que manda en esta casa. Además, si no me regresas el control gritaré, y muy fuerte, para que todos los vecinos se enteren de lo mala que eres con nosotros “DAME EL CONTROOL”—exige, mientras estira la mano izquierda hacia mí y con la derecha esconde bajo las sábanas el control remoto de la televisión.



Esa es otra de sus nuevas obsesiones. Pareciera que al tenerlo en sus manos pudiera controlar su vida y la de los demás: clic, canal 2 y papá se viste con el pantalón café que ella quiere; clic canal 4 y la empleada joven que atiende solícita a papá, desaparece; clic, canal 5 y soy la niña buena que la obedece sin dudar; clic, canal 13 y ella es una mujer independiente y perfecta... Pobrecita. Ella que manejaba los hilos principales de esta familia, incluyendo los de papá, ahora ni siquiera sus propias piernas la obedecen. La televisión es lo único que puede controlar y hasta eso es relativo. Encendida o apagada, canales nacionales o de cable, pero nada más.

—Mamá —digo, en un tono suave para no contrariarla de nuevo— son las tres de la mañana, si quiere gritar hágalo, pero el control lo tiene usted.

—No es cierto.

—Sí, mamá, en su mano derecha.

Al mostrárselo se sorprende y sospecha de mí, lo sé por su forma de entrecerrar los ojos y apretar los dientes. Quiero salir corriendo, irme para mi casa, esa señora no es mi madre, hay una impostora en ese cuerpo. ¿Por qué no vienen mis hermanos a cuidarla? Ahora quiere que la levante y la lleve al baño. Es bajita, gorda y muy pesada, parece muñeca de plomo. Sus piernas tiesas apenas logran sostenerla, se apoya completamente en mí. Nunca ha querido utilizar la andadera y pienso que debemos contratar a un enfermero joven, alto y fuerte, que pueda encargarse de ella. En estos momentos yo también necesito un enfermero, fisioterapeuta o masajista, alguien que con sus manos grandes y sabias masajee mi espalda y mitigue el dolor que siento con el peso de esta señora auestas. Un hombrón que tome mi cuerpo de mujer-masilla y amase, con la presión precisa en cada uno de sus dedos, todos los músculos de mi persona hasta moldear una nueva yo.

—¡Inútil! —grita cuando trastabillamos al entrar al baño y pienso que hace falta una puerta mucho más amplia.

Imagino rieles en el techo de los cuales pueda colgar tirantes móviles y sujetarla de ellos para transportarla sin esfuerzo como si estuviera en “gravedad cero”. Un dedo basta para moverla. Es más, la casa llena de carriles metálicos que formen circuitos para llevarla de una estancia a la otra con solo apretar un botón. Tendría mi propio control remoto y entonces, tal vez, no tendría que volver a escucharla decirme “¡Inútil!”.

La imagen de la pobre anciana colgando como una marioneta me produce una mezcla de sentimientos que me hace sacudir la cabeza como un perro recién bañado. Ya estoy divagando. Pobre mamá; no tiene la culpa de su enfermedad pero ¿por qué no puede ser como papá? Él también tiene sus propios males, a veces se inventa otras vidas, pero nunca pierde sus buenas costumbres, su amabilidad, su hábito por la limpieza y buen humor.

Por fin logro sentarla en el inodoro. Exhausta, tomo distancia y miro mi rostro en el espejo. La imagen tiene el gesto adusto, la piel áspera, cetrina y con arrugas de cien años. Esa yo no soy yo. ¿Quién demonios me ha metido en este cuerpo? Debo dormir.

—Mamá, apúrate.

Abro la llave de agua para refrescarme y desaparecer el cansancio. Ella habla sobre un complot que no termino de entender y no quiero escuchar. El sonido del líquido corriendo me gusta. Es dinámico, tiene chispa y el rítmico tamborileo que produce en el lavabo casi me hace sonreír. Dejo que corra, dejo que suene, dejo que se derrame. El agua fría toca mis pies y luego los de ella. Sus ojos aterrados suplican que cierre la llave. No quiero hacerlo. Se siente tan bien el agua entre los dedos de los pies, y ahora en los tobillos. Ella grita, al menos eso creo al ver su boca abierta y los aspavientos que hace con sus manos, pero no la oigo. El sonido del agua cayendo ha tomado una dimensión superlativa y como una gran catarata apaga las voces y hace su propia sinfonía. Ahora cubre mis rodillas y pienso que fue muy buena idea el aditamento hermético que se le puso a la puerta después de la inundación, cuando se rompió la tubería. Ese día hubo que tirar los álbumes de familia que estaban en el librero al ras del suelo. La historia borrada igual que su memoria. Tratamos de rescatar algunas fotografías pero rostros y

detalles estaban desdibujados y las leyendas explicativas del momento parecían pinceladas de acuarela en color azul.

Ahí comenzó la confusión familiar de los hechos. Cada quien se acordaba de forma distinta de lo acontecido y las fechas no coincidían. Aquel día puse en papel secante unas poquísimas imágenes, aferrándome a los retazos de esa memoria impresa en plata sobre gelatina, pero los hongos y bacterias se apoderaron de esos recuerdos dejando el papel mohoso, sin rastro del objeto fotografiado.

Sigue subiendo el nivel. Ahora le llega al cuello y comienza a flotar. Sus piernas tías pierden importancia, son sus brazos hermosas alas de pez dorado las que la sostienen y movilizan. Viene hacia mí pero la esquivo jugueteando como una niña en chapoteadero. Ya no se oye el agua cayendo, solo se observa cómo cubre los mosaicos que, coincidentemente, tienen diseños marinos: peces, caracoles, medusas, estrellas de mar.

Floto. No pongo resistencia. Ella tampoco. Se mueve con gracia a pesar de su rostro descompuesto. Tiene los ojos redondos y sin párpados. La boca oblonga. Le han comenzado a salir escamas. Creo que disfruta de su nueva capacidad de movimiento, por fin puede ir de un lado al otro del baño sin que nadie la sostenga, es libre. Yo también.

SILVIA FERNÁNDEZ-RISCO. *Nació en la ciudad de México el 3 de marzo de 1958. Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social por la Universidad Autónoma Metropolitana (México, D.F.), diseñadora gráfica, cantante y escritora. Durante más de 15 años en México fundó y dirigió varias revistas institucionales y departamentos de publicaciones. En 1996 cursó Diplomado en Multimedia (Fac. Ingeniería, UNAM) y en 1997*

*Diplomado en Producción Editorial Asistida por Computadora (INBA, México, D.F.). Radica en Panamá desde 2000. Tiene 2 libros de cuentos publicados: **Volar y otros cuentos** (9 Signos Grupo Editorial, 2009) y **Música de las esferas** (Fuga editorial, 2010). Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2004 de la UTP, sus cuentos han sido publicados en varias antologías, así como en la Revista Cultural “Maga”, en diversos blogs y en los libros colectivos “Soñar despiertos” (2006) y “Taller de escapistas” (2008). También cuenta con su producción musical: “Canciones de cuna para arrullar el alma” (Urtex, 2004).*

AIRE

Luigi Lescure



Me sobra espacio en las manos para tus pechos nimios. A veces pienso que puedo ceñir tu cintura entera en un puño, y retenerte. Te imagino prolija y vivaz llenando el aire y

flotando en cada esquina de mi vida. Respiro hondo para que te metas profundo en mi pecho y descubras que lo habitas entre ilusiones y maravillas. Sin embargo, todo este amor oxigenándome las venas llega un momento que asfixia si no lo exhalo en una desesperada confesión. Pero soy un cobarde. Además, tú sujetas ya otras manos que de seguro rodean tu cintura y vuelan por tus pechos. Muy pronto te conducirán por otras esquinas a morar otra vida y en otras calles. Te alejarás de éstas donde tantas veces caminaste feliz, con una sonrisa ligera en el rostro, admirada de cómo se suspendían a un hilito amarrado suavemente a tu muñeca aquellos globos llenos de aire mágico que tu mamá le compraba a ese muchachito un poco mayor que tú. Ese chiquillo que siempre estuvo aquí, y que creció viéndote pasar sin que tú lo notaras, porque para ti siempre fui invisible, como el aire. Y a mí, entre cobardía, congoja y resignación, desde que me llegaron los rumores de tu boda y tu pronta partida, no me queda más que ahogar los gritos del alma. Sin embargo, para que no me estallen dentro, cada mañana los soplo en una honda exhalación y los encierro en globos rojos y los dejo escapar bajo tu ventana. Y, como hinchadas lágrimas, suben, suben, suben hasta que no aguanten callar más, pero suelen elevarse tanto y reventar tan lejos que nunca los escuchas. Por eso no entiendes y te preguntas qué hace ese loco soltando globos frente a tu balcón.

LUIGILESCURE. *Nació en Los Ángeles, California, Estados Unidos de América el 22 de septiembre de 1968. Crece en la ciudad atlántica de Colón, República de Panamá. Es director creativo publicitario, actor y escritor. Además, es socio fundador de 9Signos Grupo Editorial. Se ha desempeñado como profesor universitario en cátedras de Creatividad, Estrategia Publicitaria y Mercadeo en varias universidades del país. En el quehacer literario tiene cuatro libros de cuentos publicados. En 1991 obtuvo el premio al*

mejor guion en el Concurso de Video Argumental RPC/Maxell. En 2007 y 2008 ganó el premio en cuento a la Promesa Literaria que organiza la Universidad Tecnológica de Panamá entre los egresados de su Diplomado en Creación Literaria. En el 2007 también alcanzó una mención de honor en el certamen José María Sánchez. Tiene tres libros de cuentos: Pecados con tu nombre (2007); Capítulos finales (2007) y Con vista al mar (2009).

LA LIBERACIÓN DEL LECTOR

Patricio Pron
(argentino)

Antes de ser considerado uno de los escritores en español más importantes de la segunda mitad del siglo XX, antes incluso de inclinarse por la literatura, a los dieciséis años de edad, Ricardo Piglia comenzó un diario; lo hizo con la intención de fijar la experiencia, pero también con la convicción de que la escritura tenía la capacidad de otorgar sentido a una situación confusa, indeseable: su familia abandonaba la localidad de Adrogué, donde Piglia había nacido el 24 de noviembre de 1941, para radicarse en Mar del Plata con el propósito de desorientar a la policía política de la así denominada Revolución Libertadora, también llamada “Revolución Fusiladora” tras el asesinato de una docena de civiles en los basureros de José León Suárez en junio de 1956 que Rodolfo Walsh iba a narrar magistralmente en la primera “novela de no ficción” de la historia, Operación Masacre; la policía había desarrollado un cierto interés por las actividades de su padre, un simpatizante del peronismo en la proscripción.

A Piglia, que más tarde estudiaría Historia en la Universidad de la Plata y tendría a lo



Ricardo Piglia

largo de su vida un interés por las series de acontecimientos aislados y los momentos inaugurales (a menudo tema excluyente de su obra), el comienzo de la escritura del diario le pareció siempre una experiencia inaugural; con la perspectiva que otorga la existencia de una obra que su autor no podía siquiera intuir por entonces (y que se compuso de novelas como *Respiración artificial*, *La ciudad ausente*, *Plata quemada* y *El camino de Ida*, de los libros de cuentos *La invasión*, *Nombre falso* y *Prisión perpetua* y de ensayos como *Crítica y ficción*, *Formas breves* y *El último lector*, pero también de libretos de ópera, guiones cinematográficos y televisivos, entrevistas y clases), resulta evidente que en ese momento inaugural se encuentra la mayor parte de los rasgos que caracterizarían su obra, en especial la relación

estrecha entre vida y literatura y entre literatura y política. A partir de 2015, y en tres volúmenes, el último de los cuales todavía permanece inédito, Piglia (quien fue diagnosticado con esclerosis lateral amiotrófica en torno a 2013 y pasó sus últimos años de vida trabajando en la publicación de los diarios) narró en los que llamó *Los diarios de Emilio Renzi* (su álter ego más habitual) las muchas maneras en que la política había proyectado sombras directas y a menudo estremecedoras sobre su vida y cómo esas sombras, que también se proyectaban sobre su literatura, le otorgaban a esta la potencialidad de constituirse en un repositorio de disidencias.

Piglia, quien murió a consecuencia de complicaciones derivadas de su enfermedad el viernes pasado, siempre consideró la literatura una máquina productora de ficciones susceptible de arrebatar al Estado el monopolio de la creación de relatos, una promesa de liberación del lector de las formas prescriptivas de ser y de actuar que a lo largo del siglo XX (y de lo que llevamos del XXI) sólo han traído dolor y parálisis; esa promesa lo sobrevive y es su legado a quienes somos sus lectores.

**Tomado de "El País", Madrid, enero de 2017.*

PATRICIO PRON. *Nació en Rosario, Argentina el 9 de diciembre de 1975. Escritor y periodista traducido a media docena de idiomas incluidos el inglés, el alemán, el francés y el italiano. Libros de cuentos: **Hombres infames**, *Bajo la Luna Nueva*, 1999; **El vuelo magnífico de la noche**, *Colihue*, Buenos Aires, 2001; **El mundo sin las personas que lo afean y lo arruinan**, *Mondadori, Barcelona*, 2010; **Trayéndolo todo de regreso a casa. Relatos 1990-2010**; **El Cuervo**, *La Paz*, 2011; **La vida interior de las plantas de interior**, *Mondadori*, 2013. Novelas: **Formas de morir**, *Universidad Nacional de Rosario Editora, Rosario*, 1998; **Nadadores muertos**, *Editorial Municipal de Rosario*, 2001; **Una puta***

mierda, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2007; El comienzo de la primavera, Mondadori, Barcelona, 2008; El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia, Mondadori, Barcelona, 2011; Nosotros caminamos en sueños, Literatura Random House, Barcelona, 2014; No derrames tus lágrimas por nadie que viva en estas calles, Literatura Random House, Barcelona, 2016.

TAXI

Rogelio Guedea
(mexicano)



Se abre la puerta y de adentro saca la cabeza una enfermera. Checa una lista y llama al hombre sentado junto al laboratorio. Al hombre, de pies sucios y pantalón atrincado con un mecate. Al hombre, acompañado de esa niña: pequeña, enjuta, de párpados pálidos. El hombre se incorpora y la arrastra donde la enfermera. ¿Don Manuel Zepeda? Sí, señorita. ¿Es usted el padre? Sí. Pase. El hombre entra en el consultorio. Presiona el sombrero contra su pecho y permanece en ristre. Siéntese. Gracias. La mano huesuda del doctor Cenobio Ramírez abre el expediente, sobre el escritorio. Lamenta que la enfermedad de la niña no la puedan tratar en Colima. No tenemos el equipo. Es un cáncer desalmado, concluye. El hombre mira la mano

huesuda del doctor, el expediente abierto por el medio, la pluma Bic negra encajada en el bolsillo de su bata blanca, todo como si fuera la última vez que fuera a ver eso que está mirando, y baja la vista. Pero yo conozco a alguien que lo puede cruzar al otro lado, agrega y su mano huesuda garabatea algo en un papelito, con la pluma Bic negra. Un papelito arrancado de una libreta de rayas. Llámelo. Allá algo harán. El hombre coge el papelito y lo introduce en la bolsa del pantalón. Dígame gracias al doctor, hija. Ándele. Gracias, se oye ese hilito de voz. El hombre sale del consultorio, remolcando a la niña, tal como llegó. Una semana antes estuvo aquí. Vino por una lesión en la espalda, al caer de una pila de rejas, mientras descargaba un tráiler, en la empacadora de limón. Caminaba con dificultad. Postrado en cama tres días, cuatro, imposible volver a la empacadora, así. Pero el patrón movió palancas y la aseguradora no quiso reconocer el tal accidente. Tuvo que venir aquí también arrastrándose por su propio pie. Contando los pesos para poder pagar la medicina, aquel día. De regreso a casa, el hombre habla con su mujer, raspan un tazón de frijoles y un chile verde, sentados en una mesa hecha de tablas mal ensambladas. Cuenta lo dicho por el doctor, mientras la tortilla se hunde al fondo del tazón de frijoles. Saca el papelito y lo desdobra. ¿Y esto con qué?, pregunta la mujer. No faltará quién, contesta el hombre. Va a la tienda de abarrotes de la vuelta y marca el número que le han dado. Una voz cauta, astillosa, le responde. Al terminar su explicación, el hombre pregunta: ¿se podrá? Sí, en tanto. ¿Cómo me dijo que se llamaba? Manuel Zepeda. El hombre habla con el dueño de la empacadora, le pide un préstamo. El dueño consiente, pero sólo puede la mitad. El hombre acepta: es justo lo que necesita. Tendrá que trabajar horas extras, a su vuelta, y fines de semana. Por un año. ¿Me oíste, Manuel? Sí, patrón. Dos semanas después el contacto los espera en El Limonero. No son los únicos. Hay una pareja más, una muchacha con

una mochila negra colgada en la espalda, esa señora gorda y dos muchachos. ¿Manuel Zepeda? Sí. ¿Y ésta? La Pirru, mi hija. ¿La Pirru?, pela los dientes el contacto. Sí, por pirruña. Acaricia su pelo el contacto. La niña esboza una sonrisa: sus carnes trasijadas, sus pómulos maltrechos. Mira como pidiendo algo, siempre, pero quién lo sabría. Suben a una camioneta Van negra, en la parte de hasta atrás, los vidrios polarizados y la placa delantera desprendida de un ribete. Nada más que no me suba los pies la niña al asiento, don Manuel, dice el contacto, y se encaja los lentes oscuros en el tabique de la nariz. Bájelos, hija. Ándele. Los pies de la niña bajan del asiento, donde iban recostaditos. Qué viaje más largo: Guadalajara, Torreón, Chihuahua, Cd. Juárez, El Paso Texas. El hombre sigue la trayectoria de la línea blanca de la carretera, las luces difuminadas de los automóviles, las antenas de luz roja en la punta de los cerros. Cabecea. Sus hombros se sobresaltan en las casetas de cobro. Su quijada vuelve a encajarse al fondo de su pecho. La niña dormidita recargada en su costado, hace ya cinco horas, diez. Paran en un restorán de paso. El hombre devora dos quesadillas, una Coca-cola, se limpia la jeta con el antebrazo. Compra a la niña un jugo de naranja y una torta de jamón. Para que coma, hija. Ándele. Para que se ponga fuerte. La niña niega con la cabeza. No tiene hambre. Vuelven a la camioneta. La niña sube con dificultad. El hombre es un muro para que no caiga. Nada más que no me coma la niña ahí porque me mancha los asientos, dice el contacto, y vuelve a encajarse los lentes oscuros en el tabique de la nariz. Me come luegoito, hija. Ándele. Más adelantito me come. La niña regresa la torta de jamón a su bolsa y cierra el jugo, apenas le dio un sorbo. Un par de horas después entran en la ciudad: sus avenidas como dos anchas espaldas. El contacto les dice que se aproximan. Que estén atentos, dice. El hombre despierta a la niña, que entreabre los ojitos. Cómo le pesan los párpados. La camioneta Van

negra avanza, gira dos cuadras adelante y toma la avenida hacia el puente. El puente se ve al fondo: curvado, altanero. Cruzan el vado de un río. Hay una fila de tiendas comerciales: Wal-Mart, Office Depot, a lo lejos, del otro lado del puente. El contacto gira a la derecha y entra por una callecita, estaciona la Van negra junto a una cortina de fierro. La cortina de fierro se levanta y aparece un hombre vestido de verde, con gorra verde y botas negras. Va al asiento del contacto, rodeando la Van por atrás. Negocian. El contacto extrae de la guantera un fajo de billetes y se lo entrega. El vestido de verde hace una señal con la mano y el contacto entra en la bodega, cruza otra cortina y sale a otra calle. Avanza dos callecitas, tres, y a la izquierda, de nuevo. ¿Ya?, pregunta la mujer gorda. Ya, contesta bajito el contacto. A los dos muchachos les salta del rostro un fulgor. Cruzan el puente y entran en la fila de tiendas comerciales: Wal-Mart, Office Depot, que antes se veían lejanas, imposibles. El contacto detiene la Van negra en un callejón, junto al vado del río. Una calle cerrada. Se baja y abre la puerta lateral. Dispérsense nomás, es todo lo que dice. El hombre coge a la niña y baja con ella en brazos. La arrastra, despavorido, por la calle. Ya cruzamos, hija, dice. Ándele, venga. La niña hace un esfuerzo. La mano del hombre se amarra a su mano, fuertemente. El hombre mira hacia uno y otro lado. Ve las avenidas grandes, la fila de tiendas comerciales. Nunca lo habría soñado: con un poco de suerte encontrará un doctor, un hospital. Lleva la camisa abierta por el pecho. La niña un vestidito con los listones descosidos. Se detiene en una esquina y se sienta en la banqueta. Cómase la torta, hija. Ándele. Para que se ponga fuerte. Y el jugo. La niña niega con la cabeza, otra vez. No tiene hambre: sus labios resecos, ardiente su nuca. Ámonos, pues. En una tiendilla entran a preguntar: por un hospital, por un doctor. Le dijeron que aquí en Estados Unidos encontraría uno, para su hija. Mírela a la pobrecita. La mujer de la tiendilla tuerce la boca. Sorteando el mostrador y desmiente

al hombre: aquí no es, dice. Aquí es Chihuahua, nomás. El hombre traga saliva. Siempre les hacen lo mismo estos perros: que es Estados Unidos, que ya cruzando el puente, pero no. Tampoco el río Bravo, y lo señala con el dedo. ¿Lo ve usted? El hombre gira la cabeza, confirma y la regresa a su sitio. La niña lo mira, desde abajo: como si mirara un árbol que cae. Tose, tose. El hombre se pasa la mano por la cara, se limpia sabe qué. Sacude la cabeza. Se le agrieta la mirada, de pronto. Y en ese parpadeo, la niña empieza a vomitar. Nada más sáquemela para afuera que me va a ensuciar todo aquí, dice la mujer. Sí, señora. Véngase, hija. Ándele, pa' fuera. Acá vomite lo que quiera. El hombre sale de la tiendilla y retoma la ruta. Había visto una Cruz Roja, pero: ¿dónde? Voltea hacia atrás, hacia adelante. Coloca la mano en visera. Empieza a regresar lo andado. Será pasando el puente que la vi, piensa. Una gota gorda de sudor escurre por su sien. Limpia la boca de la niña con la manga y la carga en brazos, aguadita. Camina una cuadra, cinco, diez cuadas. Ahí está: la Cruz Roja. Entra con la niña en brazos. A ver si se la pueden recibir. Recuesta a la niña sobre la banca y antes de ir a la recepción: a ver si me quita a la niña de ahí que no es hotel aquí, escucha. El hombre regresa, vuelve a cargar en brazos a la niña y va a la recepción. Arriba, hija. Ándele. La enfermera le ordena que se siente: allá, no acá. Más allá. ¿Aquí? Sí. El hombre se sienta, al fondo, en una silla, nadie ha anotado sus apelativos en ninguna hoja. Nadie ha medido la temperatura de la niña, siquiera. Nada más le han dicho que se siente: allá, no acá. Y es lo que hace, con la niña en brazos. Suda un mar. Ve pasar a una mujer al consultorio. A un hombre con un niño al consultorio. A una jovencita y a otra mujer, al consultorio. Luego no pasa nadie. La puerta del consultorio se cierra y dura así sabe cuánto. Desapareció también, hace ya rato, la recepcionista. El hombre se rasca las coyunturas. A las diez en punto aparece otra enfermera. Abre el consultorio, su puerta de par

en par: ya pa' qué. La niña se le ha muerto en los brazos, ahí, sin decir una sola palabra. Se le ha pegado el estómago en las costillas. Se le han sumido los ojos en las órbitas, hasta el fondo, a la niña, y no dijo ni pío. Empieza a oscurecer. Si habla con la enfermera lo interrogará. Vendrá un agente de policía. Levantarán un acta. Tendrá que declarar en la Procuraduría de Justicia. Lo harán pagar lo que no tiene. El hombre se levanta y sale sin que nadie lo note, con su hija en brazos, como llegó. Es todo lo que tiene. Eso y la bolsa con la torta de jamón, y el jugo que la niña negó con la cabeza. En la esquina le chifla a una camioneta. Qué se va a detener, con esa música tan alta que lleva. Lo mismo el coche con dos tripulantes: lo sienten, pero no pueden. Que se dé de santos que no lo denuncian a la policía., por su cara de sicario. Y los ve partir. Se sienta en la banqueta y acaricia el rostro de la niña, con el dorso de la mano, una vez, dos. Le descubre la frente, las orejas, pasa la yema de los dedos por sus mejillas. El pelo de la niña... Allá ve que dio vuelta un taxi y se incorpora. Levanta una mano, el hombre. El taxi se aproxima y baja la velocidad. El hombre se acerca y explica todo desde el principio. Que él nomás se confió, dice. El taxista escucha al hombre con la niña en brazos. ¿Y a dónde dice que va, amigo? Aquí adelantito, a Colima. Allá a ver qué le doy. El brazo del taxista se estira y abre la puerta. Lo invita a subir. Nada más déjeme reportarme a la central. Coge la radio y llama. Estaré fuera de servicio, explica. Un asunto familiar. El hombre sube a la niña al taxi, luego sube él. Si me detiene un federal, usted no se mueva ni diga nada. Sí. El taxista arranca. Si quiere abra la ventanilla. Un poco de aire fresco le hará bien a su bella durmiente. Sí. Ingresan en la carretera 45, rumbo a Delicias, luego rumbo a Torreón. La línea recta blanca que divide los rumbos se abisma unos metros adelante, sin dejar rastro. El hombre hace un hueco en su cuerpo para que ahí se recueste la niña. Un hueco oscuro, donde ahora duerme toda ella, solita: para siempre.

ROGELIO GUEDEA. (México, 1974) es abogado y escritor. Doctor en Letras Hispánicas por la Universidad de Córdoba (España), autor de más de cuarenta libros en poesía, novela, microficción, ensayo y traducción, entre los que destacan la *Trilogía de Colima*, conformada por las novelas **Conducir un tráiler** (Premio Memorial Silverio Cañada 2009 a mejor primera novela), **41** (Premio Interamericano de Literatura Carlos Montemayor 2012) y **El Crimen de los Tepames** (finalista del Premio BAN! Películas de novela 2014), todas publicadas por la prestigiosa editorial Penguin Random House. Sus libros más recientes son la **Historia crítica de la poesía mexicana siglos XIX y XX** (FCE-Conaculta, 2015), **Los anteojos del fabulista: reflexiones sobre el arte de leer y escribir** (Lectorum, 2016), **El último desayuno** (Penguin Random House, 2016) y **Si no te hubieras ido/ If only you hadnt gone** (Cold Hub Press, 2015). En 2008 ganó en España el prestigioso premio Adonáis y en 2015 recibió un Premio Fulbright por su contribución a la cultura y educación neozelandesa. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, griego, portugués, chino y alemán.

LA ROMPE-GRUPO

Sonia Ehlers

Traspasé la frontera invisible y sentí un ligero escalofrío recorrer mi cuerpo. Nunca había estado en esa parte de la ciudad. Había limitaciones de circulación; mi auto tenía un tipo de placa y los de aquella parte usaban otro. Dos categorías de habitantes: ellos y nosotros. Los autos de ellos circulaban cómodamente por nuestras calles y los nuestros no por las de ellos. Rodando por aquellas inhóspitas avenidas, comencé a sentirme vigilada; había escuchado rumores de que desde largas distancias lo tenían a uno bajo observación. En cualquier momento

aparecería una patrulla y conduciría a vuelta de rueda tras de mí. Decidí respetar, como usualmente lo hacía, todas las indicaciones del tránsito hasta llegar a la Middle Street. Bajé las luces del auto, tal como indicaba un letrero unos metros antes de la caseta de vigilancia militar; esa era un área restringida para el ejército. Le dije al uniformado que iba a la casa 424-B. Realizó una anotación en su control y subió la baranda, franqueándome el paso al mismo tiempo que hacía un gesto afirmativo con su cabeza. Finalmente, llegué a mi destino, bajé del auto; ya habían arribado otros invitados. Subí las escaleras y saludé a varias amigas que, muy animadas, me presentaron a los oficiales invitados a pasar la velada.



Después de un par de tragos y comidas servidas en platos desechables, se dispusieron a jugar sentados en el suelo, formando una rueda grande. Me acomodé, tratando de integrarme al grupo que acababa de conocer. Sacaron lo que reconocí como una pipa de aquellas exóticas que venden los indios en sus bazares olorosos a incienso. Vi cómo un oficial, con un mechero fino, la encendía con pericia y aspiraba profundamente hasta mantener viva la llama, inclinaba ligeramente su cabeza mirando hacia el techo y parecía quedarse suspendido en las alturas contemplando un no sé qué. Fue pasando de mano en mano una ronda, luego dos, alrededor de los participantes. Los oficiales y las jóvenes fumaban aquella pipa de hachís con entusiasmo. Cuando llegaba a mis manos, yo la pasaba discretamente sin fumarla para que continuara circulando.

Al poco rato, el ambiente comenzó a cambiar casi imperceptiblemente, una joven reía sin parar, otra lloriqueaba, los oficiales sonreían como si estuvieran en la estratósfera. Uno de ellos se levantó y comenzó a bailar ballet muy desinhibido. Yo miraba aquel escenario, y pensé: «¿Qué hago aquí, entre esta gente?». A la tercera vuelta, decidí que no encajaba en ese grupo. Pasar agachada tres veces la pipa de la paz sin aspirarla haría demasiado notorio que no me estaba divirtiendo. Preferí levantarme y, sin despedirme, salí de aquella casa lo más rápido posible. Desde esa reunión me apodaron «la rompe-grupo». Conduje mi auto hasta la caseta de vigilancia y, cuando el guardia dejó caer la baranda a mis espaldas y yo aceleré hacia mis barrios amistosos, me sentí tan libre como no me había sentido en toda la noche.

Aún hoy, cuando entro a los bazares indios y veo esas pipas sofisticadas, no puedo dejar de sonreír y sentirme orgullosa del título bien ganado aquella noche.



SONIA EHLERS. *Nació en México en 1949, panameña por consanguinidad. Ha vivido en Panamá, México, Suiza, Chile y los Estados Unidos de América. Ha publicado: **Presencia de Pedro Prestán** (Ensayo histórico; Panamá, 1999); **Concepción para cuentos I y II** (Panamá, 2006-2008; **Las tortugas y otros relatos infantiles** (9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2010) **Alquiler fatal** (novela; 2011); **Los fantasmas del Canal** (teatro; 2012); **Garras feroces** (poemas; 2013); **Claudio.com Pasión en línea** (novela; Barcelona, 2014); **Una vida, una época: Alfredo Ehlers Paredes (1867-1953)** (Ensayo histórico; USMA, 2014); **Conciliación** (novela; 2015); **Contagio y otros cuentos** (Libertarias, Madrid; 2015); **Los hijos de la Marimba** (novela; Benma, México, 2016).*

CUATRO POEMAS DE EYRA HARBAR GÓMEZ

Desertores de alborada

Por Eyra Harbar Gómez

Desertores de alborada

Madrugada que ves los primeros faroles,
temprano llegas.

A tu costilla se arriman las vecinas.

Madrugada que aguantas las primeras briznas del día,
tu indicio silba cuando sale colgado del autobús
el Pablo Pueblo que cruza las ramas de la noche
preparándose para salir a la carrera con sueño y nada.

Despiertan las ollas al oído del tronco de mango,
el perro ladra y ensordece el matorral.

Una marea de valor llega con punzadas y suspiros.

Recobra el aliento una luna redonda
que golpea la mejilla con sorpresa.

El frío sobrevive en la piel de la oscuridad.

Piedra nocturna

La soledad embestirá en la isla diaria
a la que se llega desterrando la barbarie.

Habrà otro golpe en la piedra,
otra detonación sin importancia a la vista.

Una puerta golpeará al cerrar la noche
y nadie sabrá de su carga al interior.
Fachadas semejantes guardan el peso
por dentro.

Utilitarias

Un recuerdo viene irrechazable,
un milagro detonado en el pecho,
y no puedes retenerlo,
aunque alcances a tocar su corazón intacto
como las cosas que se aman
y que están en extinción.

El precio de los esclavos

Lo que dejaron los esclavistas
después de establecer las leyes de vientres libres
fue el cuchillo que partió un cordón umbilical
para separar el tronco de la vida.
Pero la ley de la vida era un hombre y su muerte,
la señal de Haití atravesada en las ojeras de una deuda,
la resignada razón de los hambrientos
y la ofensa de los triunfantes
que entendían que todo era mercancía.
Para el más apto y el más fuerte
todos seguían siendo esclavos,
y se colgaron de la putrefacta máquina
que torturaba la carne y el tiempo,
de las cocinas en que agachaban la espalda
el mulato y la mujer negra.

Para ellos había llanuras de algodón,
la construcción del Canal de Panamá,
los pueblos perdidos de la costa,
las plantaciones de guineo en el Caribe
y del cacao en la ruta del tren.
Like Mista Keith and Miss Harrington
that was a really nice people
en los domingos bautistas,
but the Compañía
era más apta y más fuerte
y entendía bien que todo era mercancía.
Para el más apto y el más fuerte
todos siguen siendo esclavos.

*Tomados de Eyra Harbar. **“Desertores de alborada”**, Panamá, 2016.

EYRA HARBAR GÓMEZ. Nace en Bocas del Toro, provincia en el Caribe de Panamá, en 1972. Publicó *Donde habita el escarabajo* (2002) y *Espejos* (2003) en los cuales muestra su trabajo premiado en los concursos nacionales de poesía “Gustavo Batista Cedeño” (2002), “Demetrio Herrera Sevillano” (1996) y “Esther María Osses” (1995). En 2013 gana el Concurso León A. Soto con *Paraíso quemado*. En 2015 gana el primer lugar en el Concurso IPEL “Esther María Osses” con el poemario *Desertores de alborada*. Su trabajo ha sido publicado en Panamá, México, Barcelona, Nicaragua, Venezuela, así como en antologías y muestras poéticas en Argentina y Chile, entre otros. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2001, primero que se dictó en la Universidad Tecnológica de Panamá.



LA INESPERADA LLUVIA

(cuento juvenil)

Álvaro Menéndez Franco

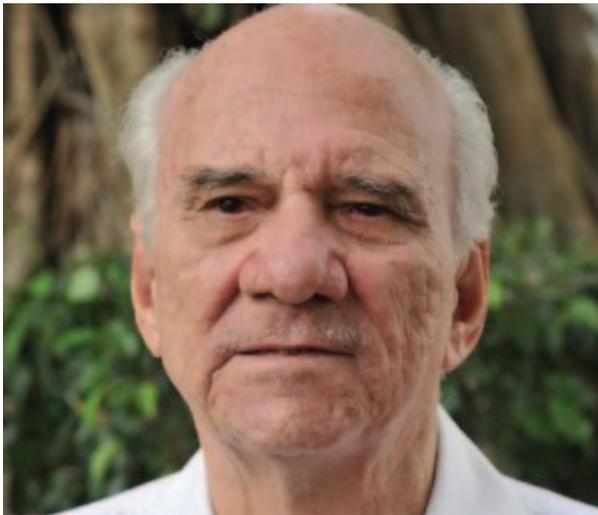
"It's hard to beat a person who never gives up..."

Babe Ruth

"Lluvia: f. Agua que cae de las nubes."

Diccionario de la Lengua Española

RAE



Pepe Curundú se acercó hacia la puerta del Estadio Olímpico J. D. Arosemena. Llevaba su manilla de jugar al beisbol que el Club Deportivo Zorrillo Blanco le había regalado para estimular su afición por el famoso juego de las bolas y las bases. Andaba muy orgulloso. En aquellos días de 1946, el estadio no tenía mallas en la sección de sombra. Algunas veces el bateador de turno rozaba la pelota y ésta llegaba al techo y rodaba sobre el zinc hasta caer hacia la calle. Pepe Curundú apañaba la pelota e iba hacia la puerta de la tribuna de sol y al entregar la pelota podía entrar a presenciar el partido.

A veces, por deferencia de Pepe, al apañar el "foul", le entregaba la pelota a algún joven de su pandilla para que pudiera devolverla y acceder a la tribuna a presenciar el juego. Hubo ocasiones en las cuales, la velocidad del lanzador hacía que los bateadores produjeran muchos *fouls* y Pepe, con su manilla fina de cuero amarillo, los iba apañando y dándole las pelotas a varios de sus compañeros de pandilla deportiva.

En aquellas fechas, Pipe Marañón ya había sido incluido en el Club Mateo Iturralde, compuesto por jóvenes de las calles 18, 19, 20 y 22 Central. Ellos decidieron, en casa del pugilista Semprún, impulsar el equipo de beisbol, que fuera glorioso tiempo atrás. Con la tela fuerte de un viejo catre confeccionaron sus manillas caseras de lona. Con papel de Manila, tiras de cartón e hilos fabricaron pelotas de jugar al beisbol y, finalmente, Pipe Marañón consiguió una pata de una mesa abandonada detrás de un hotel de la Plaza 5 de mayo, y después de lijlarla, la pintó de color chocolate.

Pipe Marañón sufría porque los batazos de sus compañeros desfleaban las bolas rústicas fabricadas en sus ratos de sábados. Cuando ocurría, había que empezar otra vez a construir una.

Un día el padrastro de Pipe le pidió que lo acompañara a la avenida Frangipani a recoger unos muebles para la familia Cordell, la cual vivía en calle 20, muy cerca de la de ellos. Terminaban de acomodar los muebles en el camioncito, cuando Pipe vio a Pepe esperando con su guante una pelota que caía del techo. Se le iluminó el rostro y el corazón le brincó, en su pecho. El sábado siguiente, en el Parquecito del Ferrocarril, Pipe y sus compañeros jugaron en horas de la mañana. Como siempre ocurría en algún momento del juego, la bola se deshizo. Esta vez fue cuando "el *Faticín Mahoney*" le dio un jonrón al *Pitcher* "Maní" Rosero. Cabizbajos se fueron a sus casas. Excepto Pipe,

quien recordó la escena de Pepe y la bola del techo, y partió con su manilla al estadio.

Llega acompañado de Tito “Machi”. Se instalan frente a la tribuna de sombra para apañar algún *foul*. Pepe está cerca de ellos. El partido es entre los equipos General Electric y la Policía Nacional, donde la estrella es el famoso lanzador “*Alambre*” Alonso, conocido por sus lanzamientos veloces y curvos. Pepe mira mal a Pipe. Suena un batazo limpio, musical, como si un trozo de ébano chocara una canica de piedra. En un instante, un golpe en la hoja de zinc indica que el *foul* llegó al techo. Pipe corre más rápido que Pepe y su pandilla. Apaña la bola. Sigue corriendo hacia el parquecito.

Pepe y su pandilla van tras él y no se da cuenta. Son las cinco de la tarde. Pipe y sus amigos comienzan a jugar con la bola del estadio. Es linda. Suena sólida cuando es bateada. Los niños sudorosos gritan. El partido empatado. Brincan y corren en medio de un juego emocionante. Agazapados, Pepe y su pandilla esperan un momento oportuno. Ellos no lo saben, pero Pepe no se irá sin la nueva bola. Pepe ve a los suyos. Les da una señal. Corre adonde el pitcher. Se la arrebató bruscamente. El resto lo protege. Hay protestas. Empujones. Pero Pepe es más grande y fuerte. También sus compinches. Los niños del Mateo Iturralde permanecen impotentes. Pepe y su pandilla se marchan airosos, burlones, en dirección del estadio.

Pipe baja la cabeza. Gime sin lágrimas. Son las cinco y media de la tarde. Todos están tirados en la grama. Tristes, decepcionados. Podrían permanecer desanimados por siempre. Pero, un aire de lluvias sopla espabilándolos un poco. ¡Miren! Los jugadores del parquecito ven caer una bola de beisbol. Una nueva. Todos corren a tomarla. El cielo sigue oscuro. Cae una segunda. Se asombran del milagro. Se ríen. No entienden quién las lanza. El estadio queda lejos. Una

tercera. Otra. Y otra más. Miran al cielo oscuro que empieza a dejar caer gruesas gotas de lluvia con pelotas de beisbol. Van colectándolas como quien recoge manzanas blancas. Empapados de alegría brincan con las pelotas en sus manos. Hay abrazos. Hay risas entre los pequeñines. No entienden lo ocurrido, pero saben que ese instante no lo olvidarán nunca, porque esa fue la tarde en que llovieron bolas de beisbol en Panamá.

ÁLVARO MENÉNDEZ FRANCO. *Nació en la Ciudad de Panamá el 23 de abril de 1932. Obras: Portal (poesía; 1951); La marcha de los descalzos (cuento; 1956; dos ediciones); Cuentos y anticuentos (1974); La nueva voz de los antiguos ríos (poesía; 1975). La semilla sonora (cuento infantil, 1980); Ramas de la ramazón (poesía; 1976); Semblanza de Victoriano Lorenzo (ensayo; 1976), Una mola para Chile (1976), Holocausto de fuego (poemas; 1976); Cántico de fuego (poemas; 1985); Incandescencia del león (poema; 1986); Quetzales en el tiempo (poesía; 1985) Cántico de alabanza torrijista (poesía; 1986) Esta es mi casa (ensayo; 1982); Avión hacia la aurora (poesía; 1976); Los perros sedientos de Punta Lamas (cuento; 1998); La contienda del tiempo (poesía; 2003), Rezongos de Adán (poesía; 2004).*



AURELINA

(1785-1786)

Julio Escoto
(hondureño)

Cuando Aurelina abrió los ojos, al iniciarse la primera noche del secuestro, se le encendieron en lágrimas las delgadas pupilas de su mirada adolescente: en el tabanco de la choza misquita de cañabrava colgaban unas oscuras y fungosas mazorcas de maíz, sembradas allí al reverso del péndulo de la gravedad para conjurar el enmohecimiento, almacenadas así entre la costrosa humareda de los leños encendidos y los tizones de brea picante como si fueran unos dormidos y aletargados murciélagos vegetales, expuestos a la ceniza y el momento del hambre.

Atrás de las paredes de esteras trenzadas restallaban los sofocos y los alaridos de los jóvenes guerreros misquitos que celebraban bajo el claror de la luna temprana los gozos del saqueo, olvidados de otra realidad que no fuera el recuerdo de las batallas, la victoria y los desmanes de la virilidad: Aurelina absorbió agónicamente el humo del incendio de los pinos ceremoniales en la luz costrosa del atardecer y se detuvo enredada en la oscuridad para escuchar el retumbo imparable de aquellos infinitos tambores que nunca se agotaban, que no desfallecían bajo el palilleo desaforado de las mujeres, el bailoteo gangoso de los ancianos y la triste y cenicienta admiración castrada de las muchachas misquitas. Granagua, la blanca y bulliciosa ciudad sobre el Lago de Nicaragua acababa de caer conquistada por vez inicial; ahora sólo los caciques misquitos tenían el poder para escribir en el calendario cuándo sería la próxima vez.

Acurrucada sobre sus espesos trapos de infanta española, Aurelina presintió entre el caldo vaporoso de los hachones de ocote el humo

de la carne asada revuelto con el olor ácido de la marisquera podrida del mar; en el pegajoso empalme de la caída de la tarde con la noche revoloteaba confuso un manotazo de mariposas de alas blancas, las que se apegostaban sobre los leños encendidos en el centro de la choza, disparándose luego en un furioso chisporroteo que las desvanecía en una pelusa cristalina sobre el polvo reseco de la habitación.

Asombrada por el poder disolutorio del fuego, del que recordaba su blancor en la mansión de Granagua, respiró incómoda el vaho de su propio y desacostumbrado sudor a cal y contempló en la claridad semilunar y vespertina los cuatro horcones embreados sobre los que descansaba la mohosa techumbre de paja, el corto altillo del tabanco empozado de tuzas de maíz, los varejones de cañabrava y las esteras agitadas por un viento salobre; más abajo estaba el mortero de piedra dispuesto para machacar los pejibayes y las nueces de coco, y más allá aún la honda, solitaria tarima de cuero recubierta con una larga y perforada piel de venado sobre la que brincaban ostensiblemente las pulgas y dormitaban los jejenes. Congestionada por el grosor del aire, Aurelina respiró desconsoladamente, se volvió sobre el suelo de tierra y comenzó a rezar.

Iniciaba la invocación al Padre Nuestro cuando una pelota helada, redonda como una burbuja de cristal le husmeó sus pequeñas tetitas de adolescente y le esculcó las venas del cuello, hinchadas por las bilis del miedo. Se incorporó sorprendida en el desamparo de aquella viscosa y distendida oscuridad que se pegaba a las cosas, que lamía los objetos con una ingobernable voluntad de acomodo y predijo sorpresivamente, aun antes de verla, la presencia del perro. En la entreluz de la tarde, cruzada por una red de silbidos alargados y putadas de guerreros palpó fugazmente el largor de las orejas desgonzadas y aplastadas, la inconfundible saliva de carroña

digerida, el vaho de aliento fétido y aquella hurgosa nariz congestionada de frío que le interrogaba sin recato sus más púberes olores con un mórbido apetito de necesidad, y dio un zapatazo violento que lanzó al aire el pequeño calzado de cuero nicaragüense al tiempo que gritaba, escupía, malidecía y estornudaba envuelta en una súbita aprensión de pavor y alucinación. Con dos colmillos el can atenzó la zapatilla en el aire y huyó por la abertura de esteras de la choza moviendo el rabo, azotando con sus patas y sus orejas gachas la espesa manta de humo que flotaba en el aire de la habitación y que irritaba a los zancudos y confortaba a las niguas y los tábanos.

“No es más que un perro” susurró tras Aurelina una voz agrietada por un fuerte acento de temblor.

Aurelina apartó el botón del vestido con que contabilizaba el primer Padre Nuestro y tornó el rostro hacia el interior del pequeño salón de tierra, ligeramente iluminado por el resplandor rojizo de las brasas: en la penumbra adivinó la masa informe de dos, de tres bultos blancos que no supo si se agitaban por el viento opaco que atravesaba los varejones de las paredes o por la misma maledicencia de pensamientos trágicos que a ella la asaltaba.

“Ya sé que es un perro” respondió en el vacío crepuscular. Un largo silencio se desmadejó mansamente entre el grueso espiral de humo y el tabanco; del otro lado de la pared llegaron tres gritos horizontales. Aurelina pensó que dentro de aquel infinito caldero de alaridos nunca conseguiría hacerse escuchar.

“Soy Ana” explicó la otra persona viéndole los ojos desmesuradamente abiertos en la semioscuridad “la mayor de las lavanderas de la casa... No tenga miedo” aconsejó.

“Yo nunca tengo miedo” aseveró tres veces Aurelina.

“Es que... nos van a violar” predijo tímidamente Ana. Los otros dos bultos blancos se encogieron sensiblemente sobre sí mismos, como en un vano esfuerzo por desaparecer.

“Esas cosas no me gustan” repuso Aurelina. Pero luego de un rato de silencio: “¿Qué es eso?”

Ana comprendió, inmersa en la saliva seca de su propia consternación, que nunca alcanzaría a cruzar el hondo precipicio de significados que se abría entre sus palabras y la pequeña ama de la casa, desde ayer secuestrada y acorralada como ella en esta nauseabunda habitación pululada de pulgas, olorosa a barro y plátano, tras el asalto que los mosquitos habían lanzado sobre Granagua durante el temblor temprano del amanecer. Asustada por su prolongado olvido de las ingenuidades de la virginidad consideró más oportuno ejercitar con la inquietud de Aurelina la vocación particular de las mujeres para hacerse las tontas y corrigió su aseveración.

“Es que nos van a comer” susurró simultáneamente hormigueada por el horror de su espontánea presunción: “¡los indios nos van a cocinar y nos van a comer!”

Pero al contrario de lo que buscaba, hacer que el ama se aproximara a ella y compartiera las mismas hostias de miedo en aquella comunión forzada de ansiedad a que las habían sometido, Aurelina se alzó sobre el lecho de tierra y comenzó a desnudarse violentamente:

“Si alguien puede digerir estas mis carnes con el olor a gato que tengo” arrancó sus ropas y telas sudorosas “hediondas a tacuacín y a pato muerto” hizo un gesto de asco, escupió sobre el polvo “a zorrillo, a pescado amanecido” lanzó el vestido a lo lejos murmurando, refunfuñando “como de

peste y de caballo mostrenco, buen provecho que le haga a tan mal cristiano” y emergió medio desnuda, apenas cubierta veladamente por el delgado refajo de algodón que le ceñía el contorno de los huesos de la cadera, el frágil maderamen de las costillas y los botoncitos, sugeridas apariencias de protuberancia, que comenzaban a brotarle en la blanca mate del pecho almidonado y casto, aún sin derecho al pudor.

Las mujeres saltaron impulsadas por un instintivo sentimiento materno y corrieron a arroparla calzándole los fustanes y la saya, ajustándole los broches del aguado refajo como si prepararan un ave para los ritos de la momificación, alzando las medias de punto sobre unas breves y angustiosas canillas para las que les sobraba trapo y les abundaba la voluntad, murmurando y disimulando la vista, apartando de las narices aquel rijoso hedor a conejo que les empalagaba el paladar, persignándose cuando les alcanzaba una mano para el signo de la cruz hasta que Aurelina despegó otra vez los ojos y se descubrió envuelta por un parpadeo de brazos y cabelleras y les reclamó con ira contenida, como si le costara nadar contra los límites de su propio resentimiento, que le dejaran el derecho de vestirse o desvestirse en la paz de su propia y manoseada pudicia de mujer.

“Si nos van a cocinar los indios” pujó sofocando el escapulario “va a ser sólo después de confesadas en la fe del Señor” y se arrodilló entre el asombro rejuvenecido de las mujeres y el chisporroteo sigiloso del carbón como si se despidiera, como si rezarle a los anuncios de la muerte le requiriera el mismo esfuerzo que murmurar las primeras notas de una canción sevillana o sonreír. Ante la mención de dios Ana se sacudió como azotada por el relámpago de una fogosa fuerza de voluntad que le arrebató la debilidad y le disipó el miedo. Tras el cancel de esteras trepidaban las gargantas de los tambores, silbaban las lechuzas, se refocilaba

una presencia cercana al mar cuyo aliento agitaba desvanecidamente las tusas del maíz.

Por un largo tiempo se hundieron las cuatro en sus faldas y en sus rezos, arrodilladas sobre el barro seco en un concentrado vértigo de oraciones que les agotó las fuentes de la saliva y del miedo. Alzadas en el arrobamiento místico vagaban y transitaban sus mentes de la invocación a los patronos santos de Granagua hasta la intempestiva y matutina presencia de los misquitos en el embarcadero de la ciudad, y repetían una y otra vez en la memoria el recuerdo insistente del castañeteo de las campanas al amanecer, las humaredas del estampido de las armas y el sofoco de la persecución a que se lanzaban aquellos pequeños guerreros de pómulos carnosos y umbrosa mirada de hambre que se desplazaban entre las viviendas desde el lago a la plaza, de la playa a la gobernatura, disparando con súbito silencio las cerbatanas de palo y sus largas flechas de cera y pejibaye rematadas con chuzos de arpón, con las que partían carnes acá, torcían vidas allá, dejaban en el rumor asombrado de la sangre un escupitajo de camotillo, veneno vegetal que consolidaba el frío y marchitaba los cristales de la luz.

Ana regresaba del pozo, en el corazón del traspatio de la casa, cuando escuchó las primeras descargas en una calle lateral poblada de sensuales buganvillas en flor y vio cruzar a saltos de gato a los soldados de la guarnición, pálidos entre la luz cerosa del alba y el canto empantanado de los gallos y los alcaravanes. Asomada sobre el tapial de adobe divisó en la lejanía del puerto la flota misquita de canoas aplanadas sobre el agua espumosa del lago, y aún más atrás las velas mustias del navío inglés abanderado y tachonado con unas inmensas bocazas negras a los costados, de las que esporádicamente brotaban unos ahogados vómitos de fuego que sacudían el aire de la mañana y congelaban, sin dejarlos entibiar, el aliento y la voz.

Arriba de Granagua sobrevolaba un sordo y quebrantado tremor de gritos de batalla, relinchos, ronquidos y órdenes de mando en extrañas lenguas cortas que se encajonaban en los callejones y rebotaban encima de los patios, en las alcobas, las palmeras y los blancos arcos del cementerio. Más tarde comenzó a emerger un arrugado bosque de columnas de humo junto al muelle y tras las viejas casonas y las bodegas de los comerciantes y los mercaderes marinos, y luego más acá, hacia el contorno encendido de la plaza el aire se pobló de pequeñas margaritas de carbón que navegaban la derrota calcinada del viento y que blanqueaban los techos de barro con una pelusilla blanda de ceniza marchita y vegetal. “¡Granagua estaba vencida!”, sollozó Ana, “Granagua se había perdido!”, y apretó angustiosamente los ojos para no llorar.

A la media mañana comenzaron a desfilar por la vía real, con su seco chirrido intermitente, los carretones de mano en que los artesanos y los alfareros cargaban sus ollas y sus comales de barro, sus largas y trenzadas hamacas de cabuya, perros, gallinas y enjaulados pájaros de colores. Azadas, machetes, peroles, santos y vírgenes de palo pasaban bamboleando sus vestiduras de filigrana dorada sobre el penoso equilibrio del empedrado. Los rostros de los hombres amagaban miradas huidizas y redondas y la mañana se cubrió con una metálica atarraya de relinchos; las mujeres comenzaron a azotar vengativamente las ancas de los jumentos lerdos y remolones, urgiéndolos a seguir la procesión en fuga: Ana no quiso espiar qué era lo que los amos traían a enterrar en el humus fangoso del patio, seguidos a corta distancia por los ladinos de barra y pala en mano, ni intentó descubrir el peso cuadrado que obligaba a los criados a hundir los hombros, congeniar el sofoco, agarrotárseles las manos en un secreto y premioso rictus de dolor.

El tercer grito a sus espaldas la despertó, sobresaltada por su propia fragilidad de mujer, y

retornó al interior de la casa, desordenada ahora, ofuscado su conventual sigilo familiar por las voces que urgían y ordenaban, que puteaban y rezaban al mismo tiempo en aquel alucinado y colectivo estertor de fin del mundo.

Frente al portal de limonarios y enredaderas los mozos ajustaban cinchas y herrajes, calzaban frenos y cabestros, acumulaban albardas y monturas en un precario ejercicio de pulso mientras los sirvientes atisbaban garrote en mano el paso derrengado de la población de Granagua rumbo a las montañas del interior y oteaban la proximidad de las huestes de bucaneros y misquitos, cuyo picante olor a sal y cazabe cabalgaba pegado al sudor del gelatinoso miedo que infestaba el aire y anticipaba los peligros venidos del mar.

En el centro de la vía las mujeres gritaban arrefajándose las tiras de los corpiños y los fustanes con un nudo ciego que no pudiera descifrar el hambre carnal de los indios y los ingleses; los hombres avanzaban de espaldas, la vista perdida en el intenso hervidero de plata con que brillaba el aire sobre el lago sombreado de humo y resolana; los niños clamaban, los ancianos ensayaban lentos tropezones sobre la calle ardiente arrimándose a las paredes de adobe y a los horcones de guayacán. Allá abajo Granagua se iba entregando a poquitos, como en el clímax de un prolongado forcejeo nupcial.

Al final de la mañana y mientras los amos se acomodaban de prisa en la carroza de estribos bronceados y guarniciones con salvabarros de hierro, carruaje al que protegía una asustada tropa de jinetes arbolados con clavos, manoplas y puñales, pasaron arrastrando sus sombras anchurosas las monjas, los curas y el abate, sofocados ellos entre el primer sudor cristalino de las cabalgaduras; coloradas y penosas ellas sobre el costado siniestro de unos asnos morosos y pardos, reclinado el señor Obispo —ya sin

joyas ni su bajel de velos ni crucifijos— en un entarimado palanquín de ocho manos que los acólitos se acunaban de hombro en hombro oscilando entre las tentaciones de la fuga y el decoro. Rumbo al embarcadero comenzaron a menguar los disparos y escasearon los retumbos de cañón, cada vez más apagados por la intensa gritería de victoria, insulto y risotadas que espumaba desde el lago y que se confundía con el tintinear de las cacerolas, los botes y cacharros, el chirrido blanco de los ejes, el ayay de aquel éxodo sediento y espantado que tropezaba derrumbando todo, partiendo a pedazos cada pequeño espacio de libertad, aplastando en su huída precipitada los obstáculos de la calzada, del parentesco, de la caridad. Ana se persignó tres veces viendo escapar a los amos y luego echó a correr desvalijada de cualquier propiedad que no fueran un perro y las sospechas de los límites del terror, tratando de sumarse al infinito cordón de penitentes que invadía todo y que no cesaba de masticar rezos apresurados, promesas impagables y reclamos a dios ante la súbita e invencible omnipotencia con que había fortalecido a los misquitos.

Luego Ana entró en el bamboleo pegajoso de aquella marea de brazos y lamentos, de crujidos y blasfemias como en un tormentoso río de dolor: empujada y tropezando alcanzó la retaguardia de los criados indios cargados con las pertenencias de los amos, cuyos armarios, camastros, baúles, escritorios y relojes se alzaban al hombro de los sirvientes encima de la multitud, y alcanzó pronto a los arrieros, que azuzaban el casco lento del ganado sobre la fauna azorada de perros y cabras, de gatos, chompipes y cerdos de cansado jadeo, de pata fina y saliva espesa, que mordisqueaban los pies, gruñían, balaban, ladraban y aullaban al mismo tiempo con un infortunado compás. Los oídos de la muchedumbre escuchaban rumores que iban expandiéndose de boca en boca con fluidez y que se empozaban de golpe en las

cavernas del corazón: “¡La catedral ha sido saqueada!”, “¡está incendiado el puerto!”, “los misquitos están sitiando Managua y León!”, “¡naves inglesas, urcas inglesas, tropas inglesas, bucaneros ingleses, un Gobernador inglés!”

Ana se detuvo, manoseada por el polvo, los ruidos y el calor y vio con asombro la celeridad con que los comerciantes arribaban para instalar sus carpas de carretones al paso de la multitud y comenzaban a mercar joyas, lozas, huipiles y objetos de valor. Junto a ellos, bajo unas anchurosas sombrillas de sol, las negras libertas vendían viandas de pinol y tiste, horchatas, unas amarillas trenzas de quesos o marquesotes de pan. “¡No! ¡Eso no!”, se avergonzó Ana refrenando por segunda vez el pensamiento que desde la mañana le sembraba una pasión inestable: “¿cómo serían los ingleses? Esa crueldad que los precedía en fama, ¿sería verdad? Todos, todos, ¿estarían casados todos?”, y se volvió a sumergir, a perderse en la ebullición ruidosa de aquella serpiente humana que devoraba personas, que arrastraba con más fuerza que las tentaciones de la imaginación.

“El Señor nos guardará de los infieles” oró Aurelina “bendito sea el que viene en el nombre del Señor”.

Ana sonrió forzosamente a los ojos ciegos de las otras mujeres, asintió ante Aurelina y chasqueó los labios como si nunca hubiera dejado de rezar.

“Te está perdiendo la falta de fe” le reprochó Aurelina alzando la voz sobre el repiqueteo de los tambores del exterior.

“Me van a perder la carne y la falta de moderación” pensó Ana sin atreverse a replicar. Pero entonces se alzó la estera sobre la puerta de la choza, salió precipitadamente el humo y

se cuajó de sombras la tenue luz que alimentaba la habitación.

Ana sintió que se le fugaban las fuerzas y que el ánima balbucía adiós; las otras dos mujeres cayeron desvanecidas sobre sus ropas blancas almidonadas de sal de mar. Aurelina abrió la boca, incapaz de contener voluntariamente el viento huracanado de su propia respiración y entrecerró nerviosamente los ojos levantando el escapulario.

Entonces afuera callaron los tambores, se aquietó el ritmo afiebrado de los palillos de madera y una gran mancha de silencio cayó sobre la redondez alborotada de la celebración misquita.

Cuando alzó nuevamente los párpados lo primero que vio Aurelina fueron las piernas entreabiertas, como un mudo compás de carne, que Ana exhibía desvergonzadamente ante el grupo de guerreros misquitos que había invadido la choza con un apretado aliento de mariscos y explosivos eructos de ron: sobre la plataforma de tierra seca brillaban los muslos cetrinos de la muchacha, alumbrados con el colorado tizne de fuego de las chispas de los tizones, los que no lograban ocultar sin embargo el frenético y pegajoso bailoteo de temblor que le agitaba el cuerpo y que la recorría de arriba abajo cada vez que exhalaba unos profundos suspiros de horror. Los misquitos observaban calladamente yendo y viniendo desde las fruiciones del gozo a la desconfianza.

Ana gemía, los ojos fuertemente apretados bajo el vuelo de manta que le ocultaba el rostro, descuadrada allí sobre el suelo impregnado de humo, mostrando al aire y a la tentación volátil de los varones la pequeña comba plumosa del sexo, sus piernas ligeramente arqueadas por el temor, las caderas, la cintura, el breve botón del ombligo apenas cubierto por un ligero refajo de

algodón que la tapaba y a la vez la descubría. La habitación se inundó de pequeños y acalorados silbidos.

Lo que Aurelina no podía entender era el silencio mortal con que los hombres contemplaban la figura desnuda y mestiza de Ana: esas pupilas chiquitas que brillaban fosfóricamente en la oscuridad y aquellas pestañas aletargadas, los pequeños ojos humedecidos de los misquitos, fijos con la misma mirada lánguida con que soñaban despiertos los conejos y fallecían los alcaravanes en los crepúsculos de los Jueves Santos. No podía comprender que los hombres cayeran tan profundamente en el abismo de aquel místico reposo que les escarchaba la respiración a la vista de lo más feo y vergonzoso de la mujer.

“¡Ana!”, reclamó ella imbuida con el fuego de una cólera santa ante el desplante de aquella obscena exhibición. “¡Insensata, pecadora! ¡Ana desgobernada, infiel y alcahueta!”, gritó con un alarido que arrancó a los misquitos del sopor de la contemplación y que hizo a las otras dos mujeres revolcarse de miedo y comenzar a llorar.

Pero Ana continuó allí, expuesta la flor de su más instintiva sabiduría a la vista huraña y macilenta de los guerreros misquitos embadurnados de carbón, hasta que el más viejo de ellos olfateó ralmente entre el aire de sus escasas barbas blancas, arrugó el ceño, barajó dos, tres palabras arrugadas. Los otros hombres retrocedieron aterrorizados y apartaron los ojos de la mórbida atracción del sexo expuesto como si asechara a sus espaldas el tigre o los rondara la presencia de una maldición.

Pero uno de los guerreros, cubierto hasta los hombros con un largo mantón que le tapaba las cicatrices de guerra, se adelantó a los pies de Ana y sin ocultar un ahogado gesto de repulsión bajó la mano y palpó superficialmente el sexo de la muchacha, apenas rozándola como si tentara un animal moribundo.

“¡Matsiksa!”, gesticuló con asco en misquito retirando precipitadamente el brazo y restregándose los dedos en el mantón.

“¡Culebra!”, repitieron los otros invocando un sortilegio para alejar de ellos la influencia malévola que despedía la entropierna de la mujer “¡Culebra!”. El guerrero escupió sobre el ombligo de Ana y la empujó rudamente con los pies desnudos, lanzándola contra la pared; Aurelina se colgó del frágil trapo del escapulario que apretaba sobre el pecho.

Entonces los misquitos se aproximaron a los otros dos bultos y les levantaron las faldas de golpe desatendiendo las protestas y los quejidos. El anciano canoso se inclinó sobre ellas y manoseó lenta y deliberadamente sus frutos íntimos como si comprobara al tacto la inequívoca presencia de sus pertenencias de mujer. Tras el manipuleo sonrió silenciosamente, con una beatitud maliciosa y ajada mientras los otros las arrastraban fuera de la carpa envueltas en una larga red de gritos y alaridos.

“¡Primero muerta!”, advirtió Aurelina cuando observó que los guerreros se aprestaban a ejercitar con ella la misma comprobación manual y se alzó sobre el humo de la choza como si emergiera armada con una espada de fuego. Los misquitos sonrieron groseramente al contemplar la frágil estructura de sus canillas de adolescente, su nariz airada y enrojecida, la flacura macilenta de los brazos con que alzaba el escapulario de trapo y la planicie todavía infértil del pecho, sobre la que asomaba sus puntas amarillas de sudor el refajo de algodón. El guerrero del largo manto susurró algo en un misquito gris y parco, con una ronca y profunda voz de pescador.

“¿Qué cosa?”, preguntó Aurelina tratando de penetrar en la fuente de la risa de los misquitos.

“Dice que nadie se come los palillos de escarbar los dientes...” explicó uno de ellos en perfecto español, traduciendo la burla encerrada en las carcajadas de sus compañeros. Aurelina sospechó, hundida en aquella oscura masa de pensamientos que la confundía, que antes de la muerte tendría que aprender a vivir entre la maledicencia satánica de la lengua de los hombres.

“¡Eso no!”, protestó enfurecida desamarrándose pegajosamente de la indignación “¡una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa! No soy ningún palillo de dientes para asesinos saltatapias y asaltacaminos como ustedes” y se le azularon los labios de cólera. Luego se le enarcaron las uñas hacia atrás, como si se aprestara a atacar, y zapateando, gesticulando, acerando la vista en la oscuridad gritó: “No soy hija de ningún conquién para que nadie me ningunee ni me estén cualquierando”. Desde su rincón de viscosidad humosa Ana la volvió a ver alarmada, sorprendida por la violencia desarmada con que Aurelina reclamaba su derecho a que la violaran. “Ustedes me devuelven a mis mujeres” la oyó amenazar “o llamó a mi papá”. Los hombres reconocieron de pronto que permanecían con la boca abierta.

“Los misquitos” respondió con un dulce acento el guerrero del mantón “no discutimos gritando como lo usan algunas...” tosió “damas españolas que estarían mejor para la guerra que para el cautiverio o para la paz”. Los otros sonrieron intestinamente.

“¡Yo estoy en guerra! ¡Estoy en guerra con sus tribus y sus razas y sus pueblos heréticos y paganos!”, replicó Aurelina aventándose hacia atrás del hombro el escapulario.

“Pero nosotros no” aclaró tranquilamente él “y sólo vamos a la guerra por necesidad o por hambre. El odio que les tenemos es abundante porque así lo provoca el rencor que nos guarda el español”.

“Mejor raza no la hubiera en la tierra” refunfunó Aurelina.

“Mejor raza somos todos” intervino despaciosamente el anciano de barba canosa, emergiendo de la profundidad del humo “si no fuera porque cada raza se considera la mejor”.

“¡Ay!”, se quejó Ana revolcándose en el suelo y apretándose el vientre.

“¡Katisiknis!”, exclamaron los otros. “Está impura” explicó el guerrero del mantón escupiéndole otra vez sobre Ana “elemental falta de cortesía dejarse capturar en ese estado” se burló, y haciendo una falsa genuflexión hacia Aurelina abandonó la choza.

“¡Ana! ¡Ana!”, se acercó Aurelina a ella abrazándola cuando salieron los hombres, buscándole las razones del dolor.

“No es nada” se apresuró a indicar la otra tras comprobar que la choza estaba vacía “sólo es una representación” aclaró “porque los misquitos huyen de la mujer cuando tiene la...” explicó reticentemente “cuando anda con la... la señorita sabe, ¿sabe?”, preguntó. Aurelina sonrió con una ligera e infantil claridad de sospecha.

“Yo estoy más que segura que no nos van a comer” sentenció Aurelina cada vez más cercada por la oscuridad de la noche insípida, amorfa en su voluminoso dominio negro.

“No sé” dudó Ana oyendo sonar fuera nuevamente los tambores.

“Soy capaz de luchar con ellos, de pelear a muerte si fuera necesario” afirmó ella aspirando un largo trago de aire y humo. Ana vio que se le ensanchaba la lápida del pecho con un estremecimiento de furor. “Los hemos vencido y asustado, somos poderosas, tú con tu pequeña

triquiñuela y tu malicia desvergonzada, yo con mi orgullo español, mi coraje y mi... No les tendremos miedo, ¿verdad, Ana?... ¡Ana! ¡Dí que no le tenemos miedo a nada y a nadie y que vamos a sobrevivir!”

Ana no tuvo tiempo de contestar. Una de las mazorcas de maíz se desprendió del tabanco y estalló en el suelo con un poderoso plof vegetal que desbarató el escaso silencio de la noche y agitó la respiración agónica de las brasas. Las dos mujeres gritaron al unísono y se abrazaron instintivamente asustadas, afiebradas de terror.



JULIO ESCOTO. San Pedro Sula, Honduras, el 28 de febrero de 1944. Graduado en Escuela Superior del Profesorado “Francisco Morazán” (Profesor de Educación Media), University of Florida (Bachelor of Arts con énfasis en Educación), Universidad de Costa Rica (Master en Literatura Hispanoamericana). Fue Director de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), en San José, Costa Rica. Ha ganado premios literarios locales y externos y ha sido conferencista invitado Unidos de América, Brasil, Chile, Venezuela, Colombia, entre otros. Libros de cuentos: **Los guerreros de Hieberas** (1967), **La**

balada en academias y universidades de Alemania, Israel, República Dominicana, Costa Rica, Estados del herido pájaro y otros cuentos (1969) y Abril antes del meiodía (1983). Novelas: El árbol de los pañuelos (1972), Días de ventisca, noches de huracán (1980), Bajo el almendro, junto al volcán (1988). Su novela "Rey del Albor. Madrugada" (1992) ha tenido varias ediciones y ha sido considerada con altos valores por la crítica internacional. Su obra novelística más reciente es "Magos Mayas Monjes Copán" (2009). También es ensayista. Y en 2012 reinició su Revista de Narrativa IMAGINACIÓN, que originalmente había divulgado en la década de 1990. En Septiembre de 2014 presentó la edición ampliada de su libro analítico "El Ojo Santo. La ideología en las religiones y la televisión". Reside en San Pedro Sula.



PREMIO "SAGITARIO EDICIONES" DE NOVELA CORTA (2016-2017)

Introducción:

Hasta la fecha, con el apoyo de algunos patrocinadores, se ha convocado y premiado en tres ocasiones este certamen anual: en 2013-2014 el ganador fue Allen Patiño, con "**Casa de David**"; en 2014-2015 Eduardo Soto fue el ganador, con "**El colmillo de los dioses**"; en 2015-2016 el premio fue para Carlos Fong, con "**Aviones dentro de la casa**".

La novedad en esta cuarta convocatoria es el hecho de que por primera vez, junto con dos escritores locales, el jurado calificador estará

integrado también por uno internacional, a fin de brindarle una mayor prestancia al Premio.

BASES (2016-2017)

Con el fin de estimular la creatividad literaria en Panamá, y en particular la escritura de novelas cortas de alta calidad, se convoca a los autores nacionales, y a los extranjeros residentes en el país durante los últimos tres años consecutivos, a la cuarta versión del **Premio Sagitario Ediciones de Novela Corta**, en los términos siguientes:

1. Este certamen se abre a partir de la presente convocatoria, y cierra el jueves 15 de junio de 2017 a las 4.00 p.m.

2. Se podrá participar con una novela corta, de tema libre, inédita en su totalidad (tanto en papel como en Internet), cuya extensión total sea de no menos de 80 ni más de 100 páginas a doble espacio, en letra Times New Roman de 12 puntos, escritas por una sola cara, en papel bond blanco tamaño 8 1/2" x 11", con márgenes de al menos 2.5 centímetros de cada lado. La obra llevará un Índice después de la página del [título]. Las páginas irán numeradas, desde la primera hasta la última.

3. El Premio Único consistirá en la suma de B/. 2,000.00, Diploma de Honor al Mérito y la publicación de una primera edición de 200 ejemplares de la obra galardonada. Al autor corresponderán 20 ejemplares de su libro, y podrá comprar más con el 20% de descuento sobre el precio de venta. La editorial tendrá la primera opción para un máximo de cinco reimpressiones una vez agotada la primera edición.

4. El autor u autora usará un seudónimo en la página del [título]. En un sobre cerrado (plico) pondrá una hoja con su nombre, breve currículum, dirección, teléfonos, correo electrónico, copia de su cédula o de la página principal del pasaporte o ficha vigente de residencia, así como una foto reciente de buena

resolución (300 pixeles). Por la parte de afuera del sobre se consignará el [tulo de la obra, el género literario y el seudónimo.

5. A más tardar el jueves 15 de junio de 2017, deben recibirse en el sitio designado tres copias de la obra, cada una protegida por un fólder con espiral, junto con el sobre cerrado (plica), todo puesto dentro de un solo sobre grande de manila con la siguiente leyenda:

**ENRIQUE JARAMILLO LEVI
PREMIO SAGITARIO EDICIONES DE
NOVELA CORTA
APARTADO 0815-00596
PANAMÁ, PANAMÁ**

Este sobre debe entregarse a tiempo directamente en la estafeta de correos que se indica, la cual está ubicada en el área de Calidonia: dentro de la pequeña Plaza América, que queda en la callecita donde está la empresa “Créditos Mundiales “ (cabe advertir que si se entrega en otra estafeta de la ciudad, tardará hasta dos semanas en llegar internamente a su destino, y por tanto podría no recibirse antes de la fecha tope, con lo cual quedaría descalificado).

6. El Jurado Calificador -un escritor por España y dos por Panamá- estará integrado por tres personas idóneas, cuya identidad se conocerá oportunamente, quienes darán su Fallo inapelable y razonado a mediados de agosto de 2017 en un acto cultural que formará parte de la Feria Internacional del Libro de Panamá.

7. Los autores premiados en versiones anteriores de este certamen, no podrán volver a participar.

8. La participación en este certamen literario implica la aceptación de la totalidad de sus Bases.

Panamá, 7 de diciembre de 2016



LUCES DE BENGALA

Ela Urriola

Artemio subió la cuesta y supo que era hora de recuperar fuerzas antes de que se le echara encima el fogaje del mediodía. Sacó del bolsillo el bulto envuelto con servilleta que la manteca de la tortilla había convertido en translúcida piel y entornando los ojos saboreó el más dulce de los bocados. La Tía Fina se la había guardado la noche anterior y seguramente al volver a casa ella estaría cerrando la fonda aguardándole con un envoltorio similar.

—Artemio, ¡para que no te me desmayes mañana!

El gesto solidario representaba la primera comida de la mañana, ya que en la madrugada sólo enjuagaba la garganta con un buche de café negro. La mujer lo vio crecer y desde que se quedó huérfano a los doce años le prodigó los mejores consejos:

—Artemio, trabaja para que puedas estudiar. Vender frituras no es la mejor parte de la vida, tú podrás llegar más lejos. Mírame a mí, voy a morir con olor a manteca -le decía con voz maternal aquella mujer a la que Dios no le había dado hijos.

El muchacho era recíproco con ese cariño y siendo fiel a sus recomendaciones nunca se apartó por el camino fácil, el sendero de las drogas y la delincuencia por el que se habían dispersado muchos de sus contemporáneos. Con gran esfuerzo la abuela le hizo terminar la primaria, pero ya en el primer ciclo Artemio tuvo que abandonar los estudios para ayudar a poner la paila. La abuela había caído enferma y se le entumecieron los pies, así que dejó de cocinar y de vender frutas en la parada. Luego no hubo dinero para comprarlas y el muchacho quedó recogiendo latas en la carretera.

El recorrido lo iniciaba en Loma Cová y luego llegaba hasta el Puente de las Américas; de regreso Artemio traía una bolsa en ambas manos y la noche sobre sus espaldas. Lloviera o quemara el sol, Artemio salía y regresaba a la misma hora, casi siempre con igual carga.

Vender latas se había convertido en su forma de vida. Las llevaba al local del flaco José y luego compraba las provisiones en la tienda del chino. La verdad es que apenas alcanzaba para lo básico y para comprarle las medicinas a la abuela. Gracias a la tortilla o los chicharrones que le guardaban para el almuerzo, dependiendo del movimiento de

la fonda, Artemio había conseguido empezar un pequeño ahorro. Guardaba veinticinco centavos cada día y esperaba en algún momento poder continuar sus estudios y seguir los consejos de la Tía Fina. Al anochecer, de vuelta a casa, la abuela lo veía entrar por la puerta y con los ojos humedecidos exclamaba:

—Ay, Artemio, esos brazos tuyos no son de hierro. ¡Hasta los tienes morados!

La anciana cerraba los ojos y no podía creer que ese joven de brazos quemados y sudoroso cuerpo correspondieran al niño que ella había visto crecer.

—Si Dios quiere mi nieto tendrá una vida.—Y soñaba, en el ocaso de sus días, con olvidar el dolor de sus piernas inertes y poder ver a su nieto, al pequeño Artemio, terminando sus estudios y con una vida mejor.

Artemio se comió la tortilla y como un resorte se agachó para recoger una lata de aluminio que en algún momento contuvo cerveza. Nunca había entendido cómo la gente era capaz de producir tanta basura y cómo esa basura quedaba esparcida a ambos lados de la carretera. No le metía mucha cabeza —de hecho, esa basura arrojada por la gente era la que le permitía comer—, pero aun así no le quedaba claro la razón por la cual los ocupantes de los automóviles lanzaban toda suerte de objetos, desde latas de cervezas hasta cosas inimaginables como ropa, bolsas con excremento, medicinas, colchones y lavadoras enteras. Muchas veces se había topado con las recolectoras de la unidad de aseo municipal y a pesar de que él traía las bolsas repletas, ellas a duras penas podían completar la faena: no bien habían terminado de recoger los desperdicios estos parecían multiplicarse por la carretera.

Artemio nunca había tirado un papel en el suelo. De niño, su maestra y la abuela le habían forjado muy bien los hábitos de higiene y limpieza, que de haber agua en su casa los hubiera aplicado en su totalidad. El agua llegaba una vez cada quince días en la pequeña caseta de zinc donde vivían Artemio y su abuela, de manera que a su retorno, con los brazos hinchados por la jornada, le tocaba ir caminando para llenar los baldes de agua, a un kilómetro de distancia, en el pozo que estaba contiguo a la iglesia. Los baldes que traían apenas alcanzaban para beber, salpicarse un poco el cuerpo, cocinar y limpiar.

El hombre hizo un ovillo con la servilleta vacía y la introdujo en el bolsillo del pantalón. Tenía que llegar a la entrada de Howard antes que el equipo de limpieza. No sólo la parada sino la entrada principal seguro se encontraban saturadas de latas de cerveza. Los lunes y los fines de semana los desperdicios aseguraban una cosecha mayor, pero independientemente del día siempre regresaba con las bolsas llenas.

Caminó unos pasos y llegando a la entrada se dio cuenta de que algo raro estaba pasando. Un movimiento de uniformados, entre linceos y policías de tránsito se aglomeraban a la salida de Howard, en dirección a Panamá Pacífico. Las personas que transitaban habían quedado detenidas en una especie de retén de peatones y autos. Artemio avanzó tratando de restar importancia a la situación.

—¡No puede pasar! Nadie puede pasar hasta que no se dé la orden —gritó a viva voz un policía.

El grupo de gente murmuraba y una señora de cuello grueso y amplias caderas espetó:

—Yo voy pa' la parada, ¡déjenos coger el bus!

—¡Nadie puede pasar! Los buses tampoco estarán pasando hasta que nos den la orden... Cálmense todos. Tienen que esperar —repitió el hombre, poniendo la mano sobre el cinturón que aseguraba un arma.

—¿Pero, qué carajo pasa? —dijo la señora con su voz de trueno. A este punto parecía haberse convertido en la vocera del grupo que permanecía silente y medio adormecido por el cansancio y la confusión.

—Yo no estoy esperando el bus —dijo Artemio—. Necesito llegar hasta Loma Cová caminando.

—Déjalo pasar— dijo otro uniformado, al parecer de mayor rango—. Siempre está por la carretera, lo veo todos los días cuando va con las bolsas llenas. El man se busca el pan honradamente y nos limpia el panorama que dejan los cochinos.

—¿Y nosotros qué? Todo es culpa de la bendita “Cumbre” y los políticos —dijo todavía la señora, cuya voz quedó rezagada entre otros reclamos y unas tímidas reacciones que Artemio ya no logró percibir. Aceleró el paso antes de que los que tenían el mando cambiaran de opinión y dejó atrás los murmullos de la gente.

Artemio recordó que en el puesto de Tía Fina habían dejado un periódico a medio leer. En la portada leyó algo sobre una «Cumbre». Lo describían como un evento importante que se celebraba en la ciudad y al cual asistirían presidentes de varios países. Era jueves y los presidentes empezarían a llegar esa mañana.

Cuando Artemio llegó a su casa la abuela tenía fiebre. Sacó una bolsita con las provisiones y puso a hervir el agua. Mientras pelaba unos ajos y picaba el culantro, se quedó pensando

en la Cumbre: «¿Qué hablarían los políticos? ¿Realmente les interesaría solucionar los problemas o solo vendrían a pasear?». En la fonda de Tía Fina todos despotricaban contra el evento, hasta llegaron a asegurar que los políticos siempre están pensando en la rebusca, vinieran de donde vinieran. La verdad era que, aparte de los «piedreros» y los «maleantes», los políticos eran los que tenían la peor reputación. Él no era un «piedrero», hasta había tenido que hacer innumerables esfuerzos para explicárselo a desconocidos por la calle, mientras arrastraba sus bolsas: «Mira, mamá, ¡un “piedrero”!» gritaba un niño con cara de pánico mientras sacudía el vestido de una joven mujer para llamar su atención. Algunas veces Artemio se acercaba, saludaba con un Buenos días y luego trataba de explicar que era un recolector de latas, que nunca había probado las drogas y que se ganaba la vida vendiendo lo que la gente tiraba en la carretera. Pero la mayor parte de las veces su ropa no ayudaba mucho, y sin saber exactamente si era la tela rasgada o la piel de las piernas y antebrazos chamuscadas por el sol lo que les perturbaba la vista, había decidido cesar en su intento de dar una explicación, de justificar su vida.

«Los políticos no justifican las cosas que hacen. Roban y ya, los muy sinvergüenzas... Tú no tienes nada que explicar, hijo mío, eres un hombre honesto», había escuchado decir una vez a su abuela.

Los pensamientos de Artemio se vieron interrumpidos por una ráfaga de luces. Rojas, verdes, azules y blancas, hermosas luces de bengala se desplazaban por el cielo, en dirección a la bahía.

—Los políticos están celebrando. Es por la Cumbre —confirmó la anciana. Ella estaba más enterada que Artemio pues su única distracción consistía en arropar con la mejilla una pequeña

radio de pilas que él había encontrado en un matorral.

—Abuela, te voy a llevar la sopa.

Por las mejillas de la abuela tatuadas de arrugas y tiempos mejores apareció surcando una lágrima furtiva y sobre su huella acuosa Artemio pudo vislumbrar el reflejo de las luces de bengala que coloreaban esa noche la ciudad.

* * *

—Artemio ¡aquí está la tortilla! Y hoy te tengo un pedazo de chicharrón.

Artemio se acercó a la fonda con las bolsas vacías. Acababa de beber el café y empezaba —al igual que la Tía Fina— la faena. Admiraba a esa mujer que no dormía. Cuando la noche caía ella todavía estaba andando con las cacerolas y arreglando los enseres, dejando todo en su lugar; a las cinco de la mañana ya estaba en su puesto amasando las tortillas o pelando los plátanos para ofrecerlos a los primeros clientes, a quienes la combinación de patacones y tasajo los atraía como moscas. El olor de chicharrones se adueñaba del ambiente y Artemio sintió que salivaba con sólo pensar en lo que comería al mediodía.

—Y aquí está tu botella de agua, bien fría.

—Gracias, Tía Fina. —Artemio agradecía más que todo eso, el agua fría, ya que en su casa no había agua, mucho menos electricidad, de tal manera que cuando el sol empezaba a calentar, esa botella con agua —aunque estuviera ya medio tibia— valía más que todo el oro del mundo, especialmente cuando las bolsas se llenaban y las manos se le adormecían por la acumulación de la carga.

—Aquí le dejo estas cinco naranjas para que se haga una chicha. —Las había cogido del árbol junto a la iglesia, cuando había ido a

aprovisionarse de agua del pozo, y se sintió feliz de ser recíproco con la mujer que le duplicaba las fuerzas cuando la jornada iniciaba.

—Algún día le pagaré lo que hace por mí, Tía Fina.

La mujer sonrió, mientras que con movimientos ágiles se ocupaba de saciar el hambre de los comensales que ya habían formado una fila frente al fogón.

* * *

Mirando siempre hacia el suelo, Artemio sorteaba toda clase de objetos y el brillo del aluminio le impulsaba hacia su objetivo con un movimiento certero. No se trataba del peso sino del volumen de las bolsas, pues la incomodidad radicaba en tener que estar flexionando los dedos al tiempo que sostenía los sacos de henequén, para evitar que se le resbalaran de las manos sudorosas mientras recogía las latas. De pronto una cantidad de vidrios a un costado de la carretera llamó su atención, y más allá unos pedazos de piezas de auto.

«Aquí hubo un accidente» dijo Artemio, ya acostumbrado a verlos por su área de trabajo. Sucesos donde escombros de automóviles y seres humanos quedaban esparcidos junto a la basura eran habituales en una carretera a la que los conductores le habían perdido el respeto. Artemio ya no se asombraba ante algunas cosas. A veces creía que el hecho de ser testigo de la proclividad de los ciudadanos a tirar la basura y su indiferencia ante la muerte le había encallecido la sensibilidad.

«La gente muere sin haber vivido», dijo en voz alta mientras repasaba en su mente los accidentes más impactantes que había presenciado: las víctimas habían sido personas jóvenes o de mediana edad. Nunca condujo un

auto pero estaba seguro de que la mayoría de las veces el accidente no lo había ocasionado un desperfecto en la máquina sino la negligencia o los efectos del alcohol. A pocos pasos de las piezas una lata de cerveza nacional brillaba con la intensidad de una luz de bengala. Se inclinó a recogerla y justo al lado divisó una billetera.

«Esto seguro pertenece al conductor». El joven pudo comprobar la existencia de dinero sin abrir la cartera.

El sol reproducía centellas sobre el aluminio y su hiriente resplandor debilitaba sus pupilas y las hacía lagrimear. En el horizonte, donde la carretera y el hombro de tierra se hacían uno, era frecuente que Artemio vislumbrara una serpiente de agua, que cadenciosa lo invitaba a avanzar. Ya se había acostumbrado a los espejismos, incluso le ayudaban a calcular la hora en que se encontraba. El calor emanaba de las piedras y el lomo del viento se convertía en una hiriente segueta que flagelaba la espalda del muchacho. Avanzaba hacia esa línea de agua tan ficticia como la que dormía en las cañerías del barrio que lo vio nacer—uno de los tantos improvisados barrios de Arraiján—, inexistente para los políticos y secuestrado por la delincuencia y la sequía. En ese momento Artemio sacaba la botella que le había reservado Tía Fina, y la bebía sintiendo cómo su sangre volvía a circular. Al mediodía ya no veía nada, solo avanzaba sobre los pasos de ayer, y del día anterior y de hacía un lustro, cuando empezó a recolectar las latas vacías. Puso las bolsas en la tierra agrietada y con un atisbo de aliento logró levantar la mano para inclinar la visera y proteger la vista. La mano también le ardía.

Estas luces se habían convertido en su guía. Gracias a ellas Artemio podía distinguir las latas arropadas de polvo, pero estas luces le estaban borrando los detalles del mundo. Artemio se percató de que empezaba a ver los contornos de forma borrosa, pero era inútil ahogarse en

preocupaciones. Estaría perdiendo la vista pero lo que sí conservaba intacto, incluso más acentuado que antes, era su sentido del olfato. Cuando el flaco José le pagaba el dinero por las latas (si había hecho una buena cantidad le entregaba no sólo monedas sino un par de dólares), Artemio podía sentir que el aroma del papel moneda le penetraba los pulmones y lo hacía feliz. Sí, una sensación de bienestar lo embargaba, y no se trataba de un vulgar apego al dinero, sino que más bien el trabajo de ganárselo y, por qué no decirlo, sudárselo, hacía que todos y cada uno de sus poros se abrieran para dar la bienvenida a ese momento de paz donde se sentía seguro por no defraudar a su abuela. El dinero era obtenido por su trabajo. Esta sensación de bienestar venía casi siempre acompañado del eco de las palabras de la anciana: «Artemio, tendrás una vida. Sigue siempre el camino del bien y la honestidad...».

Por eso Artemio sabía que la cartera contenía dinero, mucho dinero. Sí, por su olor. Nervioso introdujo el dedo entre los pliegues y pudo ver varios billetes de diez y de veinte dólares en su interior.

«¡Qué cantidad de dinero!», pensó Artemio. La cerró completamente y la introdujo entre la camisa que llevaba por dentro, bien atrapada con la correa.

La mañana siguiente cuando Artemio llegó a la fonda, ya estaban dos habituales conversando con la tía Fina.

—Artemio, ¿te enteraste? Dicen que el accidente fue grande. Una 4x4 se estrelló con un patrulla, no vio la señal de alto y se abalanzó contra el retén. Le pegó al patrulla y de paso se llevó a un «pirata»¹.

¹ Busitos o automóviles que transportan pasajeros, sin licencia para brindar el servicio comercialmente. Ante la deficiencia del sistema de transporte terrestre, los «piratas» se han convertido en una alternativa no exenta de riesgo, a la que recurren muchos panameños para desplazarse a diario.

—¿Hubo muertos? —preguntó Artemio.

—No, sólo tres heridos. El conductor del 4x4 está grave, pero los demás no se dieron muy duro.

—Aquí están los patacones. Hoy te tengo patacones recién hechos y un pedazo de queso —dijo Tía Fina, entregándole un pequeño cartucho de papel manila.

—Gracias.

—Y aquí está el agua, muchacho.

Artemio introdujo el envoltorio con el almuerzo en su bolsillo derecho. En el izquierdo había metido la cartera que había encontrado el día anterior. Al llegar a casa la escondió debajo de la cama, sin mencionarle el incidente a su abuela. No contó el dinero, pero había encontrado una tarjetita con las generales del dueño. Al lado de la fonda había un teléfono monedero. Se acercó y descolgó el auricular.

Julián Jiménez. 2395759 casa. 67560954 celular; estaba escrito en el revés de la tarjeta.

«Mejor llamo al celular», pensó Artemio. «Cuesta más pero me aseguro que lo contestará el dueño».

Escogió las monedas cuidadosamente. Las introdujo en la ranura esperando no perderlas a causa de que el aparato estuviera dañado, como solía ocurrir. Sonaba. Nadie lo tomaba. Colgó el auricular a tiempo antes de que empezara la grabación. Hizo el ademán de agarrar las bolsas que había colocado en el suelo pero decidió intentarlo una vez más.

6-7-5-6-0-9-5-4, marcó Artemio, sin darse cuenta que rompía el silencio y pronunciaba en voz alta los números, como en un acto de fe o de buena providencia. Esta vez el teléfono timbró

dos veces antes de que vibrara una voz profunda del otro lado.

—¿Aló? —pudo escuchar al otro lado del teléfono.

—Buenas, ¿quién habla? —dijo tímidamente Artemio. Notó que le temblaba la voz y se preguntó por qué su voz cambiaba. De repente lo asaltó una imagen de sí como «piedrero» y pensó que lo tomarían por broma en cuanto empezara a hablar.

—Es Julián Jiménez, ¿quién llama? —replicó la voz masculina, haciendo una leve inclinación que dio la impresión de un cántico o una propaganda radial.

—¿Usted es Julián Jiménez? ¿Cómo está?

—Bien, digo, mejorando del accidente... ¿Pero quién habla?... ¿Es del seguro?

—No, no, no, para nada... —dijo Artemio pensando que los ojos del hombre podían entrever su aspecto a través de su voz. Tenía la intención de devolver el dinero, la cartera con su contenido completo, pero se sentía de pronto asustado, metido en una situación de la que posiblemente saldría mal parado. Agarró fuerzas y decidió avanzar con la conversación. Después de todo ya se estaba haciendo tarde y la ruta de la recolección no permitía demora, sino el regreso sería más peligroso de noche. A esas horas los conductores se desenfocaban por el alcohol, los celulares y la velocidad. Esta imagen le hizo lanzar una pregunta que no tenía contemplada:

—Entonces, ¿usted no conducía? Usted no es uno de esos conductores locos, irresponsables.

—¡Para nada! Le había dado las llaves a mi hijo... me haré responsable de todo; el auto adelante frenó de repente y no vimos el retén.

No estaba señalizado... ¿Pero quién es? ¿Es del seguro? ¡Déjenme tranquilo! Mi hijo está muy grave y no me dan esperanzas para él...

—Señor, lo siento mucho... Soy un recolector.

Tengo su cartera. —De repente, Artemio le había puesto nombre a su profesión, a sus madrugadas y su forma de vida. Sonrió por eso.

Del otro lado se hizo un silencio. Esto no podía ser realidad. Alguien lo estaba llamando no para pedirle dinero prestado, implorarle favores o que le nombraran a alguien... Tuvo que haber escuchado mal: alguien le estaba llamando para devolverle la cartera. La verdad, más que el dinero, lo que a Julián Jiménez le preocupaba era la vida de su hijo. Y bueno, como trivialidad, también es cierto que le incomodaba la cantidad de trámites que le esperaba, la terrible burocracia por la que era tristemente conocido este país, además del Canal, y ahora, la Cumbre. Sí, la Cumbre. Todos estaban enloquecidos con el dichoso evento y entonces los dejaron una hora estancados en la carretera, luego empezaron a pasar los autos, de repente unos doblaron hacia Howard y el de adelante no puso la señal. Su hijo manejaba pero ni él ni el copiloto pudieron identificar ese extraño retén que abruptamente los mandó a parar otra vez para que pasaran los políticos en dirección a la ciudad. Y allí fue que sobrevino el impacto. Ya no recuerda más. Qué no daría por estar en el lugar de su hijo. No tiene cabeza para nada y de repente hay un extraño llamando a su teléfono que le devolverá su cartera. Esto tenía que ser una broma.

—Mira, te quedas con el dinero pero me traes los documentos a mi oficina, o si prefieres me los dejas en algún lugar que te convenga... Si esto no es una maldita broma te doy la dirección.

—Señor, yo llamo para devolverle la cartera. Si quiere nos encontramos a las 7:30 p.m. en la fonda de Tía Fina, a un costado de la ferretería Jonás, en Loma Cová.

—¿Hoy mismo? —quiso confirmar el incrédulo de Julián Jiménez al otro lado de la línea. Tenía muchas cosas por hacer y la espalda adolorida, pero recuperar sus documentos le motivaba a salir de la habitación donde la espera por las noticias de su hijo lo agobiaba. El día anterior al accidente la empleada le había dicho que el muchacho estaba fumando unas cosas raras, pero él con la prisa de una reunión y con la necesidad de conseguir personal idóneo para la empresa, le restó importancia y no le pidió detalles. «Que la madre se ocupe de él, pensó Julián. Además ya tiene veinte años, ya es un hombre». Y se sintió nuevamente culpable, por haber confiado en su hijo que nunca aprendió a trabajar, pues todo lo tuvo muy fácil y ni siquiera quiso estudiar. Salió de sus pensamientos cuando sintió la respiración del otro lado de la línea.

—¿Un recolector, ha dicho? —masculló Julián. Esto era demasiada casualidad—. ¿Tiene mis documentos? ¿Cuándo dices que nos podemos encontrar?

—Hoy mismo. A las 7:30 p.m., donde Fina. Todo el mundo sabe dónde está la fonda, si se pierde pregunte. Mi nombre es Artemio.

* * *

Rojas, verdes, azules y blancas, las luces de bengala atravesaron el cielo, duplicándose sobre la superficie del mar, como un espejo de estrellas coloreadas, como reverberando con la alegría que embargaba el pecho de Artemio. Si la abuela estuviera viva seguramente habría llorado de la emoción. El hombre discretamente se quitó las gruesas gafas ahumadas y con el índice limpió el párpado inferior donde se le acababa de desbordar una lágrima. En algún momento de su vida llegó a pensar que no tenía emociones. En algún momento creyó que estaría condenado a ser un «piedrero», sólo porque tenía un aspecto similar.

Artemio ya no tendría que justificar que era un «piedrero», más bien, ahora le preocupaba que la gente pensara que se había convertido en político. Desde el balcón del Hotel Imperial, con el alcalde a su lado y los miembros de la Cámara de Comercio a sus espaldas, cualquiera que viera la foto lo podría confundir con uno. Tragó grueso: «Un político, jamás», dijo para sus adentros.

Artemio sonrió y alzó la copa de champán en medio del brindis que se gestaba en su nombre. Empezó como ayudante en la fábrica de reciclaje de Julián Jiménez —a raíz del primer encuentro en la fonda de Fina— y al tiempo éste lo posicionó en el negocio que Artemio conocía bien, desde el otro lado.

Julián Jiménez había perdido a su hijo y la confianza en el mundo. Artemio resultó ser diferente a las personas que conocía: era un ejemplo de lucha y honestidad, y Julián volvió a creer en la Humanidad. A los pocos meses el joven no sólo tenía un lugar digno donde laborar, se había ganado el afecto del empresario. Supo beber todos sus conocimientos y creció inmensamente con ellos. Al morir Julián, Artemio quedó al frente de la empresa. Con el tiempo gestó la propuesta para convertir los desechos de la ciudad en recursos y obtuvo el aval municipal. Después, con la empresa renovada, impulsó un programa de educación ambiental para todos los niveles. Y allí estaba él, esta noche, con su mujer y con sus socios. Y por supuesto, con los políticos. Una mueca imperceptible se le dibujó en el rostro, pero inmediatamente se transformó en sonrisa, como esas que se forjan cuando uno recuerda un chiste. «Un político» se repitió Artemio, «Jamás le haría esto a mi abuela».

Se le acercó una pareja a saludar, y un joven regordete a su lado inclinaba incansable la cabeza mientras lo observaba. Artemio aparentaba escuchar, pero estaba ausente. Se quitó nuevamente las gafas para limpiarlas con

el impoluto pañuelo. Vestía unas ropas hechas a la medida y los zapatos pulcramente pulidos eran de una marca cara. La pareja a su lado eran el Ministro de Economía y su mujer, una señora de abolengo y añejo apellido.

El hombre volvió a colocarse las gafas y sus pupilas heridas se desplazaron por el lugar, como buscando algo que había perdido. Se zafó del grupo y cruzó el amplio salón. Con paso firme se dirigió a una esquina donde una anciana, elegantemente vestida, descansaba en una silla de ruedas. Era la Tía Fina.

Fina, con sus manos agarrotadas de venas púrpuras, todavía le hacía recordar el olor de las tortillas; Fina, que le había salvado la vida. La anciana sonrió. Y de sus pupilas germinaron lágrimas emocionadas que duplicaron, como el cielo y el mar, las bengalas multicolores de Artemio. Porque esta noche, el cielo se iluminaba para él.

ELA URRIOLA. Investigadora y profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de Panamá, posee un doctorado en Filosofía Sistemática en la Karlová Univerzita, de Praga. Ha dictado las cátedras de postgrado y maestría Estudio del Pensamiento Creativo en la Facultad de Arquitectura; Análisis, crítica y creación de textos de arte y Teoría Estética en la Facultad de Bellas artes. Su incursión a la poesía la realiza siendo estudiante, formando parte de la selecta *Antología de novísimos poetas panameños* (INAC, 1999). Sus estudios de arte los conjuga con la literatura y ha participado en colectivas de pintura: En la República Checa realizó exposiciones individuales en Praga (2000) y colectivas en Mladá Boleslav (1999). En 2014 obtuvo el Premio Nacional de Poesía “Ricardo Miró” con su obra *La nieve sobre la arena* (INAC, 2015). En 2015 ganó el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” de la UTP con la obra *Agujeros negros*. (UTP, 2017).

BIGAMIA

Ana García Bergua
(mexicana)



El hombre del departamento 11 tiene dos esposas. Es un misterio cómo las ha convencido de vivir juntas, pues no se llevan bien: como el departamento es pequeño, chocan constantemente y se estorban. Cuando Lidia, por ejemplo, va llevando la charola del desayuno, Andrea, cargada de toallas para echar a la lavadora, no la deja pasar hacia el corredor. Pueden pasar hasta media hora estorbándose, un poco como juego, pero sí se siente cierta tensión. Como hay un solo baño, disputan mucho a la hora de usar la regadera y se dejan los trabajos más pesados. El hombre ya les ha prometido que tendrán hijos:

estarán tan ocupadas cuidándolos, les dice, que se olvidarán de esta rencilla y se volverán como hermanas. Pero los hijos no llegan y Lidia y Andrea no se alcanzan a hermanar. El hombre duerme con una a cada lado y les hace el amor o las abraza por turnos. Incluso, con cada una hace planes respecto a los asuntos más diversos: irse de vacaciones, comprar un auto, tener un perro o un gato. La otra, a veces, protesta cuando escucha un plan que interfiere con el que el hombre ha hecho previamente con ella. Esto produce muchas fricciones. Ambas lo presionan para que le dé la espalda a la otra en la cama, o incluso se le trepan encima y se niegan a apartarse cuando ya no les toca. El hombre se está comenzando a preocupar. La cosa comienza a tener más desventajas que ventajas. Por más que les da razones y buenos argumentos por los cuales deberían convivir en paz y comportarse, y ellas parecen entenderlos y acatarlos, al día siguiente están igual: poniéndose zancadillas de camino a la cocina, echando cosas desagradables en la taza de la otra –ya le han tocado a él por error-, e incluso Lidia dejó un día a Andrea encerrada en el elevador. A este paso, teme el hombre, se van a envenenar. Y qué tal que lo envenenan a él por distracción. Lo lógico sería que eligiera a una, pero él no es así.

Un día se le ocurre una idea fantástica: comprará el departamento de arriba –es un hombre con dinero, de ahí tanto capricho-, hará un agujero con una escalera, para que los dos estén comunicados y asignará un departamento a cada una. Él subirá y bajará a horarios regulares y establecidos, dormirá con cada una un día sí y otro no, y lo mismo hará con desayunos, comidas y cenas. Quién sabe cómo las convence, el caso es que Lidia y Andrea aceptan. Para el hombre la vida vuelve a comenzar, apacible y a la vez apasionada. Él se explaya con cada una lo más que puede en su amor, y a la vez es feliz porque sabe que tiene a la otra. La bigamia, a fin de cuentas, es asunto de espacio, concluye. La bigamia establecida, claro, pues no le gustan las

cosas a escondidas. Ellas no parecen quejarse; como no se tienen que ver, no chocan, y a la vez él siente que vive con las dos, pues no tiene que tocar a ningún timbre ni echar mano de ninguna llave para estar con la otra: ése es el chiste a la escalerilla. Lidia vive arriba y Andrea vive abajo, en el departamento que ocupaban antes los tres. Un domingo en la noche, después de haber pasado un día apacible con Lidia, baja a dormir con Andrea, como es lo convenido, y se encuentra con una sorpresa desagradable: el agujero está tapado con un pesado tablón. Y no sólo eso, debajo del tablón hay un piso de cemento. En lo que tomaba su siesta –hay que decir que es bastante larga-, Lidia ha tapiado el agujero de comunicación. Ahora no te puedes ir con ella, le dice. Te tendrás que quedar aquí. Además, le anuncia, estoy embarazada. Él primero la regaña por haberse puesto a hacer albañilería en estado interesante. Pusiste en riesgo a nuestro hijo, la reconviene. Luego admite que la idea de ser padre lo ha emocionado. Y decide quedarse, esperando a escuchar los golpes que Andrea pega con la escoba en el techo cuando ya es hora de que baje a estar con ella. Pero Andrea no hace ruido. ¿Le hiciste algo?, le pregunta a Lidia, ¿la mataste? Lidia primero no contesta, dice que está mareada. Cuando él se dispone a ir a tocar a la puerta de Andrea, Lidia confiesa que las dos se pusieron de acuerdo. Por el embarazo, añade. De hecho, Andrea le ayudó a tapiar el hoyo desde su lado. Si no, se me hubiera derramado todo el cemento.

El hombre se siente mal en un principio. Le molesta que ambas hayan cercenado así la relación. Quizá era mejor que pelearan, ahora reconsidera. Pero bueno, un embarazo es algo serio. Algo en lo que el padre tiene que estar. Por orgullo decide que no tocará a la puerta de la otra: ya verá qué hacer con su vida. Quizá ambas se arrepientan y lleguen a ser como hermanas. Y él pueda dormir con una mientras la otra se encarga de la criatura: sería lo mejor. De modo que espera y vive sólo con Lidia. La acompaña en los mareos

y los antojos, así como en la modorra de domingo que a Lidia le comienza a durar toda la semana. Cuando va al mercado a comprar víveres, toma el elevador para no pasar por la puerta de Andrea. Si acaso la ve en la calle, da cuidadosamente la vuelta a la cuadra con tal de no encontrársela de frente. Así pasa los nueve meses, al cabo de los cuales le nace un niño. Después del parto es tal su emoción que ya ni siquiera recuerda bien por qué toma el elevador o por qué evade a Andrea. Toda la historia anterior le parece lejana, comparada con lo que ocurre ahora. Sobre el antiguo hueco de la escalera, Lidia y él han puesto un lindo tapete multicolor, sobre el que, aseguran, el niño jugará con sus dados.

Pasan los primeros meses con la leche, los pañales y las noches en blanco. El hombre está contento con su hijo, pero estar solo con Lidia ya no le parece tan bien. Reconoce que su idea de vivir con dos mujeres era perfecta. Ve al niño gatear sobre el tapete y recuerda el hueco por el que, antaño, bajaba a la casa de Andrea. Siente mucha nostalgia. Se le ocurre que quizá pueda volverla a convencer. Habla con Lidia y ella también parece estar de acuerdo, pues necesita a alguien que la ayude con el niño y también con el hombre. Jura por su hijo que no le pondrá zancadillas a Andrea, ni le echará nada en sus bebidas. El hombre prepara cuidadosamente sus palabras ante el espejo. Después baja la escalera y toca a la puerta de Andrea.

Otro hombre le abre la puerta; se parece un poco a él. El hombre pregunta por Andrea y el otro hombre le responde que está tomando su siesta y no puede atenderlo. El hombre se contraría mucho. Le pregunta si puede esperar en la sala a que Andrea se despierte. El hombre de la casa le contesta que no. El hombre insiste. Los dos elevan la voz. De repente, en el fondo del departamento se abre la puerta de la habitación y sale un tercer hombre, amodorrado, preguntando qué pasa. Los dos hombres de la casa se miran.

Da la impresión de que no se caen bien. Atiéndelo tú, le dice el primer hombre al amodorrado, es mi turno, y se dirige a la habitación, dándole de paso un empujón. El hombre ya no es capaz de preguntar nada. Ya no quiere esperar a Andrea. Ofrece una disculpa y se despide. Sube las escaleras arrastrando los pies.

El hombre empieza a pensar que quizá, cuando aquellos dos hombres se peleen de manera peligrosa, probablemente Andrea los separará en dos departamentos, como hizo él, y se reproducirá en cuanto se quede a solas con uno, de modo que el hombre que quede solo, el desechado, conseguirá a su vez dos mujeres. Calcula, según la cantidad de departamentos del edificio, hasta dónde podría llegar esta manera de duplicación, y si finalmente podría llegar a convertirse en algo cíclico, dado el caso de que, por ejemplo, en una de tantas divisiones a él le terminara tocando otra mujer, aunque sólo fuera por falta de espacio. No está mal, piensa, es cosa de esperar. Lo malo es que cuando entra a su departamento, Lidia y el niño han desaparecido.

**Tomado de Ana García Bergua, "Edificio", Páginas de Espuma, Madrid, 2009.*

ANA GARCÍA BERGUA. Nació en México, D.F., en 1960. Estudió Letras Francesas y Escenografía Teatral en la UNAM. Entre su obra se encuentran las novelas *El umbral*, *Púrpura*, *Rosas Negras*, *Isla de bobos* y *La bomba de San José*, así como los libros de relatos *El imaginador*, *La confianza en los extraños*, *Edificio*, *El limbo bajo la lluvia* y *La tormenta hindú*. *Isla de Bobos* fue traducida al francés y publicada por *Mercure de France* en 2009; asimismo, la novela en 2014-15 formó parte de las lecturas del examen nacional de *Aggrégation* en Francia para profesores de español. Muchos de sus cuentos figuran en antologías de México, Estados Unidos, Francia, Eslovenia, Cuba, España y Panamá. En 2013 recibió el premio *Sor Juana Inés de la Cruz* que otorga la *Feria Internacional*

del Libro de Guadalajara por La bomba de San José y en 2016 el Premio Nacional Colima de Narrativa Publicada por La tormenta hindú. Forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA.

OCHO MINICUENTOS

Gloriela Carles Lombardo



LA LECTORA

Ella tenía ganas de llorar. Hacía siglos. Pero no comprendía por qué le costaba tanto abandonarse al llanto.

Hasta que una tarde, mientras leía, sintió que sus ojos empezaron a humedecerse y reclinó su cabeza sobre sus brazos cruzados encima del incunable. El llanto, natural, empezó a nacerle en aquellos ojos sin tiempo.

Lo que prometía ser un verdadero desborde de aguas se interrumpió de golpe.

Ella recordó que aquel libro no era suyo y

que la primera indicación de su dueño había sido regresarlo sin daño alguno, so pena de muerte.

Pero se durmió.

Al despertar, en medio de una sutil y reconfortante tristeza alegre, vio cómo su saliva hacía las veces de lupa sobre las letras borrosas de aquella página nunca más immaculada.

OBSESIONES INFINITAS

Cuando la veo, parece un clavo azotado por el viento, flojo en su incertidumbre, haciendo ruido. Peina el panorama de la calle, desde el balcón. Sus ojos, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, no se cansan de memorizar los números de las placas que su vista alcanza. Su índice y su pulgar, dando vueltas trucas en su barbilla, parecen borrarla. Mientras chirría la suela de su zapatilla en el zócalo, caen gotas de sudor a borbotones de su frente. Repite y repite los dígitos, persiguiendo las infinitas matemáticas. Falla en sus cálculos. Ya sin uñas, vuelve a comenzar. No me canso de verla.

CÍRCULO

Para no contar, calló. Midió el tiempo con una vara y lo multiplicó por el peso de los malos momentos. Para no contar, se vendó los ojos. Puso taponos en sus oídos. Cerró la puerta de su corazón. Enyesó sus manos. Caminó en muletas. Censuró la boca de sus poros, vistiendo un traje de buzo permanente. Pero no pudo taparse las sienes, pilastras de nubes hablando sin voz, sin tinta, descontroladas. Y ocurrió lo inevitable. El grito mudo, tras años de sumisión, la hizo estallar por dentro. Coja la vida, se la echó al bolsillo roto, como ella, hasta envejecer.

FAMA

Los paparazis te acechan. Saben lo que tú no sabes de ti. Pronostican el día de tu muerte.

Aseguran que naciste un 1 de marzo. Pero ignoran que saliste a la luz el último día de aquel año bisiesto. Y que, por lo tanto, sus cálculos sobre la hora de tu parca son errados. Te ganaste un paseo por esa vida hollywoodense, muy a pesar tuyo; mientras recuerdas que, como tortuga bajo su incipiente caparazón, planeabas y planeabas cómo llegar a la ola, dudando de tu posibilidad de subsistir. A tropezones, la arena haciendo dunas tercas en tu camino, pensando tú que no llegarías, te abriste paso en el mar. Contra todo pronóstico, no sólo habitaste los días, sino que germinaste en sus atardeceres; siendo el arte que a ellos les falta.

IRRUPCIÓN

Nosotras supimos (¿en verdad lo supimos?) antes de que las demás murieran. Yo sobreviví para contarlo. Las lagunas mentales eran cada vez más frecuentes; en laberinto: al salir de uno entraba en otro. Mudábamos repentinamente el vestido, el afecto, el proceder. Dejábamos de ser para ser. Fragmentadas, nos evitábamos la una a la otra, sin comprender la irrupción. Ni cuándo, ni dónde, ni cómo, ni por qué. Hasta que un día, una, de tanto zurrarse con jabón la mugre, se borró. Al tiempo, la otra, mientras saciaba su sed, se bebió. Nada quedaría. Ni siquiera una madre para llorarlas. Aterrada, sentí que me desgarraban, y, justo en ese momento, me di cuenta de que las encausé; las vi morir. Ahora me veo fuera del mundo, como si éste fuera una gelatina: flotando, escuchando sin escuchar, mirando sin ver, sintiendo sin sentir. Nosotras ya somos historia. Ahora soy yo, solo yo, detrás del vidrio.

EL ABRAZO

Esconde y asoma sus ojos saltones. Suena sus tacones castañuelas. Expande su falda una y otra vez. Intenta abanicar la silla. Mira hacia abajo. Frente a frente, teme ver. Pero la recibe mi mano abierta, de caída refinada, invitándola a sentarse. Limpia su traje acariciando caderas y nalgas para

dejarse reposar en aquel asiento, princesa. Vestida de flores multiplica pétalos en el acto de llevar a descansar una pierna sobre la otra, antes de apoyar sus manos en su rodilla derecha. Parece un animalito elegantemente asustado. Sus pupilas se amparan entre las partes inferior y superior del ojo. Luego se mira extasiada. Me acerco, cruzo mis piernas, punteando delicadamente mi pie contra el vacío, y los dos somos un retrato. En unos segundos empieza a proyectarse un monólogo, bordeando la temblorosa comisura de sus labios, curva de letras en picada. Deja desmayar sus tensiones, ahogándolas en aguas de felicidad, abrazándose a su espejo; él siendo ella.

LA GALLETA

—Cuéntenos sobre la galleta —me dijeron los señores.

—¿Para eso estoy aquí? Bueno... cuando estaba chiquitita, el viejo ese que dormía con la vieja me dijo que me quería morder la galleta. Que el dulce se comparte con la gente. Que para evitar envidias cerrara mi boquita. Me llevó por los ramales y me la mordió. Las tres primeras mordidas me dolieron. Pero después con la leche fue mejor. Y, bueno, compartí mi galleta con el viejo, con el vecino y con el muchacho que me esperaba por el camino cuando regresaba de la escuela. Mi escuela es como un ranchito al lado de este lugar. Allí también compartí mi galleta. Esto de regalar dulce me tiene agotada. Todos me la piden. Ya no quisiera tener galleta. Pero, bueno, por lo menos ellos ponen la leche... Y yo que pensé que me traían aquí para regalarme comida y sacarme de ese campo aburrido.

—¿Puede decirnos con mayor exactitud qué es la galleta?

—¿No se ha comido nunca una galleta? Mire vea, se la voy a enseñar.

—¡No se apure! Sólo díganos dónde está.

—Pues aquí abajo donde tengo mi mano.

—¿Y qué es para usted la leche?

—La leche se parece a la que ordeñan de las vacas. Pero sale del pitongo.

—¿Cómo así del pitongo?

—Bueno, pues, de ese gusano que tiene usted dentro de sus pantalones.

Cuando terminaron de preguntarme me dieron las gracias y me dijeron que me podía ir. Al llegar a la casa, me contaron que la policía se llevó presos al viejo, al vecino y al muchacho que me acompañaba. Vaya usted a saber. No compartí mi galleta con más nadie, ni en la escuela. Y mire, pues, sigo engordando como una totuma gigante.

CELOTIPIA

Antes de dormir él me desvestía, me obligaba a abrir mis piernas para hurgar entre ellas con linterna y lupa en mano. Meticulosamente revisaba mi vulva y auscultaba mi vagina para cerciorarse de que nadie había entrado en casa. Yo hubiese deseado que fuera un alpinista explorando dulcemente mi monte de venus, hasta perderlo en frenesí; pero hacer el amor ya no tenía sentido. Telarañas abundaban en esa cueva que él exploraba y habitaba ahíto de violencia, conmigo ausente.

Sólo los días en que menstruaba, mi intimidad tenía una tregua. En este período, se limitaba a inspeccionar, con detalle, que cada mueble, cada cortina, cada sábana, estuviera en su lugar. Poniendo ojos de plato, acercaba una pequeña escobilla con la que empolvaría huellas digitales extrañas, de haberlas.

Cada vez que yo echaba un vistazo por la ventana, me acompañaba la idea de escapar de aquel piso 44.

Amaneciendo un sábado, dispuso una salida con un grupo al que llamaba de “amigos”, para evidenciar la relación “mágica e inigualablemente perfecta, soñada, tan nuestra”. Mientras merendábamos, escuchaba las parvadas de pericos en un par de árboles contiguos. Quién como ellos —pensé. Los “amigos” me hablaban de no sé qué cosas; pero él de inmediato entró en crisis. No fuera yo a caer en manos de alguno de ellos. Así que se levantó abruptamente y nos marchamos ante la sorpresa de todos. Me llevaba casi a rastras, tirando de mis cabellos. Me subió al carro a empujones. Tomamos rumbo al piso 44 a una velocidad más que vertiginosa. Pensé que me encerraría bajo llave, como antes. Pero esta vez, desde la ventana por la que siempre soñé mi fuga, me lanzó al vacío.

GLORIELA CARLES LOMBARDO. (Panamá, 1977). *Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá, versión 2015. Posee una Maestría en Psicología Clínica de la Universidad de Panamá. Realizó estudios de posgrado en Docencia Superior en la Universidad Latina. Es Coach Ontológico y Educadora Experiencial en Metatraining (enseñanza a través de metáforas). Ha asistido a cursos de pintura y a talleres avanzados de poesía.*



CIENCIA Y POESÍA EN PANAMÁ: LENGUAJE, CREACIÓN Y CIENCIA

Vielka Urriola González

Isabel Herrera de Taylor, autora de los libros de cuentos **La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres** (2005) y **Esta cotidiana vida** (2007), nos presenta en esta ocasión una obra diferente: **Ciencia y poesía en Panamá**, la cual bosqueja una antología sobre poemas panameños que tocan temas científicos al tiempo que esboza atinados comentarios sobre los textos elegidos.

Sobre la obra, el crítico panameño Rodolfo de Gracia ha dicho: “Se trata de un libro esencial, que busca los intersticios del arte de la poesía y su relación posible con la ciencia.” Concordamos a plenitud con esta afirmación que concluye sabiamente aseverando: “Y nuestra literatura ha sido la gran beneficiada, gracias a la iniciativa de esta mujer de ciencias y de letras, añoranza de un Sábado que se nos fue, y voz perenne de la estirpe de un José María Núñez o de un José Guillermo Ross Zanet, que el destino nos prodiga y que nos manifiesta que ciencia y literatura son posibles, aun en las antípodas que constituye la búsqueda de la verdad como senderos que se bifurcan.”

El libro tiene claras motivaciones. A manera de ejemplo, la autora indica que la pugna ante la posibilidad de concebir la existencia de ciencia y poesía no es propia de nuestro tiempo: “Leí en un artículo de divulgación general que John Keats (1795-1821), poeta inglés, se quejaba de que Isaac Newton le había quitado al arcoíris todo el misterio que lo envolvía, debido a sus descubrimientos sobre las leyes que rigen la naturaleza y por haber demostrado que la luz blanca se separa de los diferentes colores que la constituyen. El poeta insistía en que Newton había matado la poesía.” El comentario guarda un interesante punto de vista, puesto que, a manera de ejemplo cuando el hombre pisa la luna, acabó con la magia de la belleza de la luna que los enamorados se regalaban uno al otro, como símbolo de luz, de esperanza y amor.

El problema no culmina aquí, pues la autora señala cómo Edgar Allan Poe se queja de la misma situación:

¡Ciencia! ¡Verdadera hija del tiempo tú eres!

Que alteras todas las cosas con tus escrutadores ojos.

*¿Por qué devoras así el corazón del poeta,
buitre, cuyas alas son obtusas realidades?*

Los versos de Poe merecen un comentario. La ciencia, hija del tiempo, en su búsqueda de

la verdad, acaba con la magia poética de las cosas, acabando de esta manera con la esencia del poeta, transformándose en un buitre, devorador refractario de las ilusiones que sirven de soporte al pensamiento poético.

La antología tiene como punto de partida la condición del ciclo vital de los diferentes poetas, cuyos poemas han sido antologados. Sin embargo, me parece más interesante presentar un punto de vista de acuerdo con la temática, es decir, la relación de los poemas con las diferentes ciencias. Así, Federico Escobar, en su Canto al fierro, nos deja ver las diferencias físicas que este metal puede tener:

*¡Oh, sí! Yo te maldigo y te bendigo
ante la faz del Universo entero:
te maldigo en las manos del verdugo,
te bendigo en manos del obrero.*

Los versos me parecen sugerentes, a pesar de que las funciones del hierro dependen de las acciones del hombre que los utiliza (verdugo u obrero), al hombre se le ignora, se le reconoce como amo del universo, y las acciones recaen sobre un metal, cuya bondad o maldad no depende de sí mismo, sino de los intereses humanos.

León A. Soto, en el poema Neurosis incursión en los campos de la siquiatria. Veamos:

*“Matemos este amor que nos
hastía;
querernos siempre así, vale bien
poco;
ni tú hacer puedes lo que yo
querría,
no yo quiero que lo hagas
tampoco.”*

Se observa en estos versos una insatisfacción constante y bidireccional, que es fundamento de un amor en sus estertores. Por eso, cuando el hablante pide a la amada que maten el amor, por la insatisfacción de ambos, ella no quiere hacer lo que él desea, ni él desea que ella lo haga, aunque utilizando una estructura significativa más profunda, es viable concluir, que él pide a gritos que ella lo haga, porque en el fondo lo desea con toda el alma.

El poema evidencia a todas luces las dudas del amante frustrado y lleno de dudas que, lejos de invitar al amor, lo más seguro es que pone a la amada en retirada. Isabel Herrera de Taylor nos hace unos comentarios muy atinados, que se ajustan muy bien a su formación universitaria efectuada en el campo de la ciencia: biología y química. Entre otras cosas, nos dice que: “Es común entre los adolescentes, en quienes el estrés, precipitante es frecuentemente el conflicto o rechazo, tales como la terminación de una relación amorosa, o un conflicto con los padres.”

Veamos ahora un poema breve de la poetisa Eyra Harbar

(1971), titulado Astrónomo. A la letra dice:

*“Llenó sus ojos de estrellas
sabiéndose astro en el mapa
celeste,
y se sintió observado
por el planeta ingrávigo
de un continente cósmico.
Cuando llegó la mañana
le envió un telegrama años luz.”*

En el poema en mención, a pesar de su brevedad, se nota una de las constantes preocupaciones del ser humano por lo limitada que resulta su existencia en nuestro planeta, un punto en el sistema solar, infinitesimal en la galaxia y casi imperceptible en el cosmos.

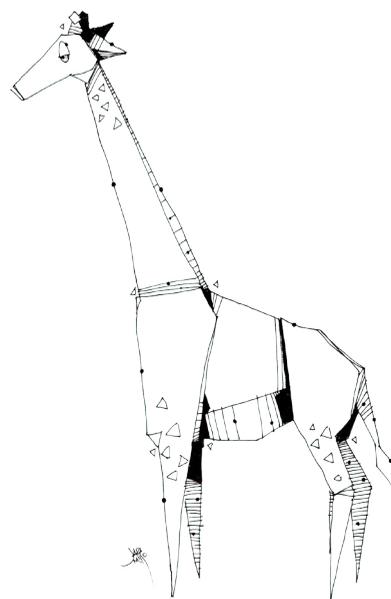
Por ello, la única forma de conocer nuevas posibilidades es ir más allá de los linderos interpuestos a nuestra tierra, por lo que ser astrónomo es una opción pertinente. Sin embargo, en el astrónomo al que se le canta en los versos de Harbar, más que realidades persisten sueños, pues: “Llenó sus ojos de estrellas”, se sintió astro (parte del universo) “en el mapa celeste”, se sintió observado “por el planeta ingrávigo” y cuando llega la mañana “le envió un telegrama años luz”, tal vez sin respuesta real, aunque la posibilidad sea el alimento indispensable para desarrollar nuevos sueños.

Isabel Herrera de Taylor, nos hace una reflexión que invita a reflexionar, es decir, una crítica

que invita al lector a realizar una nueva lectura al texto, ya que: “Hay un juego de quién observa a quién y una sutil ambigüedad... pues al observar también se sintió observado.”

Ciencia y poesía en Panamá

es una obra reflexiva que destaca la belleza de la creación poética en su conjunción con la actividad científica, la cual, aunque parecieran dos asuntos disímiles, en esencia se complementan de manera tal que hacen viable la existencia humana a pesar de sus limitaciones. Como docente de escuela secundaria, estimo pertinente el uso de esta obra como lectura, pues permite conocer, a través de la estética de la poesía, la esencia de diversos temas científicos.



**Todo lo que nos une:
Ese loco triste y nostálgico
deseo de contar
Una lectura de “Resonancias:
Cuentos breves de Panamá y
Venezuela”**

Antología de Carolina Fonseca y
Joel Bracho Ghersi

(Foro/taller Sagitario Ediciones y Articuluz, 2016)

Eduardo Bello

(venezolano)

*uno evita la mirada del otro
para no correr el riesgo de
entendernos*

Clarice Lispector. Mineirinho.

En septiembre del año pasado me senté en un café de la ciudad de Panamá a degustar **Resonancias: Cuentos breves de Panamá y Venezuela**, esta antología binacional de Carolina Fonseca y Joel Bracho Ghersi presentada por Foro/taller Sagitario Ediciones y Articuluz en la pasada XII Feria Internacional del Libro. Sorbo tras sorbo, página tras página, descubrí el ardid al que nos habían llevado los antólogos. El ardid consiste en un verbo: Unir. Unir, a través de las letras al panameño, al venezolano, al residente, al visitante, al que viene y al que se va. A todos aquellos que alguna vez, sin prestar atención a nacionalidades, hemos leído un cuento y quedamos fascinados con el lenguaje, con la historia, con un personaje o con esa frase que se queda fijada con un clavo, tambaleante, en algún rincón de nuestra cabeza.

“Es evidente, casi estúpida, la forma en que el lomo de un ser humano se tensa cuando está chateando con alguien especial.”
“El rayo aquel salido de la nada nos alcanzó en pleno campo, a ras de tierra, copulando como alegres bestias desprevénidas.” “Pobre madre de tango, pobre madre de bolero, pobre madre de varón heroico falto de tantas cosas.” Esas son solo algunas de las muchas frases que, en mi cabeza, aún resuenan. Y es que en los textos escogidos de estos 26 autores panameños y venezolanos, se encuentran joyas genuinas que se mecen, melodiosas, gracias al tacto de los antólogos.

Ahora bien, el trabajo de compilar es una tarea complicada. En **Resonancias** Joel y Carolina, sin ponerse más que un par de medidas prácticas para la escogencia de los autores, logran reunir 173 páginas cadenciosas. ¿Cómo lograrlo sin la posibilidad de interferir en la selección del otro? He ahí dos puntos importantes. Primero, la maestría de un distinguido lector que reconoce textos de calidad de inmediato. Como quien va directo con los dedos imantados a encontrar la aguja en el pajar. Así, de lado y lado cada antólogo ofrece 13 autores de distintas edades y trayectorias en el mundo literario con cuentos breves y latentes. Lo segundo, desde luego, tiene que ver con el poderoso motor productor de ficción en ambos países. Ofreciendo así un libro compacto que sirve como

un prisma personal del cuento panameño y venezolano.

Cuento panameño. Cuento venezolano. *“Una buena ley sería que el cuento no sea novela ni poema ni ensayo y que a la vez sea ensayo y novela y poema siempre que siga siendo esa cosa misteriosa que se llama cuento.”* dice Monterroso sobre la naturaleza de este género de la ficción. En **Resonancias** encontramos un sin fin de variables que van, desde el cuento tradicional, a unos más inclinados hacia la poesía, como es el caso de **Muerto** de Pedro Crenes Castro. Algunos donde un par de líneas son suficientes para contener un universo, como en **El pan** de José Balza o **Símbolo** de Javier Medina Bernal. Y otros que, aunque se ciñen a las dos páginas, parece que nos relataran el transcurso de décadas enteras, como lo hace Enza García Arreaza en **El año de la serpiente**, uno de mis favoritos.

Sobre el origen de la forma literaria, Monterroso dijo: *“Al escritor lo hacen sus conflictos internos y externos, sus miedos, sus ilusiones, el placer, el sufrimiento, las largas enfermedades, el amor, los rechazos, la pobreza, el fracaso[...]; la vida, en fin. Y determinada sensibilidad para responder a todo eso.”* Los temas que abarca **Resonancias** son diversos pero con una constante: la constante humana. La raíz de lo que nos lleva a leer; las ganas de sentir y de encontrarnos en las historias que leemos. Recuerdo

que cuando visité por primera vez Panamá hace algunos años llegué por casualidad a uno de los talleres del Prof. Jaramillo Levi. Al escuchar a todos los autores panameños que rodeaban la mesa repleta de papeles, nunca me pasó por la mente que esos cuentos fuesen “extranjeros” o de un país diferente al mío. Confirmé que la literatura no entiende de fronteras ni de líneas divisorias. Y un ejemplo de ello es esta antología. No hay fronteras en este libro. Los personajes en **Despecho** de Melanie Taylor y los de **Vanidad** de Eduardo Liendo podrían convivir perfectamente en alguna biblioteca. Ese “yo” escritor en **Somos cuentos** de Miguel Gomes converge en el arte de escribir sobre escribir con el de **El poeta** de Isabel Burgos, el segundo cuento de este libro. Y el fuego que se adivina en **Ese loco triste nostálgico y aterido deseo de vivir** de Bertalicia Peralta, tiene las mismas llamas que arrasan con en pasado frágil en **La piel de humo** de Mario Morenza. Así, las vivencias de los personajes se entretajan y nos demuestran cómo, en palabras de Facundo Cabral, *“uno no vive solo y lo que a uno le pasa le está sucediendo al mundo”*.

Además de las tramas de estos 101 cuentos, en un instante antes de adentrarnos en ellos, ya nos vemos atraídos por la trama de color y movimiento que ofrece el maestro Carlos Cruz Diez en la portada de la antología. Una portada cinética que anticipa

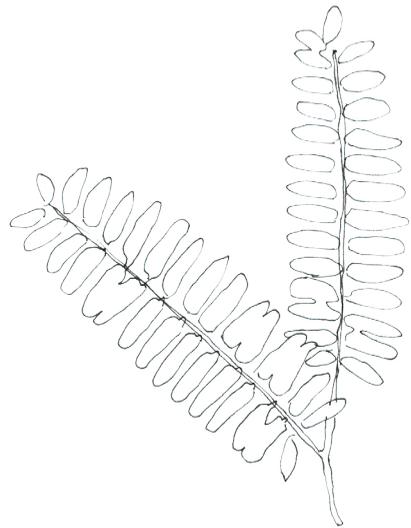
el constante movimiento de los personajes y los giros imprevistos, como en **El armario del abuelo de Pedro** Crenes Castro o en **La flor del cerezo** de Roberto Pérez-Franco, donde los secretos íntimos y las tragedias históricas marcan un antes y un después en la vida de los protagonistas. Hay otras tragedias, ligadas al componente social de cada país que, de nuevo, difuminan las fronteras. Gisela Kozak Rovero hace uso magistral del lenguaje al describir personajes que eventualmente dibujan un paisaje familiar y a la vez devastador en **Objetos al acecho** y Roberto Pérez-Franco hace lo suyo en otro de mis favoritos, **La medalla**, donde plasma con astuta mecánica un panorama sobre la religión, el mérito, el trabajo y la organización socioeconómica de un país que no tiene nombre, al que simplemente llama “Mi país”. Dejando en los lectores un sabor agridulce en la boca y preguntas rondando en la cabeza.

También, se encuentran movimientos que trascienden a los personajes como en **Tatuaje** de Ednodio Quintero o en **Estampa Campestre** de Enrique Jaramillo Levi, donde la acción de los personajes se ve envuelta por giros, no ya de tramas, sino más bien de caderas. Y otros, donde los autores exploran una vertiente más metafísica, donde se miran a través de telescopios las duplicaciones de uno mismo, el miedo a la incertidumbre, los diarios donde escribimos

y nos escribimos intentando entendernos. **Camuflaje** de A. Morales Cruz y **La elección tardía** de Eduardo Liendo son de esos cuentos que vienen con invitación incluida, para releerlos y buscarnos en el proceso.

Finalmente, en enero de este año releí **Resonancias**, ya no en Panamá, sino en el aeropuerto de Maiquetía en la Gran Caracas. Llamaron a abordar el avión, me senté en el asiento 23C y pasé de nuevo página tras página, de emoción a emoción. Cuando noté, había terminado esta segunda lectura entre nubes, en un cielo sobre países sin nombres.

Esta antología binacional me había dejado satisfecho y aún más, contento. Cerré el libro y mirando a través de la ventanilla deseé que todo aquel que escribe y que comparte sus letras nunca pierda ese loco triste y nostálgico deseo de contar.



El arte de la brevedad

Joaquín González Justavino

“Me aterroriza la idea de que la tontería acecha siempre a cualquier autor después de cuatro páginas.”

Augusto Monterroso

Cuando se trata de ejemplificar cuán corto y a la vez explícito, puede ser un texto narrativo, aparece indiscutible “El dinosaurio” de Augusto Monterroso, considerado por muchos como un clásico dentro del género de la llamada minificción o ficción súbita.

“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí”.

Augusto Monterroso (1976)

De todos los géneros literarios, siempre me ha parecido, que el retomar es difícil para un escritor, consiste en avocarse a la tarea de escribir cuentos. Todavía más, si se trata de mini-cuentos, puesto que en este caso, la extrema brevedad requerida, pone a prueba en grado superlativo, la disciplina y meticulosidad de que dispone el autor, al momento de seleccionar las palabras con las que pretende contar una historia.

Por supuesto, digo esto sin olvidar que en literatura, podemos encontrar igual, con mucha brevedad intrascendente. Por ello conviene tener presente, que el logro de escribir breve, no significa necesariamente haber alcanzado el objetivo de escribir bien.

Damos por sentado entonces, que el escritor puede tener el derecho de innovar todo lo que quiera, pero nunca a costa de la *narratividad*. De allí que, la síntesis en la elaboración de un mini-cuento, más que un desafío deportivo en términos de batir una marca, debe entenderse como una cualidad de la sabiduría. Por eso hay que saber distinguir siempre entre un relato literario y aquello que no lo es.

Así las cosas, el escaso número de vocablos que por lo general identifica la estructura primaria del mini-cuento, debe lograr contundencia con efecto de ráfaga, pero sin perder un ápice su poder de seducción sobre el lector; algo que no resulta para nada fácil. Por ende la fuerza sintética de los relatos breves bien escritos, requiere por lo general la participación de un lector *cómplice*, como en algún momento lo llamó Cortázar. Es decir un lector alerta (no ingenuo), capaz de recrear los detalles que faltan de la historia, completar su significado y sacar conclusiones propias.

Así, la importante función del escritor de mini-cuentos, se traduce en poner en marcha el pensamiento ajeno a través de la *“palabra sugerente”*. A propósito Umberto Eco llamó *“obra abierta”* a este tipo de obra en la cual se crean las condiciones para que el lector participe en la elaboración del sentido integral de la misma,

En consecuencia, como fruto del buen uso de la *elipsis* como

recurso literario, el mini-cuento expresa, a través de lo mínimo, la infinita complejidad del ser humano; a sabiendas de que su principal sustancia es el asombro.

Por estas breves y principales razones, considero al cuento y en especial al mini-cuento, una de las formas narrativas más rica, difícil, portentosa y definitiva.

A propósito de mini-cuentos, en el marco de la recién finalizada Feria Internacional del Libro en Panamá (2016), el conocido y prolífico escritor panameño Enrique Jaramillo Levi presentó su más reciente libro de cuentos titulado *“Sinestesia”*, el cual por cierto, acabo de leer. Se trata de un compendio de 100 mini-cuentos de excelente factura. La lectura de esta obra causó en mí una favorable impresión, por lo que me he motivado a expresar un par de acotaciones al respecto.

Antes de referirme a la obra en sí, conviene destacar que el Profesor Jaramillo Levi constituye hoy por hoy, dentro del género Cuento, uno de los escritores postmodernistas de mayor productividad literaria en Panamá y probablemente de toda Centroamérica, además de la incansable labor que como promotor cultural, a la par realiza.

Lo primero que atrajo mi atención del libro, aparte del excelente formato de presentación y edición, fue el título: *“Sinestesia”*. Adoptado con muy buen tino,

de uno de los mini-cuentos que contiene la obra.

Por cierto el término “*sinestesia*”, literalmente, se refiere a una condición médica en la que una o varias de las modalidades sensoriales se combinan entre sí (fusión de los sentidos). Al parecer, aproximadamente el 1% de la población es *sinestésica*, o lo que es lo mismo, sus sentidos aparecen mezclados. Existe una teoría que dice que todos somos sinestésicos al nacer, pero que con el desarrollo o crecimiento, se produce un procesamiento de la información sensorial más separado.

En literatura el término se refiere a la representación de una conexión de fuerte vínculo o enlace entre los diferentes sentidos. Una especie de comunicación inusual entre los sentidos (unión de sensaciones).

Parto por decir, que los personajes que se describen en la obra de Jaramillo Levi, parecen eventualmente experimentar en efecto, una especie de sinestesia, de la que incluso se hace partícipe al propio lector. Aunque en ocasiones, para el caso de este último, se hace necesario un golpe de ingenio extra, para encontrar la conexión sensorial requerida, esto no resulta nada extraño, más bien constituye parte de la magia natural de la literatura. Algo similar nos ocurre cuando intentamos comprender de primera mano, la significación de un buen cuadro surrealista o abstracto.

Otro elemento a tomar en cuenta y que al parecer está presente en toda la obra de Jaramillo Levi es el erotismo. Al menos de hecho lo está en buena parte del compendio de cuentos que conforman este libro.

En efecto, en los mini-cuentos de “*Sinestesia*” el autor narra con lucidez, los meandros de la intimidad. Su modo de escribir consiste en enunciar brevemente, sugerir desde los múltiples espacios en blanco, múltiples lecturas de lo que apenas vislumbrado, constituye el velo, el acicate ante la mirada que revela. El erotismo constituye el horizonte de lectura, en el que aparece como esa diferencia que se refracta en formas e imágenes que articulan su propia lógica. La lógica de la sensualidad y la sensibilidad.

El erotismo, es como una caja donde el autor ha encerrado sus energías más potentes, con las que tiñe todo con un manto estético de sensualidad. Pero además lo hace con la suficiente morosidad, como una insinuación apenas sugerente. El clímax y el desenlace, reside siempre en las palabras.

Esto último cabe puntualizarlo, puesto que Jaramillo Levi, nos ubica en la orilla contraria a la perversión y la sexualidad rampante en la que se sumergen otros escritores que intentan navegar en el mismo océano, pero que solo logran quedar atrapados en la lama de la mediocridad.

Sus cuentos en cambio nos invitan a caminar entre lugares, callejuelas y avenidas, por los que alguna vez hemos transitado, bajo ruido, olores y colores que conocemos, vía del hombre y la mujer comunes, completos hormonalmente, sin aberraciones ni mutilaciones, pero siempre dentro de la perspectiva humana pura y simple, donde la reflexión profunda emerge y los sentimientos de culpa no tienen cabida. De esta forma el autor se reivindica de las reticencias a lo sagrado y profano, también a lo prosaico y lírico. Como una manifestación sublime de la condición humana.

Tomemos como ejemplo de lo antes dicho, el siguiente extracto del final de su cuento “*Certeza absoluta*”:

...con quien está por primera vez, pero con quien quisiera estar mil veces más, y agradece que le haga estallar así, así así aullando su deleite largo largo y muy pocas veces antes sentido, y en ese instante sabe con certeza absoluta que ya nunca se arrepentirá de nada. De nada.

En general, pese a los mitos y tabúes que alrededor del erotismo se han levantado, éste es y ha sido siempre la metáfora del amor en todas sus dimensiones lo largo de la historia a través de los tiempos en materia literaria.

El Romanticismo por ejemplo, entró en el Siglo XIX con sus

gritos secretos aportándonos la concepción erótica de Flaubert, la pasión en rojo y negro de Stendhal, las flores del mal de Baudelaire y el amor desenfrenado en Goethe.

De nuestro idioma nos encontramos con el juego fogoso de Rubén Darío; con la represión y lujuria de una Andalucía convertida en mujer en Lorca; con el mar, la luna y el amor, destellos y eclipses, metáforas e imágenes en Neruda y Alberti. Por su parte Cela es el académico irreverente; Cortázar elogia un erotismo discreto y profundo; Octavio Paz nos ilumina con su portentosa y sugerente obra.

Regresamos al libro de Jaramillo Levi, para añadir que aparte del erotismo, otro aspecto digno a destacar en sus mini-cuentos es el uso de variadas estrategias textuales como la ironía, la parodia, la mención, la alegoría, el simulacro y la paradoja, por mencionar las más evidentes.

De todas estas, la ironía parece ser una de las más complicadas en la lectura e interpretación. Jaramillo Levi la utiliza, combinada con un agudo sentido del humor, no como figura del lenguaje, sino como una estrategia de intertextualidad en el proceso de lectura, logrando así desembocar en el final inesperado que desconcierta y hace parecer como imponderables todo lo demás que acompaña el relato.

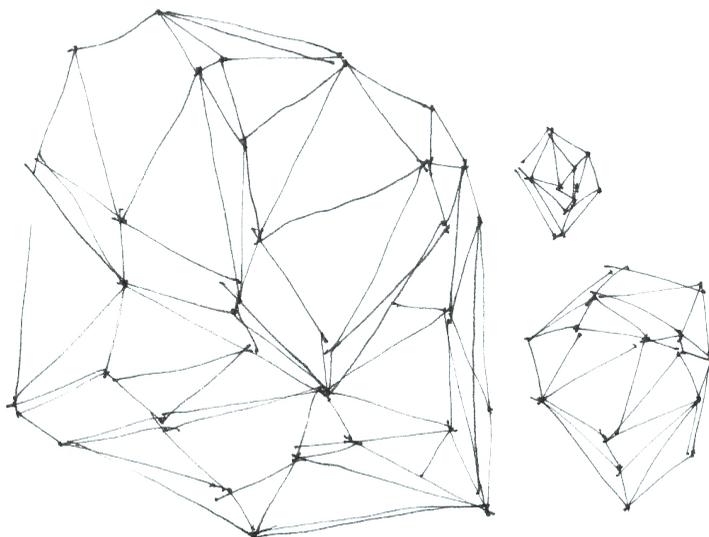
Como ejemplo de referencia, citemos lo que nos dice en el cuento *"Lo más sencillo"*:

...Haciendo de tripas corazón respiró fuerte, dejó atrás el viejo sedentarismo enfermizo, se paró altivamente sobre sus dos recias patas traseras, y frente a todos larga, sonoramente, como solo él sabía hacerlo rebuznó.

En resumen, en *"Sinestesia"* de Jaramillo Levi, además del origen

onírico, los mini-cuentos parecen nacer de una palabra, una anécdota, una vivencia, una fibra tocada por la lectura de otros cuentos, por una imagen fugaz y cotidiana en la calle, en el baño, en el bus, el trabajo etc. En fin, no tienen un cordón umbilical que los una. Son una simbiosis entre el entorno o mundo exterior y la subjetividad o mundo íntimo, conjugados para crear universos literarios, mediados por uno de los más grandes inventos de la humanidad: el lenguaje, y con él toda la complejidad y encomiable tarea que lleva implícita la construcción de un texto artístico.

"Con el placer como hilo conductor, el hombre deja de ser un artista siendo él mismo la obra de arte".
Friedrich Nietzsche



Actualización Lingüística en la UTP



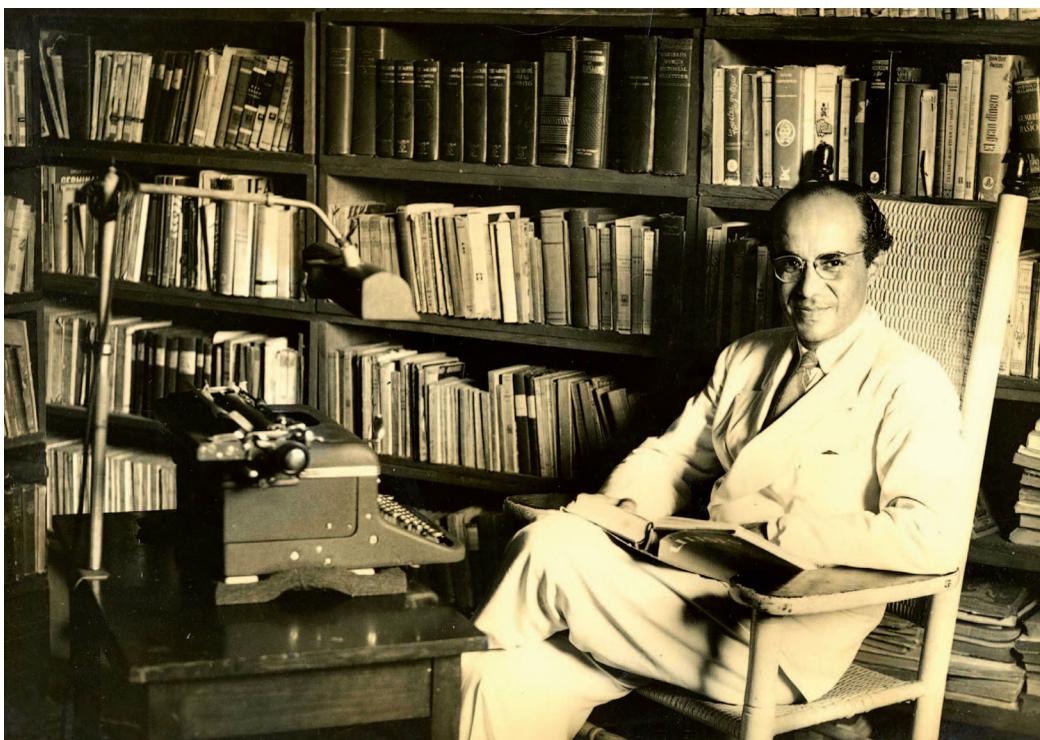
Por segundo año consecutivo, el Departamento de la Editorial Universitaria, de la Dirección de Comunicación Estratégica de la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), organiza el **Seminario de Actualización Lingüística y Nuevos Enfoques para el Análisis Literario**, con el objetivo de actualizar las normativas de la Academia de la Lengua en cuanto a la revisión filológica y de estilo, el alcance de las técnicas y programas de computación para su aplicación.

Para el facilitador, Rodolfo de Gracia, es un seminario que ayuda a los profesores de Español a afinar ciertos conocimientos, que llevados al aula les va a permitir a los estudiantes tener mejor destreza en la interpretación de los textos, a través del uso y manejo del diccionarios.

También se hace énfasis en el uso de los panameñismos y la gramática tradicional, para actualizar algunos términos nuevos y profundizar en cómo abordar la obra literaria, desde diferentes puntos estilísticos, teniendo en cuenta las teorías posmodernas de la literatura.

PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA "ROGELIO SINÁN"

**Cierra concurso con la entusiasta
participación de 51 poemarios**



Fotografía de Rogelio Sinán tomada en su estudio/biblioteca en la década de los cincuenta del siglo pasado.

Con importantes envíos de Centroamérica y representación de autores panameños se ha cerrado el concurso más importante del área, convocado por la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP) y auspiciado por el Instituto Nacional de Cultura (INAC), con apoyo de la Embajada de México y el Hotel Torres de Alba.

El Premio en la sección Poesía, que es la de este año, ha reconocido el trabajo literario de autores de la talla de Miguel Huezco Mixco, de El Salvador; Ronald Bonilla, de Costa Rica; Carmen González Huguet, de El Salvador, Porfirio Salazar y Javier Alvarado, de Panamá y Leonel Alvarado, de Honduras.

El Premio consiste en certificado que acredita al ganador, publicación de la obra ganadora y diez mil balboas con el patrocinio del Instituto Nacional de Cultura.

El Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán se convoca cada año de manera alternativa en la rama de cuento, novela y poesía. Fue creado en 1996 por el escritor Enrique Jaramillo Levi, primer Coordinador de Difusión Cultural de la UTP.

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PANAMÁ

CONGRESO NACIONAL DE POESÍA PANAMEÑA:

Voces para un Nuevo Milenio

Lunes 8 al miércoles 10 de mayo de 2017

*Vestíbulo del Teatro; Edificio de Postgrado
Campus "Víctor Levi Sasso"*

PROGRAMA

LUNES, 8 de mayo, 2017

MAÑANA

10:00 – 12:00 Acto Inaugural

Palabras del Dr. Oscar Ramírez, Rector de la UTP

Palabras de Enrique Jaramillo Levi, Coordinador del evento

Conferencia magistral: Salvador Medina Barahona, *"La poesía, ese misterio luminoso"*:

Intermedio musical: UTP Brass

Recital poético colectivo: Moderador: Moisés Pascual

Moravia Ochoa López; Porfirio Salazar; Moisés Pascual; Javier Alvarado.

TARDE

2:00 – 3:30 Mesa Redonda

Moderador: Enrique Jaramillo Levi

"Danae Brugiati Boussounis, *"La diáfana y escueta poesía de Augusto Fábrega"*; **Carlos Fong**, *"Reflexiones sobre "Música para las fieras", de Giovanna Benedetti"*; **Mariafeli Domínguez**, *"Seis poetas panameñas de la última generación (Sofía Santim, Mar Alzamora, Corina Rueda, Julia Aguilera, Zakira Pineda y Rita Arosemena)"*; **Enrique Jaramillo Levi**, *"Constantes y variantes en la poesía de Manuel Orestes Nieto"*.

3:30 – 3:45 Receso

3:45 – 5:15 Recital poético colectivo

Moderador: Héctor M. Collado

Álvaro Menéndez Franco; Sydia Candanedo de Zúñiga; Héctor M. Collado; Albalyra Franco de Linares; Lil María Herrera.

MARTES, 9 de mayo, 2017

MAÑANA

10:00 – 11:30 Mesa Redonda

Moderador: Rodolfo de Gracia

Javier Alvarado, *“Sinfonía jubilosa en doce sonetos: Acechanzas a los sonetos de Stella Sierra”*; **Irina Nemtchénok de Ardila**: *“Algunos aspectos de la poesía de Tristán Solarte”*; **Rafael Ruiloba**, *“Magdalena Camargo Lemieszek o la siempre niña”*; **Rodolfo de Gracia Reynaldo**, *“Lirismo y amor acendrado en la obra poética de Elsie Alvarado de Ricord”*.

11:30 – 11:45 Receso

11:45 – 1.15 Recital poético colectivo

Moderadora: *Mariafeli Domínguez*

Ariel Romero Hernández; Sonia Ehlers; Gorka Lasa; A. Morales Cruz; Mariafeli Domínguez; Débora Yael Wizel.

TARDE

2:00 – 3:30 Mesa Redonda

Moderadora: *Ela Urriola*

Melquiades Villarreal Castillo: *“Recorrido por la poesía de Salvador Medina Barahona”*; **Alex Mariscal**, *“La poesía de Jarl Ricardo Babot”*; **Ela Urriola**, *“Imagen y palabra: ecfraasis en la poesía panameña”*; **Gonzalo Menéndez González**, *“La poesía salvaje y tentadora de Magdalena Camargo Lemieszek”*;

3:30 – 3:45 Receso

3:45 – 5:15 Recital poético colectivo

Moderador: Salvador Medina Barhona

Arturo Wong Sagel; Alessandra Monterrey Santiago; Alex Mariscal; Mar Alzamora Rivera; Benjamín Ramón; Samuel Robles Areas; Salvador Medina Barahona.

MIÉRCOLES, 10 de mayo, 2017

MAÑANA

10:00 – 11:30 Mesa Redonda

Moderador: Joel Bracho Gheresi

Joel Bracho Gheresi, *“Equívoco poético, equívoco amoroso: La nieve sobre la arena, de Ela Urriola”*; **Yolanda Hackshaw**, *“La juventud palpita en la obra poética de Elsie Alvarado de Ricord”*.

11:30 – 11:45 Receso

11:45 – 1:15 Recital poético colectivo

Moderadora: María del Socorro Robayo

María del Socorro Robayo; Martín Testa Garibaldi; Indira Moreno; Rafael Ruiloba; Sofía Santim.

TARDE

2:00 – 3:30 Mesa Redonda

Moderadora: *Margarita Vásquez*

David C. Róbinson O., “*Jarl Ricardo Babot o el poeta que dialoga desde la Calle Gorki*”; **Margarita Vásquez**, “*Laberintos de espacios cambiantes en diez poemarios premiados en el Concurso Ricardo Miró (2000-2010)*”; **Fredy Villarreal Vergara**, “*La cosmovisión poética en la obra de Porfirio Salazar*”.

3:30 – 3:45 Receso

3:45 – 5:15 Recital poético colectivo

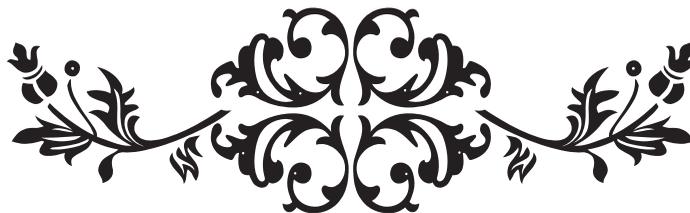
Moderador: David C. Róbinson O.

Ela Urriola; David C. Róbinson O.; Arysteides Turpana; Genaro Villalaz García; Victoria Mendoza; Enrique Jaramillo Levi.

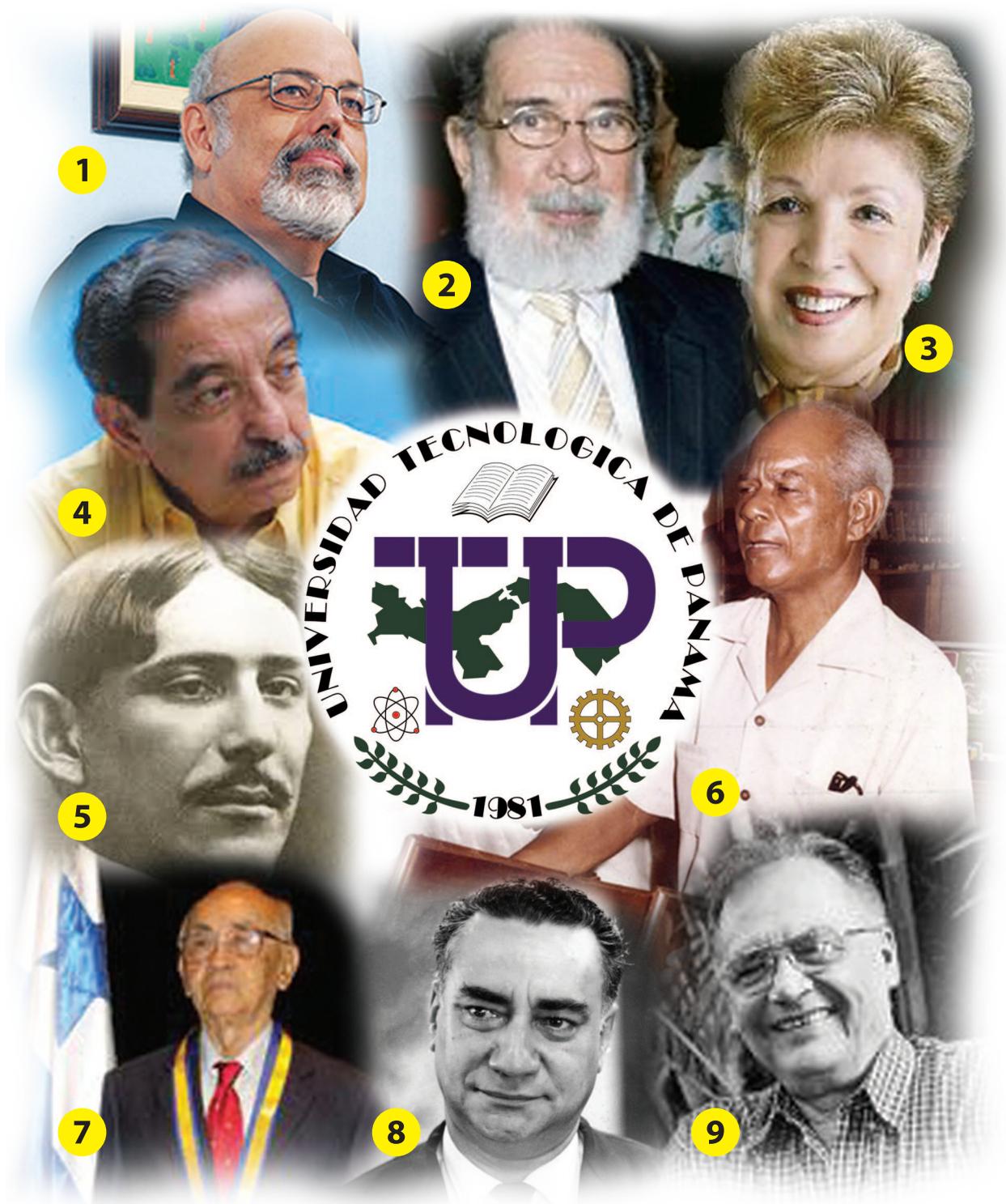
5:15 Acto de Clausura

Presentación Cultural

Refrigerio



ALGUNOS ESCRITORES PANAMEÑOS DE ANTES Y DE AHORA



De izquierda a derecha: **1** Raúl Leis (1947 - 2011); **2** José Guillermo Ros-Zanet (1930); **3** Gloria Guardia (1940); **4** Ernesto Endara (1932); **5** Ricardo Miró (1883 - 1940); **6** Joaquín Beleño (1922 - 1988); **7** Carlos Francisco Changmarín (1922 - 2012); **8** Eduardo Ritter Aislán (1916 - 2006); **9** José Franco (1936).